

**HISTORIA DE
LA SELECCIÓN
ARGENTINA
DE BÁSQUET
1950-2010**

El oro y el arco

**Alejandro Pérez
Germán Beder**



**LOS JUEGOS OLÍMPICOS
20 AÑOS**

**ediciones
al arco**

1950-1954 1958-1962 1966-1970

Alejandro Pérez
Germán Beder

El oro y el aro

**HISTORIA DE
LA SELECCIÓN
ARGENTINA
DE BÁSQUET
1950-2010**

Diseño

Federico Sosa

fedesosa@fibertel.com.ar

Fecha de catalogación: 2/8/2011

Pérez, Alejandro

El aro y el oro : del mundial 50 a la generación dorada / Alejandro Pérez y Germán Beder. - 1a. ed. - Buenos Aires : Alarco Ediciones, 2011.

216 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1367-33-7

1. Historia del Básquetbol. I. Beder, Germán. II. Título.

CDD 323.09

A Florencia, Mariano y Laura.
Alejandro.

*A mi familia, a mi novia y a las cuatro personas
que más me enseñaron y ayudaron en el
periodismo: Andrés Pando, Alejandro Pérez,
Guido Glait y Marcelo Nogueira.*
Germán.

AGRADECIMIENTOS

A Osvaldo Ricardo Orcasitas y José López.

A Andrés Pando, Fernando Rodríguez, Gabriel Rosenbaun,
Daniel Jacobovich, Ariel Scher, Eduardo Alperín, Eduardo Cadillac,
Carlos Raffaelli, Ernesto Gehrman, Gustavo Aguirre, Luis González,
Javier Maretto, Gustavo Chazarreta, Samuel Oliva, Ricardo González,
Oscar Furlong, Omar Monza, Emilio Gutiérrez, Alberto Finguer,
César Cedrón, Florentino López, Eric Gehrman y Archivo Deportea.

Cuando el Secretario de Deportes asumió la gestión de la política deportiva de la provincia le encomendé la tarea de restituir a la Provincia de Buenos Aires como escenario capaz de albergar el desarrollo de grandes eventos deportivo. La edición de este libro no hace otra cosa que corroborar que nuestro deseo ha sido satisfecho con creces: durante quince días la Ciudad de Mar del Plata servirá de marco para el desarrollo del Torneo FIBA Américas, constituyéndose sin dudas, en el evento deportivo más importante para nuestro país en este 2011. Será un orgullo que la provincia de Buenos Aires sirva de embajadora de nuestro país al mundo, demostrando la capacidad que tenemos para organizar un torneo de esta envergadura. Ojalá así como con la organización del torneo contribuimos sin duda a la instalación de la Provincia como polo deportivo en la región, garanticemos a los muchachos de la Generación Dorada el marco para que puedan despedirse en nuestro país como se lo merecen, con el aliento de todos los argentinos.

Daniel Scioli.

Gobernador de la provincia de Buenos Aires

Colaborar con la edición de este libro es un orgullo, no solo por que de algún modo sentimos que estamos prologando lo que esperamos sea una nueva participación satisfactoria de nuestros muchachos de la Generación Dorada en el torneo continental más importante, que además tenemos la satisfacción de que se desarrollará con sede en nuestra Provincia, sino que también lo es por que valoramos la contribución del mismo a la discusión de la política deportiva en nuestro país. Al historizar la realidad del basquet argentino, el libro expresa la relación de este deporte con las diversas políticas y coyunturas deportivas, manifestando los resultados disímiles que dicha relación trajo aparejado. Este libro devela el trabajo que debe existir detrás del talento si se quiere conseguir resultados en serio en materia deportiva. Es ese nuestro trabajo de todos los días.

Alejandro Rodriguez
Secretario de Deporte de la provincia de Buenos Aires

PRÓLOGO

Por suerte, tenemos historia para contar

Por Osvaldo Ricardo Orcasitas (O.R.O.)

Los libros publicados en el básquetbol argentino no fueron tan numerosos desde aquel mitológico primer aporte que fue “El basket-ball en el Río de la Plata”, escrito por el periodista Enrique A. Birba en 1930, apenas a casi dos décadas de haber sido introducido este deporte por nuestros lares. El autor aclaró y se presentó: “Es ésta una obra de estadística, de crítica y de recopilación. Se basa todo en crónicas de diarios que he conservado durante mi actuación de cronista de basket-ball en “Libre Palabra”, “Crítica” y “La Razón”, como también en colaboraciones en diarios de Rosario, Montevideo y Barcelona”.

Birba destacó en sus primeras líneas: “Este esfuerzo mío constituye una obra de paciencia y de cariño. Lo he gestado al mismo tiempo que el basket-ball se iba difundiendo en el país y, a pesar de todos los errores que pueda contener, trata de convertirse en un documento y en un valioso auxiliar de la juventud que ama y practica el interesante juego”. Aquellos valores son los mismos que otros

periodistas en el corriente Siglo XXI, Alejandro Pérez y Germán Beder, volcaron ahora con idéntica pasión en “El oro y el aro”.

En tiempos de lucha para crear nuestra Liga Nacional, como reclamaba la demanda competitiva que se imponía, un concepto fue quedando en claro en todas las exposiciones que hacíamos con León Najnudel: la nueva competencia se podía implementar porque tenía el respaldo contundente de nuestra rica historia. A veces gloriosa, a veces indignante, a veces gratificante, a veces contradictoria, pero historia al fin. Contrariamente a la creencia de que queríamos destrozarnos todo lo anterior, como algunos pretendían distorsionar, nosotros recurríamos al pasado para rescatarlo, porque sabíamos que teníamos sobrados valores como sustento. Basta recorrer las páginas de este libro, con un minucioso trabajo de investigación, para encontrarnos con el testimonio de tantos nombres inolvidables. Una simple ecuación puede completar el concepto con un ejemplo bahiense. Si hoy disfrutamos del estelar Manu Ginóbili, moviéndose en la NBA como uno más, fue porque antes la ciudad – la Capital del Básquetbol - aplaudió el esplendor de un crack como Beto Cabrera, quien a su vez mamó básquetbol del internacional René Giménez... La historia viva detrás, siempre la historia para engarzar a las generaciones.

La Selección Nacional fue, es y será la suma de las partes.

La consecuencia, la síntesis, la resultante.

La Introducción del libro explica que nuestros vaivenes, para bien o para mal, se correspondieron a cómo se encararon las preparaciones. Se dice:

“No resulta fácil entender el derrotero que siguió la Selección Argentina de básquetbol en los últimos 60 años sólo amparados en sus resultados. Cada vez que trepó a los primeros planos y disfrutó

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

de la gloria o cada vez que la frustración de las derrotas la hizo deambular ridículamente en la insignificancia, fue como consecuencia de buenas o malas acciones previas que formaron parte de un contexto más amplio”.

Alejandro Pérez y Germán Beder se han metido en la intimidad de esas situaciones tratando de desentrañarlas e interpretarlas. Lo bueno es que se hace por primera vez con la profundidad de un libro.

Cuando se empezó a hablar de Liga Nacional, la Selección también ocupó un primer lugar. El 30 de abril de 1983, en la capital de Entre Ríos, los clubes se reunieron por primera vez para debatirla como propuesta de modificación de la estructura competitiva del básquetbol argentino. A su término, los objetivos fueron expuestos en lo que se llamó “Declaración de Paraná”. En uno de sus puntos, se destacó: “Que el perfeccionamiento de la competencia interna redundará en una elevación del máximo objetivo buscado: el mayor nivel de la Selección Nacional”.

En este libro se encontrará con Ricardo González y Oscar Furlong, con Ricardo Alix y Gustavo Chazarreta, con Beto Cabrera y Finito Gehmann, con Eduardo Cadillac y Carlos Raffaelli, con Marcelo Milanese y Juan Espil, con Manu Ginóbili y Luis Scola. Con los campeones mundiales de 1950 y los campeones olímpicos de 2004. Con todos los emblemas que fueron haciendo la historia que ahora, por suerte, nos permitieron contarla.

INTRODUCCIÓN

Sacar ventajas, bien argentino

No resulta sencillo entender el derrotero que siguió la Selección Argentina de básquetbol en los últimos 60 años si sólo nos amparamos en sus resultados. Cada vez que trepó a los primeros planos y disfrutó de la gloria o cada vez que la frustración de las derrotas la hizo deambular ridículamente en la insignificancia, fue como consecuencia de buenas o malas acciones previas, que formaron parte de un contexto más amplio. El argentino fue un básquetbol que durante décadas se hizo daño con sus propias decisiones, por sus disputas internas, dominadas por intereses y mezquindades sectoriales, o por el simple desconocimiento de cómo se hacen las cosas bien. Y la Selección siempre fue el resultado de lo que se hace día a día de puertas adentro.

Desde que el básquetbol llegara al país en 1912 hubo situaciones que se convirtieron en obstáculos difíciles de superar para este deporte. Durante mucho tiempo el torneo de la Capital Federal fue el más poderoso por cantidad y calidad, deportiva y económicamente, y eso le hizo creer a algunos dirigentes que podían aprovecharse. Así, desde Buenos Aires se tuvo el control político de la actividad,

fogoneando un enfrentamiento con el Interior que está en la propia génesis del país y que en este deporte se expuso a través del Campeonato Argentino de forma cruda.

Cuando el Interior tuvo la oportunidad tampoco respondió de una manera acertada, si no más bien con revanchismo político, que varias veces, además, escondió conveniencias. Fue el delegado por Santiago del Estero, Raúl Gómez Alcorta, quien hizo la propuesta en 1933 (y se aprobó en 1936), sobre la forma de armar la selección, con cupos fijos para jugadores de los equipos mejor clasificados en cada Campeonato Argentino. Ese fue el pesado lastre que cargó el equipo nacional durante décadas, provocándole ostensibles limitaciones en su calidad. Pero, por sobre todo, le impidió ser verdaderamente un seleccionado argentino, donde confluyeran los mejores valores. En la revista oficial del Argentino de 1940, justamente en Santiago del Estero, se menciona con orgullo que *“la forma en que se selecciona el equipo representativo nacional ha sido una conquista santiagueña en beneficio del basketball argentino. El primer proyecto fue presentado en el Congreso de Rosario, tiempo más tarde se lo reeditó en Salta hasta que en el cumplimiento en San Juan se cristalizó este anhelo, mereciendo su aprobación”*. A un abuso de poder se le contestó con un mal uso de poder. Fue recién la aparición de la Liga Nacional, en 1985, la que conservó el verdadero espíritu federal del básquetbol argentino.

Antes hubo determinaciones que solo apuntaron a sacar ventajas para alguna federación, club o sector, por encima de la actividad misma. A un Seleccionado de todos jugadores porteños le respondían con uno de todos provincianos en el próximo torneo. Nadie pensaba en lo mejor para la Selección, que inexcusablemente siempre debe contar con los mejores jugadores.

También perjudicó la eterna pelea entre las propias entidades en

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

las que se separó el básquetbol porteño: la Federación Argentina y la Asociación Buenos Aires. Esa disputa escondía otra, mayor y más perjudicial, como la defensa del amateurismo y la demonización del profesionalismo, con persecuciones casi policíacas y con reglamentos abusivos que combatían hasta el mínimo cambio de club de los jugadores.

Si hasta las rivalidades internas de la dirigencia hicieron que Argentina, que había batallado en la primera línea para la aceptación del básquetbol como deporte olímpico, terminara faltando a su debut en los Juegos de Berlín 1936, a pesar de haber sido campeón sudamericano el año anterior.

Aún así, siempre hubo en cada estamento hombres destacados, aunque sólo lograron trascender y llevar al Seleccionado al reconocimiento internacional cada vez que fueron sustentados por proyectos coherentes y sólidos. Eso sucedió, por ejemplo, cuando a la FIBA se le ocurrió disputar su primer Campeonato Mundial, marcando el inicio de una historia que merece contarse.

1949

Así se hizo el Mundial

El básquetbol de los Juegos Olímpicos de 1948 había sido un éxito para la FIBA y no sólo por los 23 equipos participantes, cifra de por sí llamativa para un mundo de posguerra, sino también por el nivel deportivo de la disciplina. Pero sobre todo por el masivo acompañamiento de público en el Harringay Arena de la capital británica. Esto envalentonó al secretario general de la Federación Internacional, el inglés Williams Jones, para proponer en el Congreso desarrollado en Londres la realización del primer Campeonato Mundial de básquetbol. Tras obtener la aprobación de los delegados internacionales para la concreción del torneo, el segundo objetivo fue encontrar un país que se animara a asumir la organización.

Lo que comenzó como una alocada charla de café en un bar de la calle Lavalle, en pleno centro porteño, de la que participaron dirigentes de la Federación Argentina y de la CABB, como Saúl Ramírez Manfredi, Luis Martín, Antonio Rueda, Enrique Mascardi y Fernando Ayroles, se transformó en el pedido oficial de Argentina para ser sede. El apoyo del Estado se encargó de gestionarlo Rodolfo Valenzuela, presidente de la Corte Suprema de Justicia y titular del

CAD-COA (Confederación Argentina de Deportes y Comité Olímpico Argentino).

¿Qué aspectos jugaron a favor de Argentina para que le sea otorgada la organización? Por un lado, los países europeos, que se reponían de los estragos de la Segunda Guerra Mundial, tenían otras prioridades, mientras en Estados Unidos el torneo no generaba interés. Por el contrario, Argentina atravesaba una época de abundancia en lo económico, lo que le allanaba gran parte del problema. Punto positivo.

Además, los argentinos tenían una buena imagen internacional en el básquetbol, ya que su dirigencia había sido una de las ocho fundadoras de la FIBA en 1932 y mantenía aceitadas relaciones con ese poder central. Al mismo tiempo, a nivel deportivo, la ajustada derrota ante Estados Unidos en los Juegos de Londres por 59-57, le había retribuido respeto y consideración del ambiente, aún cuando su 15° puesto final no quedó en el recuerdo. En definitiva, Argentina aseguraba un equipo local competitivo, que arrastraría el interés de su público para darle un marco ideal al evento. Segundo aspecto que la benefició.

El último paso clave era lograr el indispensable aporte oficial, que un gobierno como el de Juan Domingo Perón, con una clara política deportiva que abarcaba todos los niveles, no tardó en acercar. El Gobierno argentino, además, pasaba por un período de tensión con su par brasileño, que ese mismo año preparaba la fiesta grande del Mundial de fútbol. Montar el primer Campeonato Mundial de básquetbol ayudaría a que la atención del mundo deportivo sobre las dos potencias sudamericanas no fuera tan despareja.

Por otro lado, el gobierno argentino buscaba, como parte de su política deportiva en el alto rendimiento, un deporte de conjunto, fuera del fútbol, que pudiera trascender, arrastrar una fuerte aceptación popular y llamar la atención dentro y fuera del país. El básquetbol fue el elegido y no se equivocó.

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

La conmemoración del centenario de la muerte del “Libertador General San Martín” le dio el nombre al torneo y 800 mil pesos a los organizadores para afrontar los gastos. Tercer y decisivo punto a favor de los argentinos.

Con la sede otorgada y tras fracasar el intento de la CABB por conseguir que el Estado construyera un estadio propio para el básquetbol, la última tarea fue convencer a Ismael Pace, dueño del Luna Park, para que accediera a hacerle un lugar al básquetbol entre agosto y septiembre de 1950, período con mucha actividad boxística, en el principal estadio bajo techo del país. Con la ayuda de alguna gestión oficial, el empresario, de fluida relación con Perón, aceptó y así, por primera vez en Argentina se dispuso de un campo cubierto con piso de madera, tableros de vidrios (traídos especialmente desde Nueva York) y marcadores electrónicos, como exigía un evento del máximo nivel.

Sólo faltaban los jugadores, los que pronto comenzarían a protagonizar una historia repleta de jerarquía, gloria e injusticia.

1950

Furlong, Furlong, qué grande sos...

El título en el primer Campeonato Mundial de básquetbol de 1950 significó el logro más importante del deporte argentino hasta ese momento. Apenas la medalla de oro de Delfo Cabrera en el maratón de los Juegos Olímpicos de Londres 1948 resistía una comparación directa. Pero a favor de la conquista mundialista se trató de un deporte de conjunto, popular y que al torneo y a sus protagonistas se los pudo seguir, disfrutar y festejar en nuestro país.

El Mundial de 1950 fue pensado y logró desarrollarse en medio de un ambiente en el que la propia dirigencia enarboló una corriente de marcado combate contra el profesionalismo, que desde hacía más de 15 años dividía al básquetbol porteño y repercutía en la Selección Nacional. Uno de los artículos principales de la revista oficial del torneo señalaba: *“El deporte con simples finalidades de mejoramiento físico para la juventud debe ser estimulado. Pero debe tratarse en la forma más rígida posible de que se le practique de manera puramente amateur. El basket ha logrado su arraigo y difusión precisamente porque sus cultores no buscan en él beneficios personales. Mientras se le mantenga apartado de todo profesionalismo, seguirá*

su ruta ascendente y caerá cuando quienes lo practiquen lo hagan atraídos por recompensas monetarias. Esa debe ser la principal preocupación de los dirigentes. El basket para que pueda seguir su progresista marcha, necesita apartarse de todo mezquino móvil. Y únicamente en el amateurismo encontrará esa fuerza idealista, hecha a base tal vez de sacrificios, pero que ha de conducirlo a los mejores destinos”.

El profesionalismo en el deporte, que hoy en día se asume con naturalidad, y que debe reconocerse como la raíz del fantástico posicionamiento que logró en el contexto internacional el básquetbol argentino a partir de la implementación de la Liga Nacional en 1985, era inaceptable para algunos sectores de la sociedad argentina a mitad del siglo pasado.

Por aquel entonces en la Confederación Argentina pisaban fuerte precisamente los dirigentes que provenían de la Federación Argentina de Basket-Ball, primera entidad exclusiva de este deporte que se sostuvo en el tiempo, cuya jurisdicción era el ámbito de Capital Federal y el Gran Buenos Aires. La FABB disponía de excelentes relaciones externas con los organismos de poder deportivo y durante varios años absorbió la representación internacional del básquetbol argentino. La mayoría de esos hombres habían abrevado en la doctrina de la Asociación Cristiana de Jóvenes, para la cual la actividad física tenía como objetivo formar al hombre sano física, mental y espiritualmente y además, mediante el deporte se apuntaba a educar su carácter. Por eso, su enfrentamiento era abierto y franco contra el profesionalismo.

En el ámbito capitalino desde más de una década atrás convivían dos entidades, la Federación Argentina (luego denominada Asociación Porteña), defensora del amateurismo, y la Asociación Buenos Aires, que nucleaba a la mayoría de clubes de fútbol y dejaba librada a cada institución la decisión de pagarles a sus jugadores. Esos diri-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

gentes surgidos de la FABB, los que tenían mayormente el control de la organización del Mundial, cumpliéndola con esfuerzo y eficiencia, no tardarían en ser partícipes necesarios de la injusticia que derrumbó al básquetbol argentino por varias décadas.

Pero en lo estrictamente deportivo, el gran mérito de ese título se apoyó, por sobre todas las cosas, en la confirmación de que la capacidad del jugador argentino, sostenida con una preparación ordenadamente planificada y ejecutada, lo ponía en un alto nivel internacional. Para eso fue fundamental que se ratificara a Jorge Hugo Canavesi como entrenador, quien ordenó un trabajo como exige cualquier competencia de alto nivel.

El técnico fue designado tras el Sudamericano de Río de Janeiro de 1947, cuando Argentina completó su peor actuación regional con un pésimo quinto puesto, que incluyó la única derrota en la historia ante Ecuador. Se le despejó el camino para su nombramiento por la muerte de Alberto Regina, tal vez el entrenador de mayor prestigio en el país, formado en la ACJ por el propio Philip Paul Phillips, el introductor del básquetbol en Argentina, y por su continuador, Federico Dickens. También ayudó la negativa de Juan Fava, otro técnico de buenos pergaminos. Canavesi dirigía a Gimnasia y Esgrima de Villa del Parque, repetido campeón porteño en el torneo de la Federación Argentina y equipo en el que confluían varios de los mejores jugadores del momento.

Su debut no pudo ser más notorio. En los Juegos de Londres la Selección Nacional dio el golpe de mayor impacto del básquetbol internacional hasta ese momento al perder por un dramático 59-57 ante Estados Unidos, luego ganador de la medalla de oro olímpica. Aún en la derrota el equipo argentino se ganó respeto de puertas afuera y su principal figura, Oscar Furlong, de solo 20 años, fue llenado de elogios, que despertaron el interés de Minneapolis Lakers, el campeón 1947/48 de la recién nacida NBA, que le ofertó un con-

trato de 10.000 dólares por seis meses. La mejor comparación del ofrecimiento se puede hacer con la máxima estrella de la NBA en esa época, el mítico pivote de los propios Lakers, George Mikan, de 2,08, quien cobraba 30.000 dólares por torneo. *“Ni la NBA es lo que es ahora, ni yo tenía en mi cabeza la posibilidad de vivir del básquetbol. Yo jugaba porque me gustaba, nada más. Rechacé el ofrecimiento de un contrato como algo natural, no me interesó. Nosotros teníamos un pensamiento más lírico, pero eran otras épocas”*, recordó mucho después Furlong, símbolo de Gimnasia de Villa del Parque, club enrolado por convicción en las filas de la Federación Argentina, donde había logrado 4 títulos entre 1945 y 1948.

Canavesi viajó a Inglaterra barruntando bronca por la pobre preparación, aunque conforme con los jugadores que disponía, luego de saltarse el absurdo reglamento que le exigía porcentajes fijos de jugadores pertenecientes a los tres mejores equipos del Campeonato Argentino. El interminable viaje en barco obligó al equipo a realizar sus prácticas en la cubierta, dejando más de una pelota boyando en alta mar. De Londres el técnico regresó convencido de que con mejores entrenamientos previos, Argentina se podía mezclar con los más poderosos.

Otra pálida actuación en el Sudamericano de 1949 en Paraguay, donde Argentina fue cuarto, lo llevaron al técnico a exigir que para el Mundial era indispensable una preparación extensa y exigente.

Con el gobierno peronista siguiendo de cerca el primer Campeonato Mundial, la simpatía política que Canavesi tenía por él, le permitió que apoyaran su exigencia de comenzar a entrenar con anticipación y con todo el equipo concentrado en un mismo lugar. Entonces el Gobierno dio una ayuda que en la época se calificó como esencial y muy valiosa. Lo que hoy puede parecer indispensable, fue un gran adelanto en la época: la gestión oficial para que las empresas no le descontaran del sueldo a los jugadores los días que estaban ausentes

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

por concentraciones o torneos y facilitarles las mejores condiciones de preparación, corriendo con los gastos que esta ocasionara. Así se pasó de delegaciones que no llevaban médico a los torneos sud-americanos a un grupo de trabajo para el Mundial que dispuso de un entrenador (Canavesi), un asistente (Casimiro González Trilla, valorado por su enseñanza de los fundamentos), un preparador físico (Jorge Borau), dos médicos (Carlos Bouret y Valentín Martínez Mosquera), cuatro kinesiólogos (Ernesto Holfeltz, Carlos Cufre, Lorenzo Morandi y Luis Morbelli), un laboratorista (Víctor Pensa) y un pedicuro (Gregorio Beltrán).

La preparación final comenzó el 21 de agosto, dos meses antes del Mundial, y luego de que se evaluaran a 50 jugadores. Más allá que desde algunos sectores se cuestionaron ciertas decisiones técnicas, levantando sospechas sobre que no se habían tenido en cuenta a algunos jugadores de la Asociación Buenos Aires y que tampoco se consideró con mucho énfasis a la gente del interior, la presencia de tres hombres de River (participaba de la Asociación), como Leopoldo Contarbio, Alberto López y Vito Liva, más las del rosarino Hugo Del Vecchio y el riojano Pedro Bustos, parecen dejar sin fuerza esa acusación.

El plantel de 20 jugadores concentró en las instalaciones de River Plate, utilizando las mismas habitaciones que los jugadores del plantel millonario de fútbol, y el plan de trabajo fue de avanzada para la época. Esos mismos jugadores que en sus clubes practicaban apenas dos veces por semana a la noche y jugaban uno o dos partidos cada siete días, estuvieron dos meses seguidos entrenando en doble turno (de 9 a 11 de la mañana y de 4 a 6 de la tarde), algo que ni siquiera los clubes de fútbol hacían. Las crónicas periodísticas de la época se compadecían de estos basquetbolistas de la Selección por ser sometidos a semejante exigencia...

Algunas particularidades de la convivencia en la preparación dig-

nas de destacarse: los jugadores debían tender su cama al levantarse; se les permitía fumar algunos cigarrillos (no muchos) en la concentración; como pasatiempo disponían de una sala de lectura y otra con un tocadiscos Wincofon, y cada jugador tenía asignada una pelota de entrenamiento, de la que era absoluto responsable. Además, la primera semana de entrenamientos no fue obligatoria, ya que no se habían conseguido aún los permisos de licencias laborales. Recién a partir de la aparición de estos, nadie podía faltar a las prácticas.

Otra característica de esos entrenamientos, esta sí valiosa, innovadora y al final determinante, fue la durísima preparación física a la que se sometió al plantel. En esto merece destacarse la labor del preparador físico Jorge Borau, porque la Selección Argentina lució impecable desde su condición atlética y eso le permitió marcar diferencias sobre sus rivales.

El adiestramiento incluyó, además, novedades como planillas estadísticas para seguir la efectividad en los lanzamientos de cada jugador. Los cronistas de la época que concurrían a los entrenamientos no dejaban de elogiar la asombrosa puntería que mostraban los jugadores.

Canavesi nunca ahorró palabras para autoalabarse, aunque parte de razón le cabe: *“Es un orgullo saber que el trabajo que hicimos en ese momento fue de avanzada, con la máxima planificación y sin cobrar un peso. Se trabajó en la técnica individual, en la estrategia para cada partido y en la preparación física, porque si queríamos ganar, teníamos que correr más que los rivales. Tengo vanidad de haber solucionado el problema de la falta de altura del equipo. Los jugadores fueron creyendo en ese trabajo a medida que veían cómo mejoraban”*.

En esa época no eran habituales los partidos internacionales de preparación. Por eso tuvieron que inventar una forma de alcanzar ritmo de juego. El capitán, Ricardo González, rememora con gracia que

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

“hicimos encuentros contra clubes de Buenos Aires, pero les ganábamos tan fácil que no nos servían. Así que empezamos a jugar entre nosotros, divididos en solteros contra casados. Salían unos partidos bárbaros, muy parejos y los jugábamos a muerte”.

Finalmente el equipo, que alcanzó un promedio de edad de apenas 23 años, quedó compuesto por Ricardo González (capitán), Oscar Furlong, Juan Carlos Uder, Leopoldo Contarbio, Roberto Viau, de solo 18 años, Raúl Pérez Varela, Omar Monza, Hugo Del Vecchio, Rubén Menini, Alberto López, Pedro Bustos y Vito Liva. El último corte, por problemas de salud, fue el santafecino Orlando Peralta, que por rendimiento tenía un lugar casi seguro entre los doce.

Uno de los periodistas más reconocidos de la historia del deporte argentino, Héctor Villanueva, Villita, señaló sobre el Seleccionado Nacional antes del comienzo del torneo en la revista Mundo Deportivo: *“La nómina está integrada por los mejores valores del país de los que se pudo disponer y no puede discutirse el criterio de la elección. El señor Canavesi cumplió a conciencia con su delicada misión. Es entrenador y maestro. Poseemos la técnica moderna y el viejo espíritu de lucha. No se puede exagerar pretendiendo el título mundial, pero sí podemos hablar de un segundo puesto, que nos consagraría”.*

A la hora de saltar a la cancha Argentina mostró un juego de alto nivel, sólido y avasallante. Ese grupo tenía una excelente técnica y habilidad en el manejo de la pelota, algo que no sobraba fuera de los Estados Unidos, pero además, la buena condición física le permitió desplegar un estilo veloz y, sobre todo, agresivo en defensa, que sirvió como estrategia para sustituir la falta de centímetros, ya que el promedio de altura del plantel apenas llegó a 1,84 metros. *“Yo metía muchos puntos porque robábamos la pelota en defensa o Pillín (por Furlong) reboteaba y me metía el pase largo para que yo corriera en contraataque y definiera las jugadas. En esa época ya habíamos*

empezado a jugar con los cinco jugadores atacando y defendiendo. Hasta unos pocos años antes los dos defensores apenas si pasábamos la mitad de cancha. Yo fui uno de los primeros defensores que empezó atacar y meter puntos”, relata Ricardo González, una de las figuras del torneo.

Argentina arrasó con sus rivales a lo largo de todo el torneo, demostrando su poderío. A excepción de Brasil, contra el que se sufrió y se tuvo que levantar una desventaja de 10 puntos, apelando a todo su temperamento, para cerrar con una luchada victoria por 40-35, las primeras cinco presentaciones las liquidó por 20,4 puntos de promedio. El poder ofensivo de los argentinos asombró en ese Campeonato Mundial, con 59,3 puntos anotados, marca altísima para una época en la que no existía límite en el tiempo de posesión y los equipos pasaban largos minutos en ataque esperando una opción de lanzamiento. Para comparar sirven los 37,6 tantos de media sumados en el Sudamericano del año anterior, con un equipo que incluía 6 jugadores que después estuvieron en el Mundial.

A Chile se le tenía mucho respeto, por que en ese mismo Sudamericano había vencido a los argentinos con claridad. Sin embargo, esta vez no hubo partido, ya que Argentina, jugando casi sin errores, lo liquidó en el primer tiempo, para después regular (62-41). Algo similar sucedió contra Francia, medalla de plata en Londres 1948 (56-40 y 66-41), y contra los grandotes egipcios, últimos campeones de Europa (68-33).

Al tiempo que el juego del equipo en el Mundial levantaba elogios, el dinero que entraba en las boleterías del Luna Park en cada partido de Argentina generaba sorpresa en propios y extraños. En los primeros cinco partidos las recaudaciones fluctuaron entre 120.000 y 144.000 pesos. El interés de los argentinos por el torneo también crecía con cada jornada. Cuentan que el micro con el plantel y el cuerpo técnico salía de la concentración apenas con esos integrantes

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

en su interior, pero que en el camino sumaba a familiares y amigos para arribar repleto al estadio, como un colectivo de línea en un día laborable.

El día de la jornada final el estadio explotó con más personas de las que el sentido común podía permitir. Las colas para ingresar eran interminables y gran cantidad de contingentes con hinchas del interior del país arribaron a la capital para no perderse la consagración del Seleccionado Nacional. El propio Juan Carlos “Tito” Lecomte, testigo presencial de la final, le confirmó muchos años después al maestro de periodistas Osvaldo Ricardo Orcasitas (O.R.O.), con los planos del estadio en las manos, que ese día hubo, según sus cálculos, 21.500 personas, aproximadamente.

Ese público que ocupó el Luna Park hasta ubicarse sobre las mismas líneas del campo, colmó su capacidad cuatro horas antes del partido y lo convirtió en una olla a presión, mientras el humo de los cigarrillos le agregó una atmósfera irrespirable, casi surrealista. El último día las plateas ofrecieron imágenes de ministros del Gobierno, embajadores, y personajes de la farándula nacional del teatro, el cine y la radio, que serían la envidia de cualquier evento de este siglo.

Los 203.160 pesos recaudados por el partido ante Estados Unidos significaron un récord para un espectáculo deportivo en la Argentina hasta ese momento y el tema provocó muchos espacios en los medios de comunicación. Como ejemplo, se puede tomar que ese fin de semana San Lorenzo venció al River Plate de Amadeo Carrizo, Angel Labruna, Walter Gómez y Felix Loustau por 3-2 en el Campeonato de Primera División de fútbol, generando 53.286 pesos en boleterías o que el clásico de La Plata, entre Gimnasia y Estudiantes, juntó 45.238 pesos. Por eso, lo del básquetbol fue increíble.

Argentina llegó a la última jornada de la ronda final para enfrentar a Estados Unidos sin ser el favorito, aunque confiado en sus fuerzas,

si bien los norteamericanos habían mostrado debilidades, ganando varios partidos con lo justo. Los argentinos tuvieron apenas unos minutos iniciales imprecisos. Después, a partir de una defensa muy sólida, tomaron el control del partido hasta escaparse por 10 puntos al cabo de la primera mitad (34-24). La anécdota fue que ese tiempo inicial se jugó con la pelota Superval, de fabricación nacional y de gajos cosidos, la que se utilizó en todo el torneo. Ante el reclamo de los estadounidenses la segunda parte se disputó con un balón traído por ellos, también de cuero, pero sin costuras, que hacía algo mejor el pique y la toma.

En el comienzo de los segundos 20 minutos Estados Unidos amenazó acercándose a un peligroso 37-32, pero allí ingresó el rosarino Del Vecchio, quien resultó decisivo con sus penetraciones, anotando 14 puntos en solo 11 minutos en cancha. Cuando salió lesionado, producto de un golpe de un rival, Argentina había liquidado el partido, con 14 puntos de ventaja a 6 minutos del cierre. Los visitantes, superados en todos los aspectos del juego, apelaron a un estilo excesivamente brusco, que le permitió a Furlong anotar 12 de 13 tiros libres, para sumar 20 puntos y convertirse en la figura del partido, e hizo que la visita terminara con solo 4 hombres en cancha, ya que otros 7 habían salido por las 4 faltas reglamentarias de esa época. Los norteamericanos fueron superados por la impotencia ante la clara superioridad de los argentinos, que entraron en la historia con un magnífico triunfo por 64-50.

Desde algunos sectores de nuestro país se quiso minimizar la conquista argentina, señalando la escasa jerarquía del equipo norteamericano. La mejor respuesta la dio tiempo después Osvaldo Ricardo Orcasitas (O.R.O.) en el libro Breve Historia del Deporte Argentino: *“Ese equipo de Estados Unidos vino de acuerdo a cómo se formaba el plantel en esa época; ese no es nuestro problema. En los Juegos de Helsinki de 1952 perdimos con ellos en semifinales y en 1954*

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

ganaron el Mundial de Brasil armando el equipo con ese mismo criterio, y en ningún caso nadie dijo que era un equipo de segunda". Se puede agregar que también los estadounidenses se llevaron el oro olímpico en Londres' 1948 con un equipo similar. Argentina enfrentó al equipo que Estados Unidos envió al primer Campeonato Mundial. Ni más ni menos. ¿Algún equipo se apiadó del Seleccionado Argentino en la infinidad de veces en las que no presentó un plantel con los mejores hombres?

También se dijo que la renuncia a participar de Uruguay, campeón del Sudamericano un año antes, facilitó la tarea de los argentinos. Es cierto que los uruguayos eran poderosos, pero también lo es que Argentina, con un equipo de menor capacidad, había perdido en ese Sudamericano apenas por un apretadísimo 35-34 en la jornada final.

Donde sí hubo consenso en las opiniones, sin distinción de nacionalidades ni de idiomas, fue en resaltar que Oscar Furlong fue la gran figura del torneo, el hombre desequilibrante sobre el que siempre giró el Seleccionado Argentino y el que lo condujo a la coronación. Con su 1,86 de altura jugaba como centro, donde se destacaba como un rebotero consistente, pero también ofrecía características especiales, porque combinaba excelentes virtudes como definidor (fue el máximo anotador del equipo con 11,2 puntos), con una exquisita creatividad para organizar los ataques, a partir de su calidad como pasador y su visión de juego. En muchos pasajes de los partidos era el verdadero base-armador del equipo, el que jugaba y hacía jugar. Se le reconocía que a pesar de su habilidad no mostraba ningún egoísmo, que era muy generoso en su juego para el equipo. En la intimidad del grupo a Furlong, que al mismo tiempo jugaba y competía en gran nivel al tenis, se lo sabía callado y humilde, a pesar de provenir de una familia de buenos recursos económicos. Se movía con un perfil muy bajo, pero siempre positivo para con sus compañeros, los que le tenían (y le tienen) un respeto casi reverencial. Sin

exageraciones, un crack.

Aunque haya que tironearlo para arrancarle recuerdos de esa conquista de 1950, Furlong deja en claro su idea: *“Nosotros en su momento lo tomamos como algo natural, no éramos conscientes del valor de un título mundial. Tal vez con el tiempo se le dio otra dimensión a esa conquista. No jugamos para ser campeones mundiales, sino por placer, porque nos gustaba el básquetbol. Sí hay que destacar que en ese momento a Argentina lo consideraban uno de los 4 ó 5 mejores equipos del mundo. No estaba nada mal. Fue clave la extensa preparación, pero una de las principales características de ese equipo fue la unión. Se puede ver hoy, los que quedamos todavía estamos todos juntos, unidos por la amistad”*.

El juego del equipo argentino fue tan sólido y efectivo, que, en medio de la algarabía del título, a los mejores analistas nacionales les hizo perder contacto con la realidad. Desde que el básquetbol se internacionalizara, con su arribo a los Juegos Olímpicos de Berlín 1936, se empezó a cuestionar en el seno de la propia FIBA la presencia de los hombres altos y se criticó su utilización como arma de desequilibrio, provocando claramente una revisión y un cuestionamiento del propio espíritu de este deporte. Del Congreso del organismo supremo en la capital alemana salió la sanción de la regla que dividía las competencias internacionales en dos: las oficiales, solo para jugadores de hasta 1,90 metros de altura (duró poco más de una década), y los que la superaran debían disputar un torneo aparte.

En Argentina la obtención del Mundial de manera contundente, con un equipo bajo, con Vito Liva y su limitado 1,89 como techo, hizo que algunos tomaran esto como una conquista reivindicatoria de las habilidades más básicas sobre la presencia intimidatoria de los gigantes. Algunos pensaron que ese triunfo argentino cambiaría el rumbo del básquetbol mundial, aunque se sabe que eso, en el contexto de la dinámica lógica y natural del desarrollo de este deporte,

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

nunca sucedió...

Más allá de estas cuestiones subjetivas, sí puede decirse que los festejos de esa conquista mundialista, auténticos y masivos, quedaron para siempre en el anecdotario del deporte nacional. Las crónicas de la época reseñan, sin encontrarle explicación, la reacción espontánea de público y jugadores confundidos en medio de la celebración en el propio campo de juego minutos después de la bocina final, entonando el himno nacional con un respeto y una emoción desligados de cualquier acción de marketing. Después, vino la salida del estadio por la noctámbula avenida Corrientes de miles de personas, muchas de las cuales decidieron encender sus diarios enrollados, a manera de antorchas, generando una imagen que ninguna foto captó, ni ningún video atesora, pero que se traspasó de generación a generación como un emblema identificatorio de ese título mundial. La muchedumbre siguió hasta avenida Callao y desde allí subió hasta la Plaza del Congreso, donde se volvió a cantar el himno y después se desconcentró sin producir incidentes. Está escrito en los diarios de ese entonces que por la avenida Corrientes los actores y músicos de los teatros y los cabarets que le daban vida a esa arteria, salían a la vereda a saludar el paso del micro con los flamantes campeones.

Al día siguiente el público formó una larga fila que pugnaba por ver y saludar a los jugadores en la concentración de River. Entre la multitud se confundía un hombre, como uno más, pero que tenía una rica historia basquetbolística detrás: era José Biggi, entonces entrenador de San Lorenzo, pero que había sido el mejor jugador argentino hasta la aparición de Furlong.

Síntomas de una masiva expresión popular protagonizada por otra sociedad argentina, menos convulsionada, más permeable al asombro, más genuina y educada con otros ejemplos.

1951 - 1955

Siempre con protagonismo

Con esa perspicacia en la que cimentó buena parte de su carrera política, Juan Domingo Perón entendió que su apuesta por el básquetbol había sido un acierto. El impacto fue contundente, por que hacia afuera la noticia del título mundial se había desparramado generosamente, montada sobre un deporte que no detenía su constante expansión, mientras que hacia adentro esos jugadores se habían convertido en ídolos y el básquetbol intensificaba su firme aceptación popular. Por eso, el Presidente, cuando se reunió con los flamantes campeones mundiales, los recibió con un *“a mi no me preocupa las ideas políticas que tengan. Lo que ustedes hicieron por Argentina es mejor que el trabajo de cien embajadores”*, que impactó hasta a los más fervientes antiperonistas.

Desde allí el Gobierno argentino volcó más apoyo para la preparación del campeón mundial, porque se encaraba el mayor desafío organizativo para la administración peronista: los primeros Juegos Panamericanos, a realizarse en Mar del Plata en febrero de 1951. La fulminante derrota por nocaut en el primer round de un ídolo popular como José Gatica ante el estadounidense Ike Williams en el Madison

Square Garden de Nueva York en enero de ese año, le cargaba más responsabilidad de triunfo al básquetbol.

La preparación del equipo comenzó en ese enero con la base del mismo plantel mundialista, más algunos pequeños retoques. Con el recuerdo fresco del Mundial se esperaba mucho del equipo argentino. La posibilidad de acceder al título continental era una posibilidad que manejaba la mayoría. *“Ajustamos un poco pero el equipo era casi el mismo. La villa olímpica y los lugares de entrenamiento estaban por Ezeiza, ahí donde hoy es Ciudad Evita. Una vez vino Perón a ver los entrenamientos y le dije: ‘Disculpe pero acá no se puede practicar’. Era todo nuevo pero la pelota no picaba... ‘Ningún problema. Que el profesor elija el lugar donde quiere concentrar y arreglan todo’, respondió Perón, dirigiéndose a uno de sus asistentes. Así que nos mudamos al Instituto de San Fernando que yo conocía muy bien y allí nos preparamos”,* contó Canavesi en www.efdeportes.com.

Como se permitían hasta 14 jugadores del plantel campeón salió Liva e ingresaron Ignacio Poletti, Jorge Nuré, que habían quedado como suplentes en el Mundial, y el santafecino Orlando Peralta. Que Oscar Furlong, símbolo del básquetbol argentino, izara la bandera olímpica en la ceremonia de apertura de los Juegos, fue una demostración del sitio de privilegio que ocupaban la actividad y el jugador de Gimnasia de Villa del Parque en ese momento en el deporte nacional.

El básquetbol tuvo su sede en Buenos Aires, en el habitual Luna Park, donde otra vez una multitud acompañó al Seleccionado. El torneo, destacaron los medios, tuvo un nivel muy alto, para algunos incluso superior al Mundial. Es que las presencias de México, Cuba y Panamá, todos ellos influidos directamente por los norteamericanos, eran rivales de cuidado, junto a otros poderosos del momento como Brasil y Chile, con Estados Unidos como repetido favorito.

A pesar de que Argentina ganó sus partidos con relativa comodi-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

dad, con ventajas de 13,6 puntos (a México 58-45, a Cuba 72-56, A Panamá 65-54 y Chile 54-47), incluido un triunfo sobre el siempre amenazante Brasil por 58-47, el equipo no brindó una imagen de fortaleza y contundencia como en el Mundial. Para peor, en la segunda presentación, ante los brasileños, el pivote Leopoldo Contarbio se lesionó el tobillo derecho y no pudo volver a jugar en todo el torneo. Por eso, y porque Estados Unidos ofrecía en cada partido una aplastante demostración de básquetbol, se pronosticaba una definición del torneo despareja y con cómodo triunfo estadounidense.

El arranque del partido decisivo entre los dos invictos pareció darle la razón a los vaticinios, porque a los 10 minutos Estados Unidos se imponía 16-5 y cuando a los 14 minutos del primer tiempo la ventaja era de 26-7 todos sospecharon una paliza histórica. En ese lapso Argentina no había anotado ningún doble. Sin embargo, como en la definición del Mundial'50, fueron desequilibrantes las entradas de Del Vecchio (13 puntos) y de Menini. Los campeones sacaron todo su temperamento y provocaron una reacción que enloqueció al público, para cerrar el primer tiempo abajo por 29-23.

El segundo tiempo fue muy parejo y con el aporte de Furlong (12 puntos) y González (9) Argentina llegó a ponerse a sólo 3 puntos a 3 minutos del final, pero no le dio para más y terminó cayendo por un digno 57-51.

Canavesi aceptó que *“la actuación argentina estuvo bien, pero los yanquis ya estaban prevenidos y vinieron con un seleccionado nacional. Por primera vez en la historia formaron una selección y no vinieron con la base de un equipo. Además tuvimos mala suerte. La lesión de Contarbio nos perjudicó. Sin ese valor sumamente importante en los tableros, EEUU nos emparejó los rebotes en la final. Esa fue una de las causas por las cuales perdimos”*.

Si bien la medalla de plata no fue festejada, sirvió para ratificar que Argentina seguía siendo un equipo respetado y de primer nivel.

Más de un año después, en julio de 1952, la Selección Argentina volvió a reunirse y cruzó el Atlántico para participar de otros Juegos Olímpicos. Sin embargo, esta vez lo hacía portando en sus valijas un prestigio merecidamente ganado y su clasificación fue otorgada como campeón mundial reinante.

Al plantel que viajó a Helsinki, Finlandia, se incorporaron un histórico como el alero santiagueño Rafael Lledó, tres veces campeón sudamericano en los 40, el escolta Rubén Pagliari y el pivote Juan Gzásó, con quien Canavesi pretendía fortalecer el juego interior. Su intento le dio resultado, ya que Gzásó, nacido en Hungría, aunque criado en Buenos Aires, le aportó con su 1,95 de altura, los centímetros que a ese grupo siempre le faltaron y terminó siendo el máximo anotador y el mejor jugador del equipo, con 13,4 puntos de promedio.

Argentina ya tenía identidad propia en su juego y eso queda confirmado en libro Historia del Baloncesto Olímpico, de Pedro Escamilla, que resalta: *“El equipo que encandila a los todavía inexpertos espectadores finlandeses es el campeón del mundo, Argentina, que hace maravillas en la cancha. Basando su juego en la fantasía y calidad de Oscar Furlong (probablemente el mejor basquetbolista argentino de todos los tiempos), dirigido el equipo magistralmente por Juan Carlos Uder y apoyándose en la jerarquía del “Negro” Ricardo González, de Hugo Del Vecchio, de Leopoldo Contarbio, Roberto Viau y Rubén Menini, entusiasmaron al público”*.

Tras debutar en el estadio Tennispalatsi arrasando a Filipinas (85-59), sufrió ante Canadá (82-81), un equipo por entonces poderoso, y le dio una paliza a Brasil (72-56), que ratificó el poderío de los argentinos, que según Escamilla *“siguieron dando clases magistrales de básquetbol. Las colosales exhibiciones individuales y de conjunto que mostraban los del Río de la Plata sólo podían superarlas los no*

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

menos colosos norteamericanos. El deporte siempre exige grandes esfuerzos, y tal vez la depurada técnica argentina no contaba entonces con la imprescindible ayuda física y esto fue determinante en los partidos que definían el acceso a las medallas”.

En la segunda fase, ya en el estadio Messuhalli, para 5.000 personas, el Seleccionado marca un récord, al llegar por primera vez en la historia a los 100 puntos en un partido, en la victoria por 100-56 a Bulgaria. El encuentro clave en la etapa clasificatoria, durante la última jornada, fue ante Uruguay. El libro señala que *“fue igualadísimo, y duro, con choques que levantaban chispas, abundantes faltas personales, codazos, empujones, agresiones, que se sucedían de tal forma que trascendía al público la tremenda intensidad de la pugna. Sin embargo, todo se disimulaba con las bellas acciones técnicas en el juego, donde no podía diferenciarse quién lo hacía más efectivamente, si los argentinos con su limpia técnica o los uruguayos con su ardiente generosidad física, al margen de las consabidas transgresiones reglamentarias”.* Al final fue victoria, en suplementario de Uruguay 66-65. En el cierre del tiempo regular el base Pérez Varela cometió algunos errores al lanzar al canasto en lugar de retener la pelota (no había límite de posesión), aunque nadie de ese grupo, jamás, hizo declaraciones públicas sobre eso.

“No se descartaba que de haber sido Argentina el rival de la URSS en semifinales, en lugar de Uruguay, el bello juego de los rioplatenses pudiera haber hecho mucho más costosa la clasificación de los soviéticos a la final”, se aventura a analizar el libro de la historia olímpica del básquetbol.

En semifinales Argentina le jugó de igual a igual a Estados Unidos, el gran favorito, y cayó, en un partido de gran nivel, por 85-76. *“La desilusión de los argentinos era patente. Ellos, campeones del mundo con todo merecimiento, ni siquiera iban a poder disputar la final. Habían demostrado que su juego era bueno y que podrían haber*

enfrentado con dignidad a EE.UU. en la final. En el partido por el bronce, los argentinos, con poca moral, fueron abatidos por Uruguay”, retrató con precisión Escamilla. Fue derrota por 68-59, que significó un cuarto puesto que los dejó sin medalla y un dolor en la piel que los acompañó por siempre.

El sentimiento de esos deportistas se puede resumir en un sólo sentimiento, el del capitán, Ricardo González: *“Fue una lástima, porque el primer partido contra Uruguay estaba ganado, lo perdimos nosotros. Es cierto que todos elogiaron nuestro juego, pero al final nos volvimos sin medalla, que es lo que te deja en la historia. Ese equipo se merecía una medalla olímpica”.*

Los años de 1953 y 1954 fueron de inacción oficial para la Selección Argentina. Cuando se retomó la actividad en los Sudamericanos, Argentina decidió no participar en Montevideo 1953, porque se vivían momentos conflictivos en la política entre ambos países. De esta manera, los argentinos pretendieron pasarles factura a los uruguayos por desistir de participar del Mundial en 1950. Lo curioso fue que en 1953 el presidente de la Comisión Continental de Zona Sudamericana de la FIBA, entidad que dirigía la actividad regional, era el argentino Marcelo Etchegaray, quien insólitamente tampoco concurrió a la capital oriental durante el torneo. Las relaciones basquetbolísticas con Uruguay recién se reanudarían en octubre de 1955 con dos partidos amistosos, uno en Montevideo y otro en Buenos Aires.

El vacío de actividad Argentina lo cubrió con su participación en el tercer Campeonato Mundial Universitario que se disputó en Dortmund, Alemania, en agosto de 1953. En un básquetbol mundial ampliamente amateur este torneo tenía mucha importancia por la calidad de sus participantes. El equipo lo dirigió Canavesi, quien a su vez era profesor de la Universidad Nacional de La Plata, y el

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

plantel lo integraron, entre otros, cinco jugadores con experiencia en la Selección mayor y que en ese momento cursaban estudios universitarios: Furlong (después del torneo se incorporó a la Universidad de Southern Methodist, en Dallas, y participó en el torneo de la NCAA), Viau, Poletti, Bustos y Varani. Argentina ganó el torneo invicto, imponiéndose en sus siete partidos, el último de manera contundente a España por 73-47.

Otro triunfo trascendente en plena gestión peronista no iba a ser pasado por alto, más tarde, por la dictadura libertadora. El pecado de haber sido exitosos fue motivo suficiente para que también a ellos les cayera encima con todo su odio revanchista.

En 1954 otra vez la política impide que el Seleccionado Argentino tuviera competencia de alto nivel, ya que la tirantez diplomática del Gobierno de Perón con los brasileños hizo que se desistiera de defender el título en el segundo Campeonato Mundial, disputado en Río de Janeiro, luego de que a último momento San Pablo, sede original, no pudiera cumplir con la construcción de un estadio. Un sinsabor más para un grupo que parecía estar en el punto ideal de rendimiento y madurez para enfrentar cualquier desafío.

En 1955 se empezó a marcar, naturalmente, el inicio del tramo final de la brillante etapa de algunos de los integrantes de la primera Generación Dorada del básquetbol argentino. El paso del tiempo obligaba a un recambio generacional que comenzaba a imponerse, pero lo bueno era que, con los mundialistas como espejo, aparecían nuevos valores jóvenes, que podrían servir como complemento para continuar conformando un equipo poderoso.

El siguiente compromiso de alta exigencia fueron los segundos Juegos Panamericanos a realizarse en México. Como Canavesi había tenido un choque con funcionarios de organismos oficiales se lo

separó del cargo de entrenador del Seleccionado, siendo nombrados en su lugar Casimiro González Trilla, proveniente de la Federación Argentina, y Francisco Del Río, de la Asociación Buenos Aires. González Trilla, fiel a su idea, sumó gente alta como los pivotes Adolfo Lubnicki (1,94) y Horacio Colombo (1,91) y el alero Edgard Parizzia (1,87). A último momento se sumó Furlong que viajó directamente desde Estados Unidos y así se pudo estructurar un plantel muy competitivo.

Lo que llamó la atención fue que sólo un jugador, Juan Carlos Uder, de Racing Club, campeón de la Asociación Buenos Aires e identificado con el deporte profesional, fuera convocado para integrar el plantel, a pesar de haber sido campeón en 1953 y de repetir luego en ese 1955. En el medio, en plena gestión peronista, todos los jugadores de Racing fueron suspendidos (luego de casi un año los amnistiaron) por haber participado de una gira por Centroamérica, y por haber ingresado al país, a su regreso, una heladera y un lavarropas cada uno, acusándolos de contrabando.

El potencial del equipo quedó demostrado con la amplitud con que Argentina ganó sus partidos ante Venezuela (72-37) y México (78-64), pero en la tercera jornada volvió a provocar un impacto que conmocionó al mundo: le ganó otra vez a Estados Unidos, en un partido dramático, que se definió en el último segundo. Los argentinos desplegaron una defensa agresiva en el comienzo (terminaron con 25 faltas sancionadas contra 16 de los estadounidenses) y luego de mantener paridad en el marcador se distanciaron al término del primer tiempo por 29-23. En la segunda parte los argentinos dominaron con autoridad hasta escaparse por 43-30, que pareció anunciar una paliza histórica. Sin embargo, los norteamericanos reaccionaron y a 3 minutos de final se pusieron abajo por la mínima: 51-50. Cuando Furlong, el máximo anotador con 14 puntos, salió por 5 faltas (la regla había cambiado en 1952) a poco más de un minuto del cierre,

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

las sensaciones argentinas fueron las peores. A pesar de eso, con el marcador igualado en 53, una falta a Viau en el último segundo le permitió al base dos tiros libres: falló el primero sin pegarle siquiera al cesto, y anotó el segundo, para darle a la Argentina otro triunfo (54-53) sobre Estados Unidos en su historia, esta vez en campo neutral.

Todo pintaba para que los argentinos se quedaran con el oro, pero en el choque contra Brasil jugaron muy por debajo de su nivel y cayeron para sorpresa de todos, por 61-57. Los norteamericanos, a su vez, aplastaron a los brasileños por 78-49 y en el triple empate se quedaron con la medalla de oro por diferencia de puntos entre los empatados.

Desde lo individual Furlong ratificó su calidad, al terminar como máximo anotador del torneo con 18,2 puntos de promedio y Alberto López cumplió su mejor tarea con la celeste y blanca (9,8 puntos), pero el jugador que mostró un ascenso incontrolable fue Roberto Viau, de sólo 23 años, que así anunciaba que se convertiría en el líder del Seleccionado a corto plazo. Furlong dice sobre Viau que *“tenía unas condiciones técnica increíbles, que le permitían cumplir varias funciones y todas las hacía bien. Además, tenía un corazón tremendo en la cancha. Era un jugador de avanzada para esa época. De todo ese grupo era el único que podría jugar en el básquetbol actual”*.

Más allá de la frustración por el título escapado inesperadamente, la medalla de plata fue valorada, ya que el triunfo ante Estados Unidos tuvo un mérito enorme y se aceptó que el equipo continuaba perteneciendo a la élite internacional. Como anécdota quedó la invitación para realizar un partido amistoso en Ciudad Juárez, México, tras finalizar el torneo, ante un combinado norteamericano de una liga comercial. Los argentinos aceptaron el convite y vencieron a los estadounidenses por 79-71.

ALEJANDRO PEREZ - GERMAN BEDER

Cuesta aceptar que una generación de jugadores que logró trascender y sumar triunfos en las máximas competencias del calendario internacional de mitad del siglo 20, no haya podido nunca destacarse en el ámbito sudamericano. El torneo regional disputado en Cúcuta, Colombia, en 1955, no fue la excepción, terminando en un pálido 4º puesto.

Para ese torneo se decidió el regreso de Canavesi a la conducción, ya que las peleas dirigenciales entre la Federación y la Asociación no menguaban, por lo cual González Trilla y Del Río decidieron dar un paso al costado. Si bien desde la dirigencia siempre se intentó ensuciar a los jugadores, responsabilizándolos de enfrentamientos entre amateurs y profesionales, ellos jamás hicieron pública ni dejaron traslucir ninguna confrontación interna.

Argentina llegó como uno de los favoritos a pelear por el título, con un equipo liderado por Furlong, González y Viau, sobrevivientes del Mundial de 1950. El Negro González, el histórico capitán, fue para Canavesi *“el jugador de rendimiento más regular de todo ese ciclo. Un líder permanente, con mentalidad ganadora. Tenía gran garra ofensiva y defensiva y un notable equilibrio emocional, que le daba gran seguridad en su juego”*, según le contó a Osvaldo Orcasitas (O.R.O.) en el sitio www.webasketball.com.ar.

Esa Selección venía mejorada en altura, lo que permitía, por ejemplo, que Furlong pasara a jugar como alero, a partir de su enorme habilidad para moverse en cualquier parte del campo, y que el juego interior se lo repartieran Gzásó (1,95), Lubnicki (1,94), Carlos Vasiño (1,93), Colombo (1,91) y Osvaldo Aldunate (1,89).

La estrepitosa caída ante Brasil, donde debutó el genial Wlamir Marques, por 63-45 desestabilizó la marcha de los argentinos, que se derrumbaron al perder el partido siguiente con lo justo ante Paraguay 53-50. Si bien mostrarían su potencial al derrotar a Uruguay, posterior campeón, en título compartido con los guaraníes, por 57-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

56, con un tiro libre de Lubnicki a 10 segundos del final, el balance fue negativo.

Para un grupo que se mantuvo tanto tiempo en lo más alto del básquetbol internacional suena a poco el récord de 9 triunfos y 9 derrotas en tres Campeonatos Sudamericanos (1947, 1949 y 1955), con dos cuartos puestos y un olvidable quinto lugar.

Pero más allá de eso, el frustrante cuarto lugar en Cúcuta resultó ser, sin imaginarlo, y mucho menos proponérselo, el final de una etapa maravillosa para el básquetbol argentino, en la que se cimentó un prestigio que perdura a pesar del paso del tiempo. Después, por decisión interesada y cruel de unos pocos, se iba a dinamitar un proceso que fue ejemplo, por calidad y trabajo, provocando una herida que costaría varias décadas cicatrizar.

1957

El fusilamiento del básquetbol

Tras el golpe militar que volteó al gobierno de Perón el 16 de septiembre de 1955, los militares que tomaron por asalto el poder comenzaron una cruzada absurda por borrar al peronismo del pasado reciente de la Argentina. El deporte, al cual Perón le había dado un impulso como nadie, ni antes ni después, no se salvó de esa cacería. El básquetbol fue la presa más deseada y los propios dirigentes de la Confederación Argentina fueron cómplices necesarios para degollarla.

Aquella invitación a la Casa Rosada que Perón les hizo a los campeones mundiales y que derivó en el premio de una orden que los eximía de pagar impuestos por la importación de un automóvil, fue la excusa ideal para perseguirlos y castigarlos.

Ricardo González, símbolo de esa generación, señaló: *“Nunca fui peronista, pero hay que ser honesto y reconocer que Perón al deporte le dio una bola espectacular. El hombre se portó muy bien. Ninguno de nosotros, excepto Furlong o algún otro, teníamos algo. La mayoría éramos unos secos bárbaros y él quiso premiar nuestro esfuerzo”*.

Con las botas en el poder, el capitán Fernando Ayroles, el mismo que había presidido el Comité Ejecutivo del Campeonato Mundial de 1950, fue designado interventor de la CABB el 3 de noviembre. Su arribo se produjo junto a varios nombres con larga trayectoria en el básquetbol, como el ex centro Olindo Oneto, la primera estrella de la Selección Nacional, campeón sudamericano en 1934 y máximo anotador en los torneos de 1930 y 1934, jugador de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, un club desde siempre identificado con el liberalismo porteño. También pasaron a manejar la CABB Antonio Zolezzi, histórico jugador de la Asociación Cristiana de Jóvenes en la década del 20 y cuyo hermano participó en los primeros Sudamericanos, y el profesor Luis Martín, quien había comenzado a jugar al básquetbol en la ACJ en 1927, y que en la década del 30 pasó a El Tala hasta retirarse en 1940. Con 37 años había sido un hombre decisivo y laborioso en la organización del primer Mundial.

El avance sobre el deporte fue casi total, a partir de que el general Fernando Huergo fue nombrado interventor de la Confederación Argentina de Deportes y del Comité Olímpico (CAD-COA).

Cuando a mitad de noviembre el ala dura de la revolución fusiladora tomó el control del gobierno nacional, se puso en marcha un plan revanchista que apuntó a borrar todo vestigio positivo de la etapa peronista. El deporte no fue la excepción y el básquetbol sería la víctima que sufriría su odio con mayor virulencia, porque aquel Mundial había calado muy profundo en los sentimientos y en la memoria de los argentinos, a los que les resultaba imposible desligar esa conquista de la gestión deportiva de Perón.

El Poder Ejecutivo Nacional anunció el 7 de octubre de 1955 la creación de la Comisión Nacional de Investigaciones, cuyo objetivo era revisar todo lo actuado por el gobierno derrocado inconstitucionalmente. Al deporte le tocó la Comisión Investigadora N° 49, de la que la CABB se notificó el 24 de noviembre. Apurados por justificar

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

su tarea el 5 de enero de 1956 enviaron los telegramas a los basquetbolistas para que se presentaran ante la comisión a declarar.

Omar Monza le resumió a www.efdeportes.com que *“nosotros recibimos la orden de importación, pero el coche había que comprarlo y la mayoría no lo hicimos porque éramos unos secos. Esa orden la vendimos y sacamos unos pesos, pero por jugar nunca cobramos. El tema fue que el regalo de Perón los dirigentes no lo ligaron, por eso después nos sancionaron. En la investigación nos trataron bastante mal. Los milicos nos preguntaban por el cargamento que habíamos traído en el barco desde Helsinki y yo lo único que traje fueron unos cartones de cigarrillos y un juego de té. Al básquetbol nunca le perdonaron que saliera campeón”*.

El 24 de febrero se reemplazó la intervención en la CABB, asumiendo la presidencia el doctor Amador Barros Hurtado (que paradójicamente ya era miembro del Consejo Directivo de la entidad), en otra demostración del endurecimiento de los objetivos y los procedimientos. Así marginaron al salteño Ayroles, quien no podía ocultar su relación con el gobierno anterior, principal sustento de la realización del Campeonato Mundial.

Dentro de un contexto general en el que, desde marzo el gobierno de facto había decretado la prohibición de elementos o la simple mención que reafirmaran la ideología peronista, era evidente que se venía la persecución del Seleccionado de básquetbol.

El primer indicio lo dieron cuando reflataron el caso de Racing, club relacionado desde siempre con Perón, por aquella gira de 1953 de la que volvieron con una heladera y un lavarropas cada jugador. El 3 de abril de 1956 se los inhabilitó como aficionados.

Poco tiempo después el gobierno militar dejó sin efecto el funcionamiento de la Comisión Nacional de Investigaciones, lo que tranquilizaba a muchos dirigentes, a los cuales no les convenía una profundización de las averiguaciones.

Esto pareció generar una tregua que permitiría volver a hablar de básquetbol. La realización de los Juegos Olímpicos en Melbourne, que le había ganado la sede a Buenos Aires apenas por un voto, debía ser el gran objetivo para volver al juego. A pesar de eso, la dirigencia de la CABB se mantuvo inactiva, sin desarrollar un plan de convocatoria y preparación del equipo nacional, aún cuando el calendario internacional se mostraba repleto de valiosas visitas, como el seleccionado de la Unión Soviética (plata en los Juegos de 1952 y campeón de Europa en 1953), de la Universidad de San Francisco, con el genial Bill Russell y KC Jones, de Uruguay, que se preparaba para los Juegos, y de los Harlem Globetrotters.

Aunque la intención era castigar a los jugadores por su relación ganadora con el peronismo, ese no era el momento, ya que se necesitaban protagonistas de un buen nivel para enfrentar a los ilustres rivales, razón por la cual no les importó sacrificar el Campeonato Argentino de ese año. El objetivo seguía siendo ocultar al Seleccionado, inutilizarlo, por eso para afrontar esos compromisos de máxima jerarquía los dirigentes armaron combinados de la Asociación y de la Federación.

Pasadas algunas series internacionales había que definir el tema de la participación en los Juegos Olímpicos. Dentro de su estrategia destructiva la CABB y el Gobierno no podían arriesgarse a mandar un equipo de básquetbol, que además de estar vinculado al peronismo, hiciera un buen papel en el torneo olímpico, ya que después se les pondría mucho más complicado endilgarles alguna acusación. Mucho más después de que la Comisión de Investigaciones entregó su último informe, reconociendo, según relata el libro “1956 Donde Habita el Olvido”, que *“en el expediente contable corre agregado un informe de la CABB en el cual figuran nóminas de todos los deportistas, jugadores y dirigentes que concurrieron en distintas oportunidades al extranjero. Cabe señalar que en razón de encon-*

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

trarse finalizadas las investigaciones en la fecha en que se recibió la información no se pudo analizar si hubo irregularidades por parte de las delegaciones”.

Mientras tanto, desde la propia CABB se hacían flamear dos argumentos que algunos repetían con obsecuencia indigna: que el nivel del básquetbol argentino había bajado notablemente y que no había recursos económicos para solventar la participación en Melbourne, ahora que el gobierno no apoyaba más al deporte, y aún cuando la dirigencia no hizo nada para generarlos.

La mínima nómina de 50 pasajes que afrontaba el COA para viajar a Australia fue la excusa que le cayó justa a la CABB para argumentar la ausencia del Seleccionado Argentino. El 26 de agosto salió a la luz lo que se tenía oculto desde hacía un tiempo: Argentina no tendría representante en básquetbol en los Juegos de 1956.

Ante esto, el periodista Carlos Fontanarrosa escribió furioso en El Gráfico que *“No ir a Melbourne es una culpa, no una imposibilidad. Hubo tiempo y no se hizo nada para cosechar los fondos que dicen que faltan. Ahora resulta fácil decir no hay fondos y se acabó. Pero sepan quienes dirigen el básquetbol, que si este deporte viene en barranca abajo, con esta determinación de no ir, terminan de aplastarlo. Salir no es solo un premio al crack, es mantener a un deporte, darle categoría, difundirlo. Ahora se perderá la situación de privilegio que significa ser cabeza de zona. Después, ¡vuelta a empezar! No ir a Melbourne es salirse de la fila y tener la necesidad de ponerse detrás. Nos gustaría preguntarle al COA después de su declaración ¿a cuántos atletas o deportistas considera más aptos que a estos basquetbolistas dentro de los cincuenta que conformarán la “delegación paga”? Nuestra pena se agranda cuando vemos a los dirigentes del basquetbol no luchar por él. Lo del COA es criticable, pero lo de los directivos de nuestro deporte... ¡No han hecho nada para salvar las dificultades! La responsabilidad es de*

ellos. Todo el ambiente tiene a quien acusar. El fracaso lastima, arrastra y ahoga al básquetbol, que no tiene nada que ver con ellos, pero es el directo damnificado”.

Si lo que se cuestionaba era el nivel deportivo, los propios protagonistas se encargaron de desmentirlo. Como bien puntualiza el entrenador y sociólogo Emilio Gutiérrez en su libro “1956 Donde Habita el Olvido”, “*el 30 de octubre de 1956, en Montevideo, fue la última vez que Ricardo González, Oscar Furlong y Roberto Viau jugaron juntos oficialmente en algún equipo. Vistiendo la casaca de la Federación Argentina enfrentaron a Uruguay, que sería bronce olímpico en Melbourne unas semanas después, para triunfar por 68-65*”. Aunque antes de lo deseado, fue una despedida a lo grande, como su calidad se merecía.

Cuando parecía que la actividad empezaba a normalizarse, los dirigentes tenían guardada la puñalada final, traicionera y mortal. El martes 8 de enero de 1957, cerca de las 10 de la noche, Barros Hurtado, Salluzzi y Zolezzi (Martín consta como ausente con aviso) resuelven concretar, según figura en el libro de actas de la CABB, la mayor maldad sobre el básquetbol argentino en toda su historia:

Despacho de la Comisión de Profesionalismo. Expte 52/56. (Expediente 344/56 CADCOA) Declaraciones formuladas grupo de jugadores ante Comisión Investigadora N° 49. Vistos:

Las actuaciones entregadas por la CI49, las declaraciones obrantes por la Comisión de Profesionalismo de esta Confederación y considerando que se encuentra fehacientemente comprobado que numerosos jugadores recibieron de parte del gobierno depuesto órdenes para la introducción de automóviles, que algunos de ellos fueron premiados con sendos empleos en la administración pública, que de la plena prueba surge de que los jugadores han violado el Estatuto de la CABB y el Código del Aficionado. Por todo ello se aprueba la siguiente resolución:

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

1) *Inhabilitar provisoriamente para actuar como jugadores a los siguientes señores: Ardisana, A.; Budeisky, M.; Bustos, P.; Cavallero, J.; Colombo, H.; Del Vecchio, H.; Facetti, C.; Furlong, O.; González, R.; Liva, V.; López, A.; López Cárcano, J.L.; Lozano, A.; Martínez, J.; Monza, O.; Nuré, J.; Piedrabuena, L.; Poletti, I.; Rodríguez Lamas, E.; Trama, A.; Varani, B.; Venturi, O. y Viau, R.*”.

2) *Déjese constancia de que pese a comprenderles los alcances de la presente resolución a los señores Contarbio L., Menini R., Pérez Varela R. y Uder J., no se los incluye en los términos de la misma en razón de haber sido inhabilitados como aficionados el 3/4/56 de resultas en Expedientes: Gira del Racing Club.*

3) *Elevar las presentes actuaciones a la Confederación Argentina de Deportes, al Comité Olímpico Argentino para su conocimiento y posterior reintegro a fin de adoptar resolución definitiva.*

Acto seguido se pasa a sesión secreta y se aprueba la Resolución definitiva sobre el particular que dice así: En consecuencia y en razón de que todas las personas citadas en el punto 1º de la Resolución transcripta han violado el artículo 1º inc K y el 36º inc B y G del Estatuto de la Confederación Argentina de Basketball y los artículos 1º inc E y el 2º del Estatuto del Aficionado, esta Intervención resuelve inhabilitarlos para actuar como aficionados en el basketball, a cuyo efecto oportunamente se han de cursar las pertinentes comunicaciones a los organismos nacionales e internacionales.

El día después, con la inhabilitación no casual de los campeones mundiales de 1950 y los campeones mundiales universitarios de 1953, los que cometieron el “pecado” de haber sido exitosos, el básquetbol argentino comenzó otra historia, esta vez repleta de fracasos y frustraciones, que se extendió durante 40 años.

Repárese en las edades de los deportistas sancionados: Bustos (29 años); Colombo (22); Del Vecchio (28); Furlong (29); González (31); López (30); Monza (27); Nuré (30); Poletti (26); Varani (31);

Venturi (32), Viau (25), Contarbio (27), Menini (32), Pérez Varela (31) y Uder (29). A todo esto, el resto del ambiente del básquetbol nacional asistió inmóvil, apático y casi desinteresado a la decapitación de muchos de sus mejores valores, pagando un costo que nadie llegó a imaginar con mínima precisión.

Fontanarrosa siguió desde El Gráfico el tema de la Selección de básquetbol en aquel momento y no tuvo dudas en señalar a los verdaderos culpables: *“Varios basquetbolistas han sido inhabilitados. Las razones son ampliamente conocidas: regalos recibidos del gobierno anterior. Esa medida no contempla la realidad, está fuera de tiempo y lleva al extremo y tardíamente una justicia que tuvo que ser aplicada en primer lugar a las autoridades deportivas y oficiales que autorizaron y legalizaron (la ley eran ellos) la recepción de dichos regalos. Sobre esos dirigentes, nada se ha dicho. Más aún: hay entre ellos interventores actuales y hay quienes propician el castigo cuando ellos en su oportunidad consintieron y apoyaron tales obsequios. En realidad en el clima de desvarío vivido, los menos culpables fueron los jugadores. Cabe una sola pregunta: ¿puede un dirigente de antes ser integrante del juzgado que pena hoy en día? Creo que los primeros sancionados deberían ser los dirigentes que han estado y no se han levantado cuando sucedía esto que hoy llaman “culpa”. ¡Que flagrante caso de profesionalismo! ¿Qué fueron contrabandistas? ¡Que se haga el cargo, que se denuncie, que se demuestre caso por caso! Solo ahora, pocos días antes de comenzar a entrenar la Selección recuerdan que hay deseables e indeseables. Para jugar contra los rusos o la Universidad de San Francisco se usaron los mismos hombres que hoy se pretende inhabilitar. ¿Cómo se entiende esto? Se habla de sanciones morales. Quiere decir que el deportista castigado no puede ir a Melbourne. Se trata de una cuestión de ética. Entonces se podría confeccionar otra lista tan extensa como la de estos jugadores. ¿Por qué muchos dirigentes que*

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

han vivido aquella época quieren convertirse en paladines de ella? ¿Por qué no se fueron en aquellos momentos?”. Aquí, los dirigentes no son otros, no se crea. ¡Son los mismos! Después de la Guerra se ajustició a los generales, jefes e influyentes del régimen nazi y no a los subordinados. ¿Por qué aquí se toma justicia con la tropa?”.

A su vez, una de las plumas más incisivas del periodismo deportivo argentino de siempre, Dante Panzeri, también se ocupó del básquetbol en el tema que dominaba la época e intentó sacarle la careta a los supuestos reglamentaristas desde las páginas de El Gráfico: “A nosotros no nos repugna lo que pueda estar en pugna con los ideales amateuristas (porque en pugna con el amateurismo están los que quieren sustentarlo violándolo). No vemos deshonra en que alguien pague lo que el deporte amateur no puede pagar. En lo que sí vemos deshonra es que se haga lo mismo y se diga lo contrario. El sustento del deporte es cada vez más difícil de mantener con moneditas o palabritas. Los deportistas que hay en su mayoría son proletariado dentro de la sociedad. La situación variaba cuando el sportman era un Sr. de mucho dinero. Allí sí la tranquilidad amateur estaba asegurada con moneditas. Lo que creemos es que las leyes del deporte aficionado no pueden constreñirse durante más tiempo al espíritu ni a la letra de las reglamentaciones sancionadas en épocas en que el deporte fue privilegio de unos pocos adinerados”.

En su reunión del 27 de marzo los mismos tres dirigentes que eran parte de la intervención de la CABB (Barros Hurtado, Salluzzi y Zolezzi) se reunieron para confirmar la sanción. “Vistos: La resolución aprobada en estas actuaciones con fecha 8/1/57, disponiendo la inhabilitación provisoria de varios jugadores que prestaron declaración ante la Comisión Investigadora N° 49 y de otros que lo hicieron ante la Comisión Interventora. Que la medida fue comunicada a la Confederación Argentina de Deportes para su conoci-

miento, y Considerando: que la CAD aprobó la medida adoptada por esta Intervención. Que en consecuencia y atento el estado de las actuaciones corresponde adoptar una medida definitiva sobre el particular, se aprueba la siguiente Resolución:

1º) Declara inhabilitados para actuar como jugadores aficionados a las siguientes personas...

2º) Comuníquese a la FIBA por intermedio de la Comisión de Zona Sudamericana de la FIBA, a la Confederación Argentina de Deportes, al Comité Olímpico y Federaciones afiliadas.

3º) Vuelvan las actuaciones a comisión para proseguir la investigación”.

En su momento o después, no todos los jugadores sancionados tuvieron la misma actitud ante esa injusticia. El propio Furlong le pidió a la FIBA, antes de su ingreso al Salón de la Fama en 2007, que quitara de su biografía la mención sobre el incidente que puso fin a su carrera basquetbolística. Por el contrario, Ricardo González nunca calló su bronca y denunció tiempo después en www.efdeportes.com que “cuando fuimos a declarar nos preguntaron boludeces. ¿Porqué desfilamos con corbata negra en los Juegos Olímpico de 1952? Eso se lo tenían que preguntar al jefe de la delegación. Además, había muerto la esposa del presidente, era algo lógico. Fue toda una movida política para destruir todo lo que venía de parte de Perón. A Barros Hurtado lo había puesto los militares y cuando le dijeron que había que borrar lo bueno del peronismo, hizo todo para quedar bien con el poder de turno. Todos los dirigentes que nos suspendieron habían estado con nosotros en los torneos anteriores. Nadie nos salió a defender. Luis Martín, que iba de gira con nosotros, ahora se la daba de vencedor. Discutí mucho con él y me di cuenta que lo único que quería era quedar bien él. Trataban de cubrirse ellos para seguir estando, no les importaba nada lo que pasara con nosotros. Me parece que antes de ir a declarar ya esta-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

ba todo cocinado”.

A mitad de siglo pasado el “marronismo” (pagarle a los deportista sin contrato mediante) era una costumbre habitual en Europa y en parte de Sudamérica. La FIBA lo admitía mirando para otro lado, mientras no hubiera confirmaciones de “profesionalismo”, ya que eso apuntaba contra sus propios estatutos, que mantenían a raya la posibilidad de que Estados Unidos interviniera con equipos más poderosos, desequilibrando totalmente cualquiera de sus competencias. Siempre se dijo que en la FIBA “*se reían*” de la sanción a los basquetbolistas argentinos. Sin embargo, a la entidad mundial ese castigo le fue funcional a su interés por mostrar una acción de combate contra el deporte rentado. Al menos, eso se desprende del libro de actas de la CABB, en cuya reunión del 28 de noviembre de 1957, el secretario Luis Salluzzi, a su regreso del Mundial Femenino de Río de Janeiro, informó que “*debió aclarar al señor secretario de la Federación Internacional, Williams Jones, que la Argentina no había hecho gestión alguna para levantar las penas impuestas a los jugadores por actividades al margen del Código del Aficionado*”.

Tal vez eso también explique que en 2009 la FIBA haya ingresado con honores a su Salón de la Fama al dirigente Luis Martín, para muchos el principal ideólogo de la sanción a los 35 jugadores, junto a una gloria como Ricardo González.

En la película *Tiempo Muerto*, que muestra parte de esta injusticia, el Gran Capitán señaló, con sencillez pero con notable profundidad: “*No me pareció bien que la FIBA lo nominara a Martín. Iba a mencionarlo al agradecer mi nominación, pero Muratore* (desmintió que la CABB haya propuesto a Martín, aunque algunas notas muestran lo contrario) *me convenció de no hacerlo. Lo mismo que el discurso de Alberto García en esa ceremonia* (elogió la tarea de Martín), *me dio mucha bronca. Lo que hicieron con nosotros fue un genocidio deportivo y le provocaron un mal al básquet, porque todo*

ALEJANDRO PEREZ - GERMAN BEDER

debe tener un recambio natural y hubiera estado bien hacer que los pibes se formaran al lado de los mayores. Diez años después había un vacío total, porque se había perdido el estímulo. Con toda esa cuestión no ganó nadie. El único que perdió fue el básquet”.

1958 - 1965

El dolor de ya no ser

El deliberado faltazo a los Juegos Olímpicos de Melbourne 1956 y la postergación de un año del Sudamericano provocó una inactividad para el Seleccionado de casi dos años y medio. Recién en enero de 1958, con la disputa del torneo regional en Chile, se rearmó el equipo. Empezó allí una nueva etapa para el equipo nacional, sin los nombres que hasta poco antes le daban jerarquía y seguridad. Ahora se abría una etapa de incertidumbre en la que el básquetbol criollo iba a tener que demostrar cómo había asimilado las ausencias de sus figuras suspendidas y si los nuevos valores podían caminar sin su guía.

La dirigencia, más que ayudar a superar esta convulsionada nueva etapa, empeoraba el panorama con sus decisiones absurdas. Presa de un reglamentarismo incoherente, insistió con el sistema de proporciones, de acuerdo a las ubicaciones en el anterior Campeonato Argentino, para armar el Seleccionado Nacional. Esto significaba que los cuatro primeros equipos federativos aportaban un número fijo de jugadores. Además, los basquetbolistas que no disputaban el Argentino no podían integrar la Selección, mientras que el técnico del campeón

del torneo, se ganaba su lugar para entrenarla. Claro que la avaricia dirigencial tenía su razón de ser, ya que la federación campeona del Argentino asumía la organización del Seleccionado, lo que aseguraba poder y algún viaje gratis. Esto sucedía en medio de la puja histórica entre las federaciones del interior y las de Capital Federal, que a su vez estaban enfrentadas entre sí.

“El entrenador es el responsable máximo, tiene en sus manos todas las posibilidades y obligaciones. Es el hombre que debe armar, enseñar, animar, discernir posiciones, estilos, tácticas... todo. Pero en nuestro país el técnico no tiene voto para decidir la elección de un sólo jugador. ¿No es gracioso?”, escribió Carlos Fontanarrosa en El Gráfico.

En 1958 comenzó un período que sería una constante para el Seleccionado de básquetbol argentino por varios años: reglamento absurdo para elegir jugadores + renuncias y ausencias + mala preparación = malos resultados.

El genial y díscolo Ricardo Alix, para muchos el mejor jugador del momento, puso una condición para el ir Sudamericano: ¡que le consiguieran un empleo! *“Si voy a Chile, cuando vuelvo no tengo más trabajo. Voy si me prometen que me consiguen otro”*. Aunque se tratara de un hombre fundamental, ningún directivo quería hacer nada por lo que pudieran involucrarlo con un acto de profesionalismo encubierto, a partir de la lamentable historia reciente.

La indiferencia o la incapacidad de esos dirigentes llevaron a que se viajara a Chile con sólo 5 ó 6 prácticas encima. En el plantel se destacaban los pivotes Carlos Vasino y Enrique Borda y los aleros Edgard Parizzia, Bernardo Schime y Orlando Peralta. El entrenador Américo Pérez, reconoció el nivel del grupo, asumiendo que *“el equipo es una lotería. No hubo tiempo para llamar a los de afuera, armamos el plantel sobre la hora para cumplir. Vamos a Chile a hacer experiencia y armar una base que nos sirva para los Juegos de Roma*

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

1960”.

Más allá de las buenas intenciones del técnico, lo cierto fue que la actuación argentina resultó muy floja, con un cuarto puesto (marca de 4-3) sin méritos, ya que perdió ante Paraguay (67-53) y se cayó de manera aplastante frente a Uruguay (79-58) y ante Brasil, el campeón, por (84-67).

Sin siquiera poder erguirse, todavía tambaleante, la Selección debió enfrentar su siguiente compromiso en enero de 1959, aunque este fue de mayor exigencia. El Mundial de Chile significó poner cara a cara la actualidad del Seleccionado Argentino con su propia historia. Pero además Argentina se jugaba su clasificación para los terceros Juegos Panamericanos, de ese mismo año, y para la cita olímpica de 1960 en Roma.

Para la dirigencia nada de esto parecía ser trascendente, porque siguieron haciendo las cosas igual alrededor del Seleccionado. En realidad era equivocado llamar así al equipo que representaba al básquetbol argentino, porque en definitiva no era otra cosa que un combinado de algunas provincias.

Por ser campeón argentino con Capital Federal la dirección del equipo le correspondía a Abelardo Dasso, pero como no pudo asumir por problemas laborales, el cargo se lo ofrecieron al santafecino Justo Blanco, quien también lo rechazó. Así terminaron nominando a Pedro Pasquinelli, cuya especialidad era la preparación física. Como si no se tratara de un Mundial, el plantel, con la base de Capital Federal, concentró en Jáuregui, en el Gran Buenos Aires, y sus entrenamientos fueron en una cancha descubierta. *“Hubo varios días que no pudimos entrenar. Estábamos de vacaciones. Los dirigentes no aparecían nunca. Estábamos a la buena de Dios”*, contó Schime. Los mismos dirigentes, que se jactaban de aplicar el reglamento, llegado el momento mostraron la hilacha. El recordado Carlos Vasino lo con-

firmó: “*Yo estaba suspendido, pero como necesitaban un pivote me ofrecieron ir al Mundial. Cuando acepté, enseguida me levantaron la sanción*”. Del plantel, 5 jugadores eran empleados bancarios en entidades estatales, lo que les evitó problemas con sus salarios.

El único partido serio de preparación fue ante los norteamericanos del New York Nationals, pero la cosa terminó a trompadas y se suspendió cuando Argentina ganaba 30-22.

Ignorantes de estas cuestiones, en Chile le reservaban un lugar destacado a la Selección Argentina. Sin embargo, el debut ante Estados Unidos la bajó del pedestal, al perder claramente 87-73. Si bien derrotó a República Árabe Unida (65-52), la caída ante Formosa (China Nacionalista, hoy Taiwán) por 63-59, lo mandó a una rueda consuelo, en la que tampoco pudo con un Uruguay (51-48), que ya no era el de años atrás, para terminar en un pobre 10º puesto.

Ni bien terminó el torneo Edgard Parizzia, que había jugado con Furlong, González y Viau, tiró sin anestesia: “*Somos indignos de vestir la camiseta argentina*”. Años después recordó que “*todo era un desorden y nosotros jugamos mal. Rifamos el prestigio*”.

La pálida actuación argentina le trajo problemas hasta a la propia FIBA, que descontaba la clasificación a la ronda final de los campeones del 50. Esto motivó que la URSS y Bulgaria se negaran a enfrentar a los chinos de Formosa y les provocara el primer conflicto político-deportivo de su historia.

El periodismo, del que algunos sectores asumieron mansamente la decapitación de los mejores valores en 1957, ahora no se resignaba a aceptar que la época dorada era ya sólo un recuerdo y catalogó la actuación del Seleccionado como un rotundo fracaso, al punto de compararla con el fútbol, señalando que el básquetbol “*también tuvo su Suecia*”, con relación a la mala campaña en el Mundial de 1958. Al regreso de Chile algunos medios reclamaban la renuncia de los dirigentes, que se cambiara al entrenador, se convocara a otros juga-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

dores y una mejor preparación. En definitiva, pedían empezar todo de nuevo.

El enviado de la revista Mundo Deportivo, Floridante Bizarro, fue respetuosamente despiadado con el trabajo del entrenador argentino y letal con la conducción de la CABB: *“El equipo tuvo un lastre del que nunca se pudo recuperar, la conducción técnica. El puesto le quedaba grande al señor Pasquinelli, que es un caballero, pero con escasos conocimientos de básquetbol. Es ese otro éxito que les atribuyo a los dirigentes, que de una vez por todas deben desaparecer del mapa basquetbolístico nacional”*.

Al perder la clasificación para los Juegos Olímpicos de Roma 1960 no se terminaron los problemas para la Selección Argentina. En julio de 1959 el Comité Olímpico Argentino decidió, amparándose en la potestad que tenía, que el básquetbol no concurriera a los Juegos Panamericano de Chicago de ese año, aduciendo que a partir de la reglamentación de la CABB no se podía concurrir con el mejor equipo posible y eso impedía obtener buenos resultados. Otro cachetazo, esta vez interno, que le enrostraba al básquetbol su decadencia. Lejos de inmutarse, los directivos se mantuvieron firmes en respetar su reglamento, dándole la espalda a las evidencias ya que de aceptarlas, hubiesen asumido sus propios errores.

Tal vez por aquel reclamo de algunos para que se aceptara que *“el básquetbol no termina en la General Paz”*, fue que cuando Argentina se preparó para organizar por tercera vez el Campeonato Sudamericano, esta vez en la cancha de fútbol de Instituto de Córdoba, la Selección se conformó sólo con jugadores del interior. El entrenador fue el santafecino Raúl Calvo, una gloria que llegó a ser campeón sudamericano en 1942, y desde su posición de pivote creador de juego (Furlong reconoció que era su ídolo de joven) desparramó talento

y calidad en todas las canchas que pisó.

Al armar el plantel repitió apenas un jugador (Tozzi) del Mundial del año anterior y se apoyó en hombres de Santa Fe (6, entre ellos Ricardo Crespi y Rubén Mascetti) y Córdoba (sobresalía Marcelo Farías), más el santiagueño Gustavo Chazarreta. ¿Si lo que se fue a buscar a Chile fue experiencia, cuándo la iban a aplicar? Con el ridículo sistema de conformación del Seleccionado que utilizaba la CABB era imposible pensar en la continuidad de un grupo. Cada año cambiaba el técnico y con él el estilo de juego, la táctica y también se renovaban los jugadores, que son los ejecutores.

El conjunto entrenó en Córdoba 15 días antes del torneo y la juventud del plantel levantó expectativas. Sin embargo, de entrada el equipo evidenció limitaciones, sobre todo cuando fue derrotado por Paraguay 76-61. Ahí todo pintaba para fracaso rotundo, pero una inesperada victoria sobre Uruguay por 67-65 y la dramática caída sobre Brasil, último campeón mundial, por 58-57 en el final, hicieron cambiar el balance. Así, aunque el tercer puesto fue la peor actuación de Argentina como local en el Sudamericano, no hubo mayores críticas y muchos calificaron con benevolencia la actuación del equipo.

Para la dirigencia de la CABB esta vez no fue ilegal, ni investigaron, cuando el Ministerio de Hacienda de la Nación destinó fondos para que la Federación de Córdoba pudiera montar el torneo.

El básquetbol argentino siguió en 1961 aferrado a una reglamentación sin lógica para conformar su Seleccionado. Los Campeonatos Argentinos eran un terreno propenso para dirimir cuestiones ancestrales como la disputa entre unitarios y federales. En esos torneos, según las crónicas periodísticas, era frecuente que los directivos especularan con los primeros resultados y las tendencias de las jornadas iniciales, para reglamentar el armado de la próxima Selección y qué federación se hacía cargo de su preparación. Siempre con viajes

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

incluidos, por supuesto. Sin proponérselo, se estaba debilitando al Seleccionado y tirando abajo la imagen del básquetbol en general, que en esa época había caído en el descrédito.

Como Córdoba fue el ganador del Argentino, a su entrenador, Jorge Martínez, le tocó asumir la dirección del Seleccionado para el Sudamericano disputado en abril en Río de Janeiro. En el plantel, que mantuvo 6 jugadores del torneo anterior, aparecieron el pivote Guillermo Riofrío, un hombre con una técnica admirable y desequilibrante para su época, y el base Hugo Olariaga, los que junto a Crespi, Farías y Chazarreta formaron la base del equipo, que por segunda vez no contó con jugadores de equipos porteños. La preparación se realizó en la ciudad de Alta Gracia, duró un mes, lo que parecía un adelanto, y los amistosos fueron contra equipos locales en Córdoba y Mendoza.

Más allá de esto, la participación argentina pasó sin pena ni gloria, ya que no se vislumbró ningún avance. Sufrió una implacable derrota por 84-63 ante Brasil, que con los geniales Amaury y Wlamir ya se había hecho inalcanzable para los argentinos, mientras que también perdió por 66-65, frente a un renovado y novel Uruguay.

Al final del torneo Martínez valoró la victoria ante Paraguay (69-61), contra el que se había caído en las tres últimas ediciones, lo que graficaba la actualidad del básquetbol argentino. Además, resumió que *“por cómo estamos, todos aspiraban a repetir el tercer puesto del Sudamericano anterior. Lo logramos jugando de visitantes. Nos faltó fogueo internacional. Nuestros jugadores necesitan con urgencia acostumbrarse a jugar matches de gran responsabilidad. Me gustaría volver a enfrentar a Brasil, pero con un equipo argentino completo. La verdad podría ser otra”*. El técnico lamentaba las ausencias de Alix, Tozzi, Zoilo Domínguez, Mascetti, Peralta, Leónidas Chaer y Oscar Ibáñez, aunque aceptó no conocerlo a este personalmente.

Para cualquier técnico era imposible armar un Seleccionado a su

criterio, mientras fueran los dirigentes los que siguieran decidiendo, por reglas o gustos, cómo se conformaría el equipo.

Si en algo se destacó la delegación argentina fue en la cantidad de integrantes: a los 14 jugadores y las 5 personas entre cuerpo técnico y médico, se sumaron 6 dirigentes, José Montórfano (presidente de la delegación), Adolfo Bertoa (delegado), Alfredo Carballo y Saúl Ramírez Mandredi (delegados adjuntos ¿?), José Godoy (administrador) y el infaltable Luis Martín, como editor de leyes de la FIBA.

Con estos pálidos antecedentes Argentina afrontó un 1963 cargado de compromisos de alto nivel. En febrero debía participar del Sudamericano de Lima, Perú, a fines de abril de los Juegos Panamericanos en San Pablo, Brasil, y el Mundial, también en San Pablo, a partir de mitad de mayo.

El título conseguido por Santiago del Estero en el Campeonato Argentino del año anterior puso a la Selección, esta vez, en manos de Francisco Barrientos para el Sudamericano. La estructura, sin embargo, siguió siendo la misma, dominada por el armado del equipo a reglamento, la ausencia de tiempo de preparación (se hicieron sólo 3 entrenamientos previos) y la falta de dedicación y compromiso de los jugadores. Es que la amplia mayoría era amateur, aunque unos pocos ya recibían algún viático en sus clubes, y compartían el deporte con empleos o estudios, provocando, ante cada torneo una catarata de ausencias y renunciadas. Esa vez los lamentos fueron por no poder contar con Riofrío, Chazarreta, Arce, Farías, Olariaga y Samuel Oliva.

Sin embargo, se conformó un equipo interesante, con muy buena altura. Así, en la Selección aparecía, por primera vez, un jugador de más de dos metros, como Zoilo Domínguez (2,04), que junto a Alberto De Simone (1,99) y Miguel Ballícora (1,98) le daban una presencia al juego interior como nunca antes. Además, el equipo apostó a la reconocida calidad de jugadores como el santafecino Crespi y

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

el chaqueño Lutringer, para guiar la juventud de un hombre que sería leyenda del básquetbol criollo, como Atilio Fruet, y de Norberto Battilana, para muchos uno de los mejores tiradores de la historia de nuestro básquetbol.

La búsqueda del Seleccionado por recuperar su antigua imagen ganadora no dio los resultados esperados en Lima, donde el cuarto puesto dejó el sabor de un nuevo fracaso y una realidad que era preocupante. Las amplias derrotas ante Uruguay (79-65), Perú (77-65) y Brasil (88-53) dejan sin sentido cualquier análisis. Lo mismo que la decisión de que el equipo viajara sin médico, lo que fue una gran complicación cuando se presentaron, todos al mismo tiempo, los problemas físicos de De Simone, Tulli (ambos se perdieron partidos), Mariani, Lutringer y Fruet.

Otra demostración de que los buenos tiempos para el básquetbol argentino ya eran un recuerdo se vivió en marzo, tras la mala actuación en el Sudamericano de Lima. Esta vez fue la CABB la que decidió no participar de los Juegos Panamericanos de San Pablo de ese año. Oficialmente se argumentó que no se podía armar el equipo y que ante la probabilidad de hacer un flojo papel, lo mejor era no intervenir en el evento. Desde la Federación de Córdoba, responsable de la coordinación del Seleccionado, se dijo que era imposible armar un buen plantel por las supuestas renunciadas de De Simone y Mariani.

El periodista Piri García, en El Gráfico, hacía una evaluación sencilla y elemental: *“Desde tiempos inmemoriales nuestro básquetbol no hace un buen papel, pero a este paso dudamos que alguna vez estemos en condiciones de competir, si antes no intentamos salir a competir”*.

Después de cada torneo todos los protagonistas argumentaban que se necesitaba experiencia, pero después nada se hacía para darle al Seleccionado el roce internacional que se declamaba no tener. Al fi-

nal, eran sólo palabras para justificar malas actuaciones, pero sobre todo incapacidad dirigencial para ejecutar un plan de desarrollo.

Al Mundial de 1963 en San Pablo no se llegó por méritos deportivos, sino por invitación. La importancia del torneo animaba a pensar en una preparación responsable. Sin embargo, como era habitual, eso no sucedió. La lista de complicaciones merece repasarse. Por su título con Córdoba en el Campeonato Argentino, el técnico fue Alberto Andrizzi, quien dispuso de sólo 10 días de entrenamientos previos, concentrados en Villa Allende, de los cuales en los cinco primeros contó apenas con 7 jugadores. Además, la preparación se hizo en una cancha descubierta, por lo que dos días de prácticas se perdieron... por la lluvia. ¿Partidos amistosos? Se jugaron seis, contra equipos locales de Córdoba y Santa Fe, y ninguno internacional. Otra particularidad era que no se llevaba asistente técnico. A Andrizzi lo preocupaba algo obvio: *“Cuando estemos en el Mundial, ¿si yo tengo una práctica, quién va a ver jugar a nuestro próximo rival?”*.

Al armar el plantel sobraron ausencias: Battilana, Crespi, Mariani, Díaz, Alix, Ballícora, a los que se sumaron Riofrío, Farías y Olariaga, por un enfrentamiento entre su club, General Paz Jrs. de Córdoba, y la CABB. Al menos se pudo recuperar a Chazarreta y sumar al correntino Samuel Oliva.

Por aquel entonces empezó a tomar preponderancia un tema que sería central durante varios años: el amateurismo marrón, situación en la que los deportistas recibían algún pago por su tarea.

El Gráfico se apiadaba del Seleccionado, reflexionando que *“¿Se podía hacer algo con esta improvisada docena de buenas voluntades? ¿Estaban dadas las condiciones mínimas para que se saliera del país a competir con un margen de honorabilidad? La sola mención de ‘ir a competir’ no puede ser rótulo de valijas de doce heroicos jugadores, que incluso pierden dinero de sus bolsillos en esta*

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

clase de torneo. Los rivales de Argentina son todos profesionales en potencia dentro de un mundo amateur; donde los dirigentes no es que hayan cerrado los ojos, sino que viven la realidad. La realidad de 1963. La única para frecuentar el ambiente del basquetbol internacional. Nosotros vivimos al revés. Tenemos un ojo abierto mirando al ya proclamado ‘amateurismo marrón’ y el otro cerrado, negando la realidad’.

A Argentina le tocó una zona muy complicada con Italia (91-73), Estados Unidos (81-51) y México (84-82). Había que ganarle a dos, se perdió ante los tres. Después se adjudicó la rueda consuelo, aunque los propios jugadores aceptaron que no fue gran mérito por el nivel de los rivales.

A la vuelta de Brasil, Andrizzi señaló que *“con un equipo bien preparado, con tiempo, contando con las figuras de primera línea que hay en el país, con las prerrogativas que tienen los jugadores de otros países y con un cuerpo técnico de 2 ó 3 técnicos, estamos por arriba de Francia e Italia y parejos con los europeos del este y con Brasil”*. Claro, con esas condiciones no se hubiese tratado de una Selección Argentina de esa época...

Si la dirigencia fallaba y si los jugadores no asumían la máxima responsabilidad, tampoco lo hacían mejor los entrenadores. La falta de conocimientos completaba un cóctel imposible de resolver. Chazarrreta profundizó esta idea: *“El jugador argentino siempre tuvo buena técnica, pero para el alto nivel no teníamos conocimientos tácticos de equipo, apenas teníamos unos movimientos elementales. En esa época todavía los técnicos argentinos no manejaban la estrategia como ahora, que hay jugadas para todas las situaciones. Además, en un Mundial se juega otro básquetbol, más intenso. Jugadores como Samuel (Oliva) o yo acá podíamos jugar hasta debajo del cesto, pero en un Mundial debíamos jugar de aleros. Estábamos acostumbrados a los torneos locales, donde estábamos en buenos equipos y la ope-*

sición era débil. Se sintió la falta de una competencia interna fuerte, porque el Campeonato Argentino era aislado e insuficiente”.

Samuel Oliva planteó de manera clara que “alrededor del equipo siempre se decía que íbamos a aprender. Pero después cada uno se iba a su casa, a su trabajo, a su club, volvía a su torneo local, en el que la exigencia era mucho menor, y todo se olvidaba. Nos conformábamos con lo que hacíamos en nuestro torneo. Entonces cuando había otra competencia internacional, nos juntábamos unos días antes, nos preparábamos como podíamos y otra vez íbamos a aprender. La organización del Seleccionado era rudimentaria, no había un proyecto de parte de la Confederación. Se iba a los torneos a cumplir, no a competir”.

Desde afuera a la Argentina se le criticaba que no funcionaba como conjunto, pero se destacaba que tenía buenas individualidades. Tal vez por eso, los dos pivotes, De Simone (16,6 puntos de promedio) y Domínguez (7,4 puntos), recibieron ofertas del extranjero. De Simone, primer argentino en jugar profesionalmente en el exterior, se fue en 1964 al Cantú de Italia, hasta que recién en 1975 pegó la vuelta. Domínguez se decidió por irse al St. Joseph College, luego llamada Universidad de Albuquerque, de la División II de la NCAA, donde se recibió de profesor de educación física y se afincó definitivamente. Lo lamentable fue que ninguno de los dos retornó jamás a jugar para la Selección.

Esta fue una etapa dura, repleta de desilusiones, en la que el Seleccionado caminó a la deriva, sin ideas claras. Los números muestran que durante 6 torneos a lo largo de 6 años, se logró un récord de 25 triunfos y 18 derrotas, en los que se quemaron 6 entrenadores y se malgastaron 50 jugadores, para no obtener ninguna actuación destacada.

Años 60's

Reglamentos y amateurismo

La triste realidad del básquetbol argentino pareció tocar su punto más bajo a mitad de los 60. La pobre actuación en el Mundial de 1963 y una forzada inactividad del Seleccionado durante más de dos años, generaron un notorio decaimiento de la actividad y del interés que despertaba.

En abril de 1966 Argentina participó del Mundial Extra de Chile, una competencia que tuvo un altísimo nivel, a partir de la presencia de Estados Unidos, Unión Soviética, Yugoslavia, España, Brasil, Puerto Rico y Bulgaria, entre otros, en el que Argentina terminó último entre 13 equipos.

De allí volvieron todos alarmados. Estábamos cada vez más lejos del máximo nivel. Tres cosas sorprendieron a los argentinos, que terminaron de armar su plantel sobre el comienzo mismo del torneo: la intensidad defensiva con la que jugaban sus rivales, algo que se hacía casi insostenible para los nuestros; el estado físico, que les impedía sobrellevar un ritmo vertiginoso en todo un juego, y la altura que empezaba a imponerse, a partir de la presencia de dos hombres altos, formando lo que se llamaba “doble llave”.

Más allá de otra pálida actuación del Seleccionado, esa experiencia tuvo el valor de provocar los debuts de Ernesto Gehrman y Alberto Cabrera, dos figuras que marcarían durante varios años este deporte en nuestro país.

El misionero Finito Gehrman, con sus 2,11 de altura, fue un envío divino para el básquetbol argentino, porque a partir de sus centímetros y su calidad, se mostró otra imagen y se pudo competir. Su presencia se hizo insustituible y todo lo que le faltó de exuberancia física, le sobró en capacidad anotadora, personalidad y hombría de bien, provocando durante la siguiente década que el Seleccionado tuviera que conformarse a su alrededor y que por esa época fuera el personaje identificador del básquetbol criollo.

Al verlo al Beto Cabrera, genuino producto bahiense, nadie podía adelantar que ese hombre morrudo, regordete, sin cintura y con piernas anchas, tuviera semejante talento e inteligencia para jugar y hacer jugar a los demás. Dueño de un sutil pero consistente poderío anotador, jamás le sacó el cuerpo a la defensa, tarea en la que también se destacó, completando el perfil de una figura legendaria, que alcanzó verdadera estatura internacional.

Cuesta aceptar que ni siquiera un traspié más, este casi humillante con el último puesto, revirtiera el rumbo del básquetbol argentino. O al menos, si lo que se quería era cambiar, estaba claro que no sería por el camino elegido.

En una Asamblea de la CABB, del 30 de julio de 1966, se resolvió insólitamente que *“el Seleccionado Nacional de Argentina estará solo destinado a cumplir los siguientes compromisos: Campeonatos Sudamericanos, Juegos Panamericanos, Juegos Olímpicos y Campeonatos Mundiales. Todos los demás compromisos de carácter internacional serán atendidos con la denominación de Representativo Argentino”*.

Esto significó que, en un momento en el que el básquetbol argenti-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

no y su Selección necesitaban competir para saber cuál era su nivel e intentar mejorar, se planteara una diferencia innecesaria, que lo único que consiguió fue que a los torneos no oficiales se los afrontara con menor responsabilidad, de la ya escasa que se les otorgaba a los oficiales.

Pero los dislates dirigenciales no terminaron ahí. En esa misma reunión se acordó una rebuscada forma de elección del entrenador de la Selección.

Según el artículo 1º, *La dirección técnica para la formación de la Selección nacional estará integrada por tres directores técnicos como sigue:*

- 1) *El director técnico del campeón del Campeonato Argentino.*
- 2) *El director técnico que elijan, por simple mayoría, los directores técnicos que concurren al Campeonato Argentino y que haya participado del torneo.*
- 3) *El director técnico que elija la CABB.*

Artículo 2º, *Estos tres directores técnicos decidirán entre ellos quién será el titular, quedando los dos restantes como ayudantes. Para la designación del director técnico titular deberán tener en cuenta, además de su capacidad técnica, las posibilidades de cumplir los compromisos de la Selección Nacional.*

Pero para completar un cuadro verdaderamente disparatado, al mismo tiempo se elucubró un sistema casi ajedrecístico para la elección de los convocados a cualquier preselección nacional.

El armado de la preselección, previo a un torneo incluía a:

- 1) *Los 12 jugadores del torneo anterior.*
- 2) *5 jugadores del último ganador del Campeonato Argentino.*
- 3) *10 jugadores que hayan participado del Campeonato Argentino.*
- 4) *5 jugadores, participantes del Argentino o no, designados por la Federación campeona, asesorada por el entrenador del Seleccio-*

nado.

5) 2 jugadores propuestos por la CABB, que no hayan participado del Argentino.

Este reglamento hubiese sido la envidia del inolvidable Narciso Ibáñez Menta para el guión de alguna de sus emblemáticas películas de terror del cine nacional. Como si no fuera irrisorio que otros entrenadores le designaran jugadores al técnico del Seleccionado, se sumaba que los directivos le proponían integrantes de la preselección.

Bajo estas reglas autoimpuestas por los propios dirigentes del básquetbol argentino era imposible que el Seleccionado obtuviera buenos resultados. Es más, durante todo ese período obtuvo los resultados que se mereció.

Pero en esta comedia tragicómica que era la Selección Argentina de básquetbol en la década de 1960, hubo responsabilidades de varios estamentos. La CABB hizo casi todo mal, los jugadores no se tomaron las cosas con la responsabilidad suficiente y los entrenadores tampoco aportaron ideas que ayudaran a facilitar las cosas. Todo lo contrario.

En la llamada primera Convención Nacional de Directores Técnicos de Básquetbol, realizada en abril de 1968, y de la que participaron, entre otros entrenadores con paso por la Selección como Jorge Canavesi, Jorge Martínez, Raúl Calvo y Alberto Andrizzi, se aconsejó:

“Que el entrenador de la Selección Nacional, constituido en comisión juntamente con los técnicos de las federaciones que en el Campeonato Argentino anterior hubieran resultado clasificados en los 8 primeros puestos, elegirán durante el desarrollo del siguiente torneo, el plantel de jugadores preseleccionados”.

Los propios técnicos proponen un sistema engorroso, en el que le dan poder de decisión a muchos colegas (o a ellos mismos), que era

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

más lo que complicaba, que lo que ayudaba.

“A todos los jugadores que integren las delegaciones concurrentes al Campeonato Argentino se les recabará una declaración escrita sobre su compromiso o no de integrar la preselección nacional, ajustándose a las disposiciones especiales fijadas al efecto”.

Se pretendía que los jugadores firmaran de antemano un compromiso, sin saber cuáles eran esas disposiciones, ni quiénes serían los ejecutores.

“El plantel básico de la Selección, compuesto por 18 jugadores, será elegido por una comisión y por el entrenador elegido por los otros entrenadores participantes del Campeonato Argentino”. Al técnico del equipo sí se le otorgaba el derecho de elegir los 12 jugadores finales.

“El entrenador del Seleccionado deberá comprometerse a desarrollar su labor en concordancia con los directores técnicos de las federaciones que posean jugadores en la Selección Nacional”.

Con estas propuestas los entrenadores, sobre todo el grupo destacado, se guardaban para sí la posibilidad de seguir teniendo ingerencia en las decisiones, aunque luego no asumieran la responsabilidad de salir al campo con el Seleccionado.

Los jugadores tampoco ayudaban demasiado. Ante las sistemáticas renuncias a integrar la Selección, no siempre con argumentos valederos, en octubre de 1968 la CABB puso un funcionamiento una reglamentación que estipulaba:

1) Dentro de un plazo determinado el jugador preseleccionado deberá dar respuesta afirmativa o negativa por medio de un formulario especial. En caso de que sea negativa, debe hacer una carta explicativa, refrendada por la Asociación a la que pertenece. En caso de no contestar será automáticamente suspendido para toda actividad nacional e internacional y su Federación deberá hacer cumplir la pena. La Federación que no cumpla también será castigada.

2) *Si un jugador adujera problemas de salud no podrá actuar en ninguna competencia hasta que lo autorice el cuerpo médico de la CABB.*

3) *Si un jugador adujera otra razón podrá participar en cualquier torneo recién después de transcurridos 90 días de finalizada la competencia para la que fue preseleccionado.*

La sinrazón se había apoderado de todos. No había en esa etapa demasiadas mentes con claridad para aportar buenas ideas, ni liderazgos para guiar a las mayorías hacia un objetivo común, ambicioso y positivo.

Por ahí, entre medio del desconcierto aparecía Oscar Furlong, que dejaba de lado su tono medido para plantear que, *“nos faltan muchas cosas, buenos dirigentes, capacitación y preparación del material humano, que por suerte existe. Pero hay que saber explotarlo. Hay que abolir la absurda reglamentación actual para armar el Seleccionado y designar al entrenador. Inculcar la conciencia de los que mandan, que hay que tirar el egoísmo y los intereses personales”*.

Al mismo tiempo, a mitad de la década de 1960, otra coyuntura se adueñaba de la actividad basquetbolística en Argentina. El primer éxodo de jugadores, inesperado, le agregaba un condimento especial. A las partidas de Domínguez y De Simone, se le sumaron las de Carlos Ferello, Carlos D’Aquila, Guillermo Riofrío y Dante Masolini a Italia, mientras se barajaba una chance de Tomás Sandor para ir a Estados Unidos. Cuando Fruet se bajó del Mundial Extra de Chile por motivos laborales, el tema del “marronismo” o de pagarles a los jugadores, se reavivó. La CABB no tuvo mejor idea que pedirle informes sobre la situación de los jugadores argentinos a la Federación Italiana, queriendo confirmar si eran o no profesionales, para así ponerles freno a sus posibles retornos a los torneos locales.

“El problema de las ocupaciones de los jugadores es un capítulo

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

aparte. Se sabe que todos trabajan y que agotan sus licencias. Aquí hay una magnífica oportunidad de llegar hasta las instituciones privadas solicitándoles los hombres necesarios para un torneo internacional. Hasta allí debe llegar la gestión de un dirigente, interesando a un empleador en una patriada en la que todos intervienen”, se escribió en El Gráfico.

El periodista José Antonio López editorializó mucho sobre el pago de sueldos en el básquetbol argentino en la revista especializada Rebote. Si bien siempre dejó entrever su simpatía por el amateurismo, al mismo tiempo señalaba una realidad que le explotaba en la cara ante cada uno de los torneos internacionales que cubría. El advertía que el deporte caminaba sin demoras a convertirse en una actividad rentada. *“Para algunos marronismo es una mala palabra. En básquetbol mencionarla es casi pecar. Un grupo de dirigentes destinaron sus mejores esfuerzos a perseguirlo, a destruir o entorpecer a quienes pudieran practicarlo. Nosotros no denigramos a quienes lo usan, pues lo consideramos un mal necesario, que rige en nuestro medio desde comienzos de la década del 40 y en todas partes del mundo donde el deporte tiene difusión intensa. Esta es una etapa decisiva de transición. El mundo es realista y seguirá dándole jerarquía al básquetbol, con el respaldo lógico del dinero de recaudaciones generadas por un público atraído por el espectáculo de este deporte”,* escribió en mayo de 1966.

Al opinar sobre la actualidad del básquetbol argentino el periodista Piri García aseguraba que *“no hay dinero en el básquetbol. Pero tampoco nadie que salga a buscarlo. En 1950 era fácil hacerlo porque había plata, situación que ponía una cortina de humo a la escasez de ideas de los dirigentes de aquella época, alguno de los cuales todavía está en el candelero”,* apuntándoles a Martín, al misionero Rueda y al formoseño Ramírez Manfredi, que seguían aferrados a sus cargos.

Cuando en el Mundial de Uruguay de 1967, los jugadores Sandor y Barreneche tuvieron que viajar de urgencia a Buenos Aires para cumplir con compromisos laborales y luego regresar a Montevideo para reincorporarse a la Selección, el director editorial de la misma revista, Carlos Fontanarrosa, señaló que ese hecho *“quiere decir que en nuestro país no existe una verdadera conciencia deportiva. Si el hecho de representar a nuestro país en una competencia mundial no sirve para desvincularse de toda preocupación que no sea ese mismo campeonato, es que internamente se le da escasa importancia a esa representación y que el ámbito nacional no se enorgullece de sus deportistas. La obligación de dar licencias nace de ese clima y no de una imposición legal. En un pueblo deportivo un deportista es casi un embajador y en este caso los estamos tratando como roba-horas de sus obligaciones”*.

Para peor, desde junio de 1959 el presidente de la CABB era José Montórfano, confeso y enérgico opositor al pago a los basquetbolistas. El propio Samuel Oliva contó que *“para poder jugar en la Selección tenías que conseguir el permiso en el trabajo y era con descuento en el sueldo por los días faltados. Muchas veces te ibas sin saber si cuando volvías te mantenían el puesto. Algunas veces yo dejé a mi señora reemplazándome en el trabajo. A lo máximo que podías aspirar era que la Confederación te pagara los días que te descontaban, pero no siempre lo conseguías. Entonces el equipo no se armaba con los mejores jugadores, si no con los que podían ir”*.

1966

Planificación, trabajo y título

No por convicción, si no por el espanto que le produjeron tantos malos resultados seguidos, la CABB decidió cambiar algunos de sus métodos para afrontar en diciembre de 1966 un nuevo Campeonato Sudamericano, que esa vez se realizó en la Argentina. Con la sede asignada a Mendoza con bastante anticipación, la CABB propuso en marzo a Alberto López, campeón mundial en 1950 y con buenas actuaciones en River y la selección de Capital Federal, como integrante de la terna de entrenadores. Los otros dos, el cordobés Jorge Martínez y el platense Miguel Ripullone, eligieron en mayo a López como técnico jefe, pasando ellos a ser sus asistentes.

La primera innovación fue que la Federación de Provincia de Buenos Aires, responsable de la Selección por ser campeón del torneo Argentino, le pasó la organización del equipo a la CABB. La otra fue que se consiguió a la empresa Gillette como patrocinante de este proyecto, lo que dio sustento económico para organizar concentraciones y pagarles viáticos para cubrir la ausencia de sus trabajos a los jugadores.

Si bien se siguió el reglamento de selección y se convocaron 30 ju-

gadores (todos del interior) de los que participaron del Campeonato Argentinos, finalmente el técnico eligió a sólo 3 de ellos, ya que varios de los nombres más importantes (Riofrío, Cabrera, Fruet, Farías, Chazarreta, Ferello, Battilana y Olariaga) cubrieron los cupos de renunciaciones habituales por motivos de trabajo, estudio o personales.

Ante esto, López convocó a otros 18 jugadores, entre los que hubo 16 de Capital Federal, que no había participado del Argentino, y de ahí sumó los 9 que completaron el plantel para el Sudamericano. En definitiva el técnico no respetó la reglamentación y convocó a los mejores, según su gusto y necesidad, que es como se debe formar una selección.

Las novedades eran la primera aparición en un torneo oficial del talentoso y rebelde Ricardo Alix (28 años), al que desde hacía una década muchos señalaban como el mejor jugador argentino, pero al que su carácter complicado nunca había dejado llegar a la Selección. También debutada el santiagueño Benjamín Arce, nombre mitológico de los Campeonatos Argentinos. Otro detalle positivo fue la incorporación de Dante Masolini, quien venía de una temporada en el Pesaro de Italia. El dato era importante, porque la CABB, en su caza de brujas contra el profesionalismo, impedía que los jugadores que volvían del exterior actuaran en el medio local hasta no aclarar su situación.

El siguiente aspecto diferente y superador de este proceso fue que se empezó a entrenar con mucha anticipación. El 21 de septiembre, más de dos meses antes y aunque no en forma continua, comenzaron las prácticas. Como casi nunca antes tampoco, el equipo contó con un cuerpo técnico y médico amplio, que permitió ajustar todos los detalles.

Era tal el enfrentamiento que existía en ese momento entre el básquetbol de Capital Federal y el interior, donde a su vez había diferencias regionales, que las autoridades de la CABB temían que la fuerte

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

presencia de jugadores porteños generara problemas en el ambiente y le quitara apoyo del público.

En diciembre de 1966 el torneo se lanzó en Mendoza en un escenario poco habitual, el Anfiteatro Frank Romero Day, al aire libre y al costado del Cerro de la Gloria, que permitía que además de las 22.000 ubicaciones, la gente pudiera seguir cada jornada desde las laderas de la montaña, dándole un marco imponente al torneo.

El equipo argentino afrontó el torneo con confianza, ya que contaba con un plantel de jerarquía, sostenido por una preparación acorde al compromiso. Así, nadie se sorprendió que arrasara en el comienzo de Ecuador (65-31), Chile (88-54) y Colombia (77-48) por 32 puntos de diferencia promedio. El golpe inesperado llegó en la cuarta jornada al perder contra Perú por un agónico 59-57. El grupo demostró poder de recuperación al ganarle con comodidad a Paraguay (86-57) y a Uruguay (72-50), para llegar a la última fecha, cuando lo esperaba un Brasil sin sus mejores figuras, ya que estas se preparaban para el Mundial del año siguiente. En la definición hubo 18 mil personas que alentaron incansablemente al equipo argentino, al que la victoria le daba la clasificación al Mundial y una derrota lo dejaba afuera. Después de un primer tiempo parejo, en el comienzo del complemento Argentina se escapó por 9 puntos y pareció que liquidaba el juego. Sin embargo, Brasil reaccionó y se llegó a un final apretado, dramático, que definió con un libre de Arce a 3 segundos de la chicharra de cierre, para poner el 54-52 definitivo, que le devolvió el título sudamericano luego de 23 años.

Con el tiempo, ese equipo quedó en la historia como “Los Cóndores”. Algunos quisieron restarle méritos al triunfo argentino, argumentando que los brasileños eran un equipo B. ¿Pero era el de los argentinos, con las ausencias mencionadas, el mejor plantel que podía presentar?

Argentina mostró, eso sí, que había conformado una estructura de

ALEJANDRO PEREZ - GERMAN BEDER

equipo con proyección, a partir de la jerarquía internacional mostrada por el pivote Tomás Sandor (2,03 y 24 años), máximo anotador y rebotero argentino, el crecimiento sostenido de Gehrmann (21 años, y 2,11) y la presencia siempre cautivante de Alix, receptor de la mayoría de los elogios como la figura destacada por su juego repleto de fantasías, pero fantasías efectivas, de las que hacen ganar.

Aunque lo más importante que dejó ese Sudamericano fue la demostración de que cuando se puso en práctica un proyecto, cuando hubo trabajo planificado, cuando se dejaron de lado las ventajas sectoriales o personales, los resultados fueron favorables. Era el primer paso a nivel regional, pero lo suficientemente firme como para pensar en extenderlo en el Mundial de Uruguay y los Juegos Panamericanos de Winnipeg del año siguiente.

1967 - 1975

El sueño de un futuro mejor

Entre el festejo de Mendoza y Mundial de Uruguay, en mayo de 1967, hubo menos de 6 meses. Con un sentido común que no habían empleado antes los dirigentes decidieran continuar con Alberto López como técnico de la Selección, pero este pateó el tablero al renunciar por motivos laborales. Ahí decidieron darle la conducción a Miguel Ripullone, quien había dirigido al equipo en el Mundial Extra el año anterior. Las convocatorias se hicieron 50 días antes del torneo, pero recién dos semanas antes del Mundial se pudo definir el plantel. Como de costumbre hubo muchas ausencias. De Simone y Ferello en Italia, mientras Farías, Chazarreta, Alix, Arce y Chaer renunciaron por diferentes causas. Riofrío, tras su paso por Italia, estaba enfrentado con la CABB y cuando se pusieron de acuerdo, se lesionó. Esto, más la imposibilidad de contar con Mazzini, dejaba a la Argentina con poca altura. Cuando Tomás Sandor dijo que no jugaría, por que había recibido una beca para ir a Estados Unidos, a Ripullone se le vino la noche. Al final, Sandor integró el plantel, aunque en principio accedió a jugar sólo la etapa clasificatoria...

Piri García, en El Gráfico opinó que *“no es la mejor Selección*

Argentina que pueda formarse en este momento, pero dentro de las disponibilidades que se tienen, es un buen equipo. Capaz de agrandarse en terreno propio y capaz de entrar en carrera si le toca ir a Montevideo". El periodista escribía así, porque se pensaba que Bahía Blanca sería sede del grupo de Argentina, algo que finalmente no ocurrió. El equipo, ante una prueba del máximo nivel, no hizo amistosos. *"Al no jugar amistosos de preparación y no tener información previa, a los rivales los conocíamos en la cancha"*, rememoró Carlos Mariani.

Las dos victorias iniciales, una agónica ante Japón (69-63) y otra valiosa ante Perú (73-65), clasificaron a los argentinos para la ronda final, entre los 7 mejores. La paliza recibida ante la URSS (105-66) en el último juego fue un aviso de lo que vendría. En la ronda final apenas pudieron ganarle a Uruguay (79-75), conquista para no despreciar, y terminaron en un sexto puesto que mostró cierto avance, aunque se seguía muy lejos de las potencias. Igual, pasaron cosas insólitas, como que, al no tener médico, a Sandor, quien sufrió un esguince de tobillo, debió atenderlo el médico soviético. También que Sandor y Barreneche tuvieron que regresar a Buenos Aires por compromisos de trabajo en medio del Mundial, para volver, apretados por el tiempo, a Montevideo.

Para Gehrmann, como el mismo reconoció fue su *"consagración internacional, porque terminé como cuarto mejor anotador y me ofrecieron ir a la Universidad de Denver. Con Sandor formamos una buena dupla, éramos altos y nos complementábamos bien. Lástima que en la Selección no había continuidad y se cambiaba todo para cada torneo"*.

Apuntado por muchas críticas sobre su manejo del equipo y ante las versiones de peleas en el plantel, Ripullone aceptó errores tácticos, pero disparó: *"Me quedo mil veces con lo que dicen los periodistas del interior del país, cuando expresan que los jugadores de Capital*

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

Federal no ponen la garra necesaria en los partidos, aduciendo que son muy fundamentados y que por eso no pueden alternar con los de las provincias. No hago una cuestión de General Paz para dentro o para fuera, sería tonto de mi parte. Pero me quedo con la fibra de los provincianos y no con la exquisitez de los de la Capital. De algunos, no todos. Delguy, Casarín y Masolini me alentaron en mi tarea, pero Mariani y Battilana, sólo quisieron su triunfo. Yo quisiera cinco Litos Fruet, con todas las limitaciones técnicas que tiene...". Si la intención del técnico era no profundizar el enfrentamiento entre porteños y provincianos, hizo todo lo contrario.

Con ese modo tan peculiar y desopilante con que la CABB tomaba sus decisiones, en la misma cena de homenaje de despedida que el club GEBA le hizo a Casimiro González Trilla, el interventor de la Confederación, Ingeniero Miguel Mansilla, anunció su nombramiento como técnico de la Selección para los Juegos Panamericanos de Winnipeg en agosto de 1967, cortando un proceso alentador iniciado por Ripullone en el Mundial. Con la excusa de la intervención, Mansilla no respetó el reglamento de designación del técnico, ni este el de la preselección, ya que inmediatamente nombró los 12 jugadores que irían. Claro que antes hubo renunciadas y ausencias, como las del trío Fruet-Cabrera-De Lizaso por causas de trabajo y las de los jugadores de General Paz Junior (Riofrío, que acusó una de sus habituales lesiones, Chazarreta y Farías), provocando otro conflicto con la CABB.

González Trilla sorprendió con la formación del plantel de mayor promedio de altura hasta el momento (1,94 metros), compuesto por 5 perimetrales y 7 pivotes. *“Un equipo no debe formarse por tal o cual jugador. Debe componerse de funciones y hay que elegir jugadores para varias funciones. El hombre alto es útil, aunque no sea hábil. Sólo le pido a los altos que me brinden movilidad”*, explicó el

técnico, que puso de frente a hombres con hábitos de internos como Masolini y el santiagueño Villalba.

Los Panamericanos daban dos plazas para los Juegos Olímpicos de México' 1968 y se las disputaba Argentina, Canadá, Perú y Panamá. El objetivo parecía sencillo. Se comenzó a entrenar un mes antes, pero de inicio hubo problemas. *“Ese equipo era un quilombo. No funcionó nunca. Se discutía y peleaba mucho”*, recordó Masolini. Arrancó perdiendo con Brasil (70-62) y México (71-64), pero las valiosas victorias ante Canadá (71-69) y Panamá (65-64) abrieron esperanzas. Al final cerró el torneo con récord de 3-6, que decretó fracaso y marcó un retroceso. A Alix se le recriminaba que les gritaba a sus compañeros y que eso generaba peleas. *“Yo quiero ganar, pero termina el partido y me olvido de todo”*, se defendió. *“Adentro de la cancha se insultan todos”*, contó espantado Gehrman.

Argentina quiso innovar con un estilo distinto y se transformó en un equipo lento, pesado y sin sorpresa, en un momento en que Estados Unidos puso de moda la zona a presión. Tiempo después, Alix contaba que *“nos peleábamos para ver quién sacaba de abajo del cesto. Nadie quería recibirla adentro, porque la presión de los norteamericanos era insoportable y la perdías seguro. No podíamos pasar la mitad de cancha”*. Fue derrota 106-55... El sexto puesto final dejó a los argentinos otra vez afuera de los Juegos Olímpicos.

Como siempre, las individualidades lograron destacarse. El pivote Tomás Sandor, el goleador argentino, recibió una oferta de Washington Bullets, con los que estuvo entrenando 40 días, antes de decidirse por aceptar un trabajo como ingeniero electrónico en San Francisco. Nunca más volvió a la Selección.

Nada de lo bueno, poco o mucho, que se hizo antes fue aprovechado cuando llegó el turno del nuevo Sudamericano de Paraguay, en abril de 1968. Como técnico la CABB designó a Abelardo Dasso,

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

pero por temas laborales no aceptó. Así, se eligió al cordobés Jorge Martínez, ya que con él se aseguraba la presencia del pivote Riofrío, quien a pesar de todas las citaciones, sólo había jugado en 1961, con Martínez en el banco. Riofrío y Gehrman conformaban una dupla excelente cerca de los tableros, pero... Siempre había algún pero. Esta vez las renunciadas vinieron por Cabrera y Fruet, más la lesión de Masolini. Se hicieron entrenamientos en distintas ciudades y el plantel se definió apenas 4 días antes del comienzo del torneo, marcando el debut de los aleros José De Lizaso y Alfredo Monachesi y la convocatorias de Crespi y Carlos Pellandini para tomar la base.

En la segunda jornada Argentina perdió inesperadamente frente a Perú (62-57), aunque luego, con un juego de mucho control, le hizo fuerza a Brasil, perdiendo 45-40. Las ilusiones se desmoronaron cuando cayó con el limitado Paraguay (53-52). Aunque cerró con victoria ante Uruguay (66-57), el cuarto puesto (récord de 4-3) hizo que la frustración fuera otra vez el resultado final. La desorganización, las limitaciones físicas y la falta de hábitos para un nivel exigente, ratificaron porque se estaba cada vez más lejos de los mejores.

La dirigencia del básquetbol argentino tenía los valores tan alterados que antes del Sudamericano de Uruguay, en marzo de 1969, que repartía 2 plazas (sin contar a Brasil, ya clasificado) para el Mundial de Yugoslavia del año siguiente, estuvo a punto de renunciar a participar del torneo regional, porque coincidía con la disputa del Campeonato Argentino en San Luis, cuyos organizadores se negaban a cambiar la fecha. Si bien en noviembre de 1968 se convocaron 28 jugadores y se hicieron prácticas en Santiago del Estero, Bahía Blanca, Santa Fe, Córdoba, Paraná y Capital, 15 días antes del Sudamericano no se había definido el plantel. Esto hizo que el entrenador González Trilla, quien había ganado el Argentino con Santiago del Estero,

señalara: *“Por desgracia nuestro basquet no evolucionó como sí lo hicieron otros países. No tenemos concepto de organización, ni medios para trabajar adecuadamente. Los torneos están superpuestos y hay que hacer todo en los últimos 15 días. Argentina quedó rezagada y su nivel es bajo. Tenemos sólo 5 jugadores importantes, el resto está en un grupo a considerar”*. Esta vez regresaron los bahienses Cabrera y Fruet, que junto a Gehrman, Oliva, Monachesi y Arce conformaron la base del plantel, al que le faltaron Riofrío (una renuncia más), Delguy y Masolini. El periodista José López denunció en la revista Rebote que *“la CABB tiene la retrógrada idea de hacer prevalecer el torneo local sobre el internacional. Hay jugadores que renuncian a la Selección y después aparecen jugando el Argentino sin problemas. En los últimos dos años, para 6 torneos, se utilizaron 40 jugadores. No muchos países pueden superar ese lamentable record”*.

El tercer puesto final permitió cumplir el objetivo de la clasificación mundialista, gracias a las victorias ante los rivales inferiores y aún cayendo con Brasil por 74-60, y Uruguay, el campeón, por apenas 57-53. Pero el equipo no dejó una gran imagen, ni tampoco sus individualidades. Es que esos buenos jugadores locales, bajaban su nivel cuando participaban en torneos internacionales. Pero más baja era la calidad de la dirigencia de la CABB, que contra la necesidad reconocida de tener roce internacional, decidió no participar del Mundial de 1970 en Yugoslavia argumentando problemas económicos...

A mitad de 1970 la CABB designó a Jorge Canavesi como nuevo entrenador del Seleccionado, en un año sin actividad oficial, al no participar del Mundial. Al poco tiempo nominó 65 jugadores en una preselección para el Sudamericano de marzo de 1971 en Uruguay. Tras unas primeras prácticas el grupo se redujo a 48 jugadores y a más de dos meses pasó a 18 nombres. Como la alegría no siempre

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

es completa, esa vez estuvo Riofrío, pero faltó Gehrman, acusando problemas de trabajo y estudio que disgustaron a la CABB, mientras que Fruet anunció su retiro de la Selección. El torneo marcó el debut de Carlos González (24 años, 1,92), quien conformaría una sólida media cancha con Cabrera, y los jóvenes Fernando Prato (20 años y 1,98) y Jorge Becerra (20 años y 2,00), para darle variantes al juego interior. En Montevideo se le ganó con facilidad al duro Perú (76-69) y se cayó ajustado ante Uruguay (66-62) y Brasil (75-74), lo que hizo que el lugar más bajo del podio se viera con ojos benévolo. *“En 1969 salimos en el mismo lugar con un equipo experimentado. Ahora tenemos más juventud, por lo que debemos estar conformes”*, opinó Cabrera, que comenzó en un nivel sensacional y se fue cayendo con el torneo, como todo el equipo.

El periodista Osvaldo Ricardo Orcasitas (O.R.O.) analizó en El Gráfico que *“aún con los tropiezos comunes del deporte amateur y los problemas de organización, Argentina mostró una base joven a la que debe dársele continuidad en los Juegos Panamericanos. Lo de Montevideo no fue fracaso, pero lo de Cali, si no mejoramos, puede ser desilusión”*.

Y fue desilusión. En la preparación para los Panamericanos de agosto de 1971 se lograron tres victorias trascendentes, dos ante Yugoslavia, flamante campeón mundial, y otra ante Brasil, que generaron demasiadas expectativas.

Al plantel se sumó otro joven que marcaría una época, el pivote Adolfo Perazzo (20 años y 2,00), y regresó Pellandini, aunque ahora se añoraba a Riofrío, Monachesi y Mazzini. *“Nuestro problema es que nunca estamos completos y no se puede jugar internacionalmente dando ventajas. Tenemos valores para ser los mejores de Sudamérica, pero no siempre están en la Selección”*, fue el diagnóstico sencillo y certero de Carlos González.

ALEJANDRO PEREZ - GERMAN BEDER

Su compañero, Jorge Becerra, agregó que *“esta vez pudimos jugar internacionalmente, que es la única forma de saber dónde estamos y de aprender. Yo en Argentina juego debajo del cesto, pero en la Selección tengo que moverme más lejos, por el tamaño de mis rivales”*.

Si bien Argentina ganó invicto su grupo, con un buen triunfo ante Canadá 81-75, nunca jugó bien y en la segunda ronda se desdibujó y terminó 5° entre 13 equipos. Alrededor del equipo se enturbiaba el ambiente con el supuesto enfrentamiento entre los jugadores de Capital y los de Bahía Blanca y los malos resultados lo hicieron explotar. *“Fue un fracaso lógico. Para formar un equipo hace falta trabajo para adaptarse y no lo tuvimos. El equipo no se integró nunca. Se buscó la solución individual y eso nos llevó a la debacle. Muchos jugadores rindieron menos que en Argentina. Algunos fueron egoístas y otros se deprimieron. El equipo entró con miedo a jugar con Chile. Pensé que Brusa ayudaría con los jugadores de Bahía y lo único que hizo fue desintegrar al grupo”*, reconoció Canavesi, tirando leña al fuego. Por su parte, Cabrera, uno de los apuntados, se defendió diciendo que *“la actuación fue buena, porque más no se podía conseguir. No jugué de manera individual, no es mi estilo. A Argentina le falta mucho. Si no se mantiene una Selección y se compite regularmente, con preparación adecuada, nunca vamos a mejorar”*.

Aunque no funcionara como equipo de Argentina siempre sobresalían sus individualidades. Al finalizar el torneo Finito Gehrman acordó incorporarse al Palmeiras de Brasil, donde cumplió gran parte de su brillante carrera.

1973 comenzó con una experiencia de alto nivel para la Selección Argentina, con la participación, en mayo, en el Festival Mundial de Básquetbol en Lima, Perú, donde participaron las principales poten-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

cias mundiales como la URSS, campeón olímpico en 1972, Yugoslavia, Estados Unidos y Cuba, bronce en Munich. Argentina concurreció con un plantel muy joven, donde predominaron los pibes que el año anterior habían logrado el Sudamericano Juvenil, liderados por Eduardo Cadillac y Carlos Raffaelli. Si bien el balance fue de 4 derrotas y 2 triunfos, el roce internacional que les dio a los jugadores resultó más que positivo. Claro que, como siempre, hubo un costado negativo: el entrenador Canavesi se enfrentó con los dirigentes por la desorganización, lo que puso fin a su flamante ciclo. La CABB aprovechó el nuevo título en el Argentino de Provincia de Buenos Aires para darle la conducción a Miguel Ripullone en el Sudamericano de julio en Bogotá, Colombia. Luego de unos meses de inactividad, de apuro para variar, se citó a una preselección, en medio de un conflicto sobre la sede de las prácticas, entre Capital Fedral y Bahía Blanca. En el primer entrenamiento en el Club Teléfonos de Vicente López, un domingo, el estadio estaba cerrado... Cuando lograron abrirlo, no había pelotas... Los bahienses acusaron problemas laborales y no aparecieron. Se presentaron únicamente 8 jugadores y Ripullone amenazó con renunciar.

A 15 días del torneo el plantel se puso en marcha, con Cabrera asegurado y con el aporte externo de Gehrmann y González, que vinieron desde el Palmeiras de Brasil. Hubo 8 jugadores que seguían de los Panamericanos y pareció que el conflicto entre porteños y bahienses se había superado. Si hasta Cabrera declaró que *“me gusta que en este equipo todos nos olvidamos de nuestro club, no hay figuras y le ponemos el hombro al equipo”*.

En Bogotá los argentinos arrasaron con Uruguay (80-56), y aún con cierta irregularidad, vencieron a todos los otros rivales, para caer luego ante el favorito, Brasil, por 81-74, asegurándose así el segundo puesto y la clasificación para el Mundial de Puerto Rico del año siguiente, lo que dejó a todos conformes.

Para el Mundial de Puerto Rico, en julio de 1974, la CABB se decidió por Miguel Ripullone como técnico, amparada en los varios títulos seguidos en el Argentino que había logrado con Provincia de Buenos Aires. El entrenador tuvo audacia y mezcló a veteranos confiables (Cabrera, Gehrman, González y Monachesi) y a jóvenes con virtudes (Perazzo, Becerra y Guitart), con los juveniles campeones sudamericanos en 1972 y 1973 (Cadillac, Raffaelli, Martín, Aguirre y Pagella). También se animó a desafectar a dos habituales como De Lizaso (indisciplina) y Prato (rendimiento) y lamentó la falta de Pellandini, lesionado. Además, no tuvo éxito en convencer a De Simone (34 años y una década en Italia), quien renunció. Por primera vez en la historia se realizó una gira por Europa para alcanzar ritmo internacional. Se disputaron 20 partidos, con sólo 6 victorias, que mostraron lo que le faltaba al equipo.

En el grupo clasificatorio del Mundial el partido clave era ante España (los otros rivales fueron República Centroafricana y Estados Unidos) y a pesar de hacer una buena tarea, se perdió 96-89. En la ronda consuelo el equipo se diluyó física y anímicamente y terminó en un pálido 11º puesto. La evaluación de Cabrera en El Gráfico fue que *“no tenemos roce internacional y en un Mundial se siente. En Argentina con entrenar dos veces por semana alcanza, pero acá es insuficiente. La competencia nuestra no tiene nivel, necesitamos 8 meses de un torneo serio. En un Mundial sentimos el esfuerzo físico. La ubicación es lógica, porque nos falta mucho”*. Gehrman, otra vez cuarto goleador del Mundial con 23,4 puntos de promedio, remarcó que *“en los primeros tiempos hacíamos excelentes partidos, pero nos caíamos en la segunda mitad, porque no estábamos acostumbrados a una exigencia tan grande”*.

Aunque en los varios compromisos amistosos que tuvo la Selec-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

ción a mitad de 1975 el entrenador fue Raúl García, para los Juegos Panamericanos que se disputarían en octubre la CABB designó como técnico a Abelardo Dasso, quien había logrado dos años antes el Sudamericano Juvenil en Bahía Blanca. El objetivo era quedarse con la única plaza en disputa para los Juegos Olímpicos de Montreal 1976. La primera dificultad que afrontó Dasso para armar el equipo fue el alejamiento definitivo de la Selección de Cabrera. En la preselección de 19 jugadores, 3 estaban en Brasil (Gehrmann, González, quien no pudo jugar, y Aguirre), mientras que a pesar de convocarlo, no pudo contar con el pivote Juan De la Cruz (2,03 metros), quien por esos días viajó a incorporarse al Barcelona de España, donde se nacionalizó y forjó una brillante carrera que incluyó una medalla de plata en los Juegos Olímpicos de 1984. Aún con estas dificultades, el Seleccionado comenzaba a consolidar una estructura conformada por Raffaelli, Cadillac, Perazzo, Martín, Prato, Aguirre, el insustituible Gehrmann y Pellandini, que iba tomando rodaje internacional. La preparación del equipo fue mala, con poco tiempo, muy desorganizada y hasta sin cancha para entrenar. Al menos jugaron 4 amistosos de jerarquía, en Puerto Rico y en Venezuela.

El técnico encaró el torneo con tres grandes dudas y las explicó: *“Nos falta altura, sobre todo en los aleros, tenemos poca actitud defensiva y lentitud en el traslado y la ejecución”*. Y profundizó, con palos para la prensa, explicando que *“el jugador argentino no es proclive al sacrificio de marcar. Todos tenemos que hacer el esfuerzo para modificar eso, incluso los periodistas, que sólo destacan a los jugadores que hacen puntos”*.

La campaña fue mala, con tres triunfos, uno valioso ante Canadá por 81-80, y 6 derrotas, una humillante contra Bahamas (92-83), pero el equipo ofrecía potencial a futuro y eso generaba no renunciar al sueño de un futuro mejor.

1976

Tres hombres altos

En esas rotaciones de técnicos incesantes al frente del Seleccionado, cuando se llegó al Sudamericano de 1976, le tocó el turno a Raúl García, responsable de Lanús, que había logrado el título con Capital Federal en el Argentino del año anterior. Pero esta vez se apeló a una dupla técnica, la que conformó con Heriberto Schonwies, quien estaba al frente de Obras Sanitarias, equipo que reunía a varios de los mejores jugadores del país, y que había sido asistente del Seleccionado en varios torneos internacionales

Los últimos campeonatos habían dejado la confirmación de que cada vez se estaba más lejos de los mejores en el plano internacional y eso impulsó a los técnicos a un cambio trascendental, ya que Argentina había demostrado, entre otras cosas, que no podía emparejar en centímetros a sus rivales.

Los argentinos, desde siempre y seguramente por sus propias carencias, defendieron el juego de los petisos. Desde la década del 30 se intentó menospreciar el estilo con preeminencia de los hombres altos, apuntándolo como aburrido y poco vistoso. Como si el objetivo del básquetbol no estuviera a 3,05 metros del suelo... Pero

además, esto significaba no distinguir una realidad inocultable, que era que el básquetbol mundial buscaba la mayor altura posible en todos los puestos.

Antes del torneo Schonwies declaró descarnadamente *que “si un equipo no tiene altura, hoy no se puede hablar de una competencia internacional. Es que a la larga, los más altos te ganan. Es un cambio necesario, impostergable, si queremos ser alguien. Poner tres altos en cancha es un trabajo que requiere tiempo y dedicación. Es una nueva idea para nosotros, el problema es que en Argentina estamos siempre empezando procesos pero nunca los terminamos”*.

Desde esta época puede decirse que se terminaron las renunciadas masivas de jugadores y que la Selección pasó a formarse casi siempre con los mejores, al menos para el gusto del técnico de turno. Para ir a Medellín los entrenadores conformaron un plantel con apenas cinco jugadores externos y siete pivotes, apuntándole a la idea de jugar con tres hombres altos en cancha. Así se pasó a tener la Selección con el promedio de altura más elevado hasta ese momento, con 1,96 metros, con 5 jugadores que superaban los 200 centímetros. El plantel se conformó con Gehrmann como habitual referente, con Pellandini ahora como conductor en lugar del retirado Cabrera, con los pivotes Perazzo y Prato ya consolidados, y la confirmación de los jóvenes Raffaelli, Cadillac, Martín y Aguirre como hombres de Selección.

Este último aseguró que *“para ganarle a Brasil teníamos que emparejar su altura. Jugar con tres altos fue una necesidad. Tanto Prato como Martín jugaban como hoy sería un alero, más alejados del aro, mientras Gehrmann, Perazzo y yo éramos más internos. Con tres grandes era más fácil ganar rebotes de ataque. Nos pudimos acostumbrar, aunque en esa época los grandes no teníamos tanta movilidad”*.

El equipo comenzó a entrenar con sólo 20 días de anticipación al

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

torneo (se hizo doble turno, algo no muy frecuente), que se disputó en Medellín, Colombia, buscando incorporar el estilo de sobrecarga del juego en la zona cercana a los canastos.

En el Sudamericano Argentina aplastó a todos sus rivales, incluido Uruguay, al que venció 80-62. En la final, el sistema de los tres grandes funcionó a la perfección. Tras un comienzo parejo, los argentinos revirtieron una desventaja de 7 puntos y ganaron la primera mitad 35-33, para después sacar una diferencia de 12 puntos, que fue bien administrada en el cierre para neutralizar la recuperación brasileña y sellar el triunfo con un apretado 82-80. Si bien el tiro externo de Raffaelli (tal vez el más perfecto técnicamente de la historia nacional) aportó 19 puntos, el tridente Gehrmann (25 puntos y 8 rebotes), Martín (15 puntos y 12 rebotes) y Perazzo (10 puntos y 13 rebotes) fue determinante para asegurarle, invicto, un nuevo título regional. Finito Gehrmann contó que *“los tres que jugábamos más tiempo, Perazzo, Martín y yo, teníamos mucho gol y al contar con esa ayuda, a mi se me hacía más fácil moverme cerca del cesto”*.

Raffaelli explicó que *“la ofensiva era como una trenza entre los tres grandes que se cortinaban y cortaban hacia el canasto, entonces se disimulaba mucho la falta de un alero natural. Con Gehrmann jugábamos más estacionado, pero siempre cortando y cargando con tres al rebote. Esto me permitió a mí empezar a jugar como escolta, ya que era alto y muy fuerte para la posición”*.

Aquel Sudamericano confirmó que ese grupo de jugadores tenía una calidad como para sobresalir. Sólo había que rodearla de un trabajo organizado.

1977 - 1979

Seguir creciendo

Ni luego de una conquista la dirigencia argentina lograba enderezar sus decisiones detrás de un proyecto. Tras el título sudamericano de 1976 la dupla técnica Schonwies-García tuvo un enfrentamiento con las autoridades con que la dictadura militar había intervenido la CABB, al mando del coronel José Nuñez. El asunto se solucionó a un mes del Sudamericano de 1977, que se realizaría en Valdivia, Chile, en febrero, con un detalle nada despreciable: por primera vez en 25 años se iba a repetir el entrenador de la Selección. Una buena actuación permitiría pelear por una de las dos plazas para el Mundial de Filipinas. Pero allí surgió otro grave inconveniente, que fue el éxodo de jugadores a Italia, como Raffaelli, Perazzo, Prato y Monachesi. A los pivotes se intentó cubrirlos con Becerra, pero este renunció por temas personales. Así, sólo se dispuso sumar al tirador, porque según advirtió Schonwies *“sin Perazzo y Prato tendremos menos presencia en los tableros, pero el imprescindible es Raffaelli. Nadie como él en nuestro medio anota desde cualquier posición y en el uno contra uno es incomparable”*. Al que se repatrió fue al pivote Aguirre desde Brasil, si bien hacía un año y medio que no jugaba por

problemas de reglamento.

Argentina se presentó con 11 jugadores, esperando la llegada de Raffaelli, la que nunca se produjo. Su equipo (Alco Bologna) no lo autorizó a viajar, a pesar de la intervención de la FIBA, que por influencia de Miguel Mancini, de llegada directa al secretario general, Boris Stankovic, lo inhabilitó. Esto le provocó un gran problema al santafecino porque no pudo jugar con la Selección y tampoco con el club italiano la final de la Copa Korac ante la Jugoplastica de Split, que se quedó con el título. *“Es el día de hoy que cada vez que voy a Bolonia, algún hincha me lo recuerda con lujos de detalles. Es que nunca pudieron ganar un título europeo y esa vez estuvimos muy cerca”*, cuenta resignado Raffaelli.

En el Sudamericano los resultados acompañaron hasta el partido con Uruguay, donde las pocas reservas físicas llevaron a una categórica derrota por 95-81. Al crucial choque con Brasil, que tenía un verdadero equipazo, los argentinos llegaron debilitados, con Cadiillac desgarrado (jugó igual) y Guitart fracturado. Argentina hizo un planteo inteligente y cayó por un digno 71-60, que dejó la frustración de no poder estar en el Mundial siguiente y la eterna duda de qué hubiese pasado con el plantel completo y una buena preparación.

Aquel 1977 se cerró con la Copa Intercontinental, con partidos en Europa y las revanchas en Argentina, que dejaron la alegría válida de vencer en Buenos Aires a una Yugoslavia B. En 1978, el equipo nacional, ahora dirigido sólo por Schonwies y con la mitad del plantel de Obras Sanitarias, apenas tuvo participación en la Copa Colón, como local, con algunos triunfos destacables ante rivales americanos.

Una dura sanción disciplinaria al técnico por agresión a un árbitro en el torneo de Capital Federal, obligó a la CABB a recurrir otra vez

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

a Ripullone, quien afrontó el Sudamericano de Bahía Blanca, en abril de 1979. El entrenador volvió a tomar decisiones fuertes: convenció a Cabrera para que reviera su retiro de la Selección y regresara ante su gente, convocó a Carlos González, luego de cuatro años, y pero sobre todo excluyó a Gehrmann, tras 11 años en la Selección y 82 partidos jugados. *“Creo que llegó el momento de buscarle un reemplazante a Gehrmann, luego de su gran carrera. Es una buena oportunidad para que un joven como Luis González asuma esa responsabilidad”*, explicó el técnico. Era cierto, el nuevo pivote, de 20 años y 2,10, era la esperanza del básquetbol argentino, aunque reemplazar a un grande como Gehrmann no fuera sencillo. Otro joven que debutó en ese torneo fue Carlos Romano (22 años y 1,94), aunque el que empezaba a sonar fuerte era Miguel Cortijo, quien según reconoció Cadillac, con gran honestidad, *“fue el mejor base de la preparación, pero no quedó en el equipo por su juventud”*.

Ese Sudamericano, donde las diferencias entre fuertes y débiles comenzaron a acentuarse, fue un paseo para Argentina hasta la final, que fue transmitida por TV abierta en Buenos Aires. Allí un Brasil repleto de figuras lo exigió al máximo, pero la jerarquía de Raffaelli, Martín y Perazzo, más la sabia conducción de Cabrera, sostenida por un público multitudinario, alcanzaron para obtener el triunfo por 90-85 y un nuevo título regional. Así Cabrera cerró su ciclo en la Selección con un festejo y 51 partidos disputados.

En ese 1979 se había salvado un conflicto, cuando la CABB anunció que no participaría de la Copa Intercontinental, por motivos económicos. La amenaza de desafiliación de la FIBA motivó una inusual salida de emergencia: Ferro, campeón de Capital Federal y haciéndose cargo de los gastos, representó a la Argentina por Francia, Checoslovaquia, la Unión Soviética e Israel.

Con la base del campeón sudamericano, más el debut de Cortijo

ALEJANDRO PEREZ - GERMAN BEDER

(20 años y 1,88), Argentina encaró en julio de 1979 los Juegos Panamericanos de Puerto Rico. El técnico Ripullone, que siguió en el cargo, asumió que la meta era pasar a la ronda final, lo que se consiguió con victorias ante Canadá (82-81), Dominicana (111-89) y México (96-95). En el grupo de los mejores, se perdió ante EE.UU (con Kevin McHale, Isiah Thomas y Ralph Sampson) por 99-73 y con Brasil, increíblemente tras ganar por 22 puntos, por 106-101. Esto derrumbó al equipo, que mostró una desventaja física llamativa, para terminar en un desabrido sexto puesto.

Sin embargo, la amargura de los Panamericanos se redimiría con las revanchas de la Copa Intercontinental en Buenos Aires, ahora ya sí con el verdadero Seleccionado Argentino conformado. Es que logró tres grandes victorias (Francia, Checoslovaquia e Israel), pero en el último partido se obtuvo un triunfo histórico por 88-87 ante la URSS, con un doble de Pagella a segundos del final. Esa alegría sería el presagio de algo todavía mejor.

1980

Alegría histórica, frustración olímpica

El básquetbol argentino había salido de su encierro y se empezaba a abrir a nuevas experiencias, como la implementada en 1978, que permitió en los principales torneos del país, la inclusión de refuerzos extranjeros. En un comienzo esto se desnaturalizó y en el campeonato porteño hubo equipos que llegaron a alinear cuatro importados y un sólo nacional. A pesar de esos excesos, y sin que fuera el ideal, porque los mejores jugadores seguían desperdigados en distintas competencias y el Campeonato Argentino continuaba resultando insuficiente, se evidenció claramente un lógico crecimiento en el nivel de juego.

Con ese panorama la Selección Argentina encaró la primera disputa del Preolímpico, en Puerto Rico, durante abril de 1980. La conducción era natural que se la confiaran a Ripullone, por el título sudamericano del año anterior.

El plantel fue casi el mismo que el de Bahía Blanca, apenas con el regreso del veterano Carlos González, hombre de confianza del técnico, y el debut de los jóvenes surgidos del equipo medalla de bronce en el Mundial Juvenil del año anterior, el pivote Gabriel Mi-

lovich (19 años y 2,01) y el base Mauricio Musso (20 años), llevado ante la duda que generaba Cadillac, con una lesión de rodilla. Pero el mayor refuerzo llegó desde el cuerpo técnico, cuando a pedido de Miguel Mancini, presidente de Obras Sanitarias y hombre fuerte del básquetbol argentino en la sombra, el yugoslavo Ranko Zeravica (un técnico venerado en toda Europa) asesoró al Seleccionado. El entrenador había llevado a su Selección al título mundial en 1970 y conocía el básquetbol argentino por haber colaborado con Obras en 1979.

Raffaelli reconoció el valor de Zeravica, que poco después conquistó el oro olímpico con Yugoslavia en Moscú, contando que *“nuestra generación venía jugando desde hacia seis años junta, ya sea en la Selección o en Obras y con la llegada de Ranko se sintió muy fuerte mental y técnicamente. El nos convenció de que podíamos ganarles a Brasil, Cuba, Puerto Rico o Canadá, y no lo hizo con palabras, si no con sistemas tácticos. Nunca vi la necesidad de escuchar tanto a un entrenador. Aprendíamos en cada momento, porque lo que pregona era cosas fáciles de entender y hacer, sólo que exigía el máximo esfuerzo, seriedad y profesionalismo”*.

El periodista Osvaldo Ricardo Orcasitas (O.R.O.) contó que *“Zeravica cumplió perfectamente el papel de asesor, siendo ubicado y respetuoso con el técnico. Los jugadores iban hasta la platea donde él se sentaba, al costado de un cesto, a buscar indicaciones con desesperación. Los jugadores le creían ciegamente y él provocó un cambio impresionante y decisivo en el equipo”*.

Argentina llegó en ritmo, por los nueve partidos de preparación disputados, todos en el país, frente a rivales directos como Puerto Rico, Cuba y Uruguay, y frente a China, que realizó una gira por el interior. Si bien antes del torneo se produjo una crisis por los premios económicos a recibir por el plantel, se encaró el torneo con gran optimismo.

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

A pesar de todo, el comienzo no fue bueno, ya que se perdió ante los puertorriqueños por 99-93. Tras la cómoda victoria contra México 104-79 vino otra ajustada derrota ante Canadá por 89-86, pero se recuperó con Uruguay por 97-86. Después llegaría lo mejor, porque ante Brasil se jugó un partido casi ideal, provocándole una paliza histórica por 118-98. La actuación argentina rozó la perfección, con un Raffaelli demoledor (36 puntos), con Pagella (23 puntos) como obrero de lujo y Cadillac (14 puntos y 7 asistencias) regando la cancha con velocidad y talento. Con el triunfo final ante Cuba por 86-75 se consiguió la soñada clasificación olímpica.

Cadillac, mejor pasador del torneo, explicó que ese equipo *“jugaba bien, con un básquetbol de calidad como exigía el nivel internacional. Había una mezcla de técnica y fuerza física muy buena. Los menos dotados técnicamente, como Pagella, tenían una inteligencia notable. Crecimos con el torneo y el triunfo con Brasil nos demostró nuestro poderío. La clasificación a los Juegos fue un justo premio para una camada que le dio muchos años y esfuerzo a la Selección”*.

A su vez, Raffaelli resumió la tarea como *“el máximo rendimiento de esa generación, aunque pensábamos que seguiríamos creciendo, ya que todos éramos jugadores con experiencia, pero con menos de 25 años de promedio. Estábamos en plenitud física y ahí explotamos”*.

No obstante, esa inmensa alegría fue efímera para el básquetbol argentino, ya que a mitad de mayo de 1980, por recomendación de la dictadura militar que gobernaba al país, el Comité Olímpico Argentino decidió adherirse al boicot a los Juegos Olímpicos de Moscú.

La imposibilidad de volver a estar con los mejores del mundo le hizo confesar a Aguirre que *“ese torneo terminó siendo la mayor alegría y la mayor decepción de mi carrera. Estábamos maduros y en el mejor momento. Contra Cuba hice mi mejor partido, con 16 puntos*

ALEJANDRO PEREZ - GERMAN BEDER

y ocho rebotes en 20 minutos. Zeravica me dijo ‘no vayas abajo, tirales de la línea de libres’ y funcionó. No podía creer cuando los militares decidieron boicotear los Juegos. Los que quedaron atrás nuestro fueron a la más grande competencia para un deportista y nosotros, que teníamos ganado un lugar, nos quedamos afuera”.

Para ese grupo aquella fue “una desazón que quedó como una espina en nuestras vidas deportivas. Aunque todos tenemos el orgullo de saber que clasificamos para ser atletas olímpicos, nos duele no haber podido medirnos y saber hasta dónde podíamos llegar como equipo, porque estábamos en un momento brillante”, se lamentó Cadillac.

1981 - 1984

Otra vez a la deriva

No siempre las malas decisiones dirigenciales, los desaciertos técnicos o la poca predisposición de los jugadores conspiraron contra los buenos resultados de la Selección Argentina de básquetbol. A veces, la desgracia o la mala suerte jugaron en contra. A la frustración de no poder concurrir a los Juegos de Moscú 1980 se sumó la tragedia de la muerte del técnico Ripullone, mientras presenciaba el Campeonato Argentino de Neuquén en mayo de 1981. Ante esto, la CABB designó a Raúl García para afrontar el Sudamericano en julio de ese año en Montevideo. Argentina debía defender el título regional, pero sobre todo, pelear por la única plaza disponible para el Mundial de Colombia 1982. La disputa era mano a mano con Uruguay, porque Brasil ya estaba clasificado.

El equipo fue casi el mismo del Preolímpico, aunque sin Cadillac, quien se recuperaba de una rotura de tendón de Aquiles. Ante esto, García convocó a Pellandini y otros experimentados como Prato y Fernández. *“Me decidí por gente con oficio, que no se dejará llevar por delante. Acá no se puede experimentar. Hay que clasificar al Mundial y no puedo probar a los pibes”*, se justificó el entrenador,

que dispuso de dos semanas de prácticas.

Cortijo, Raffaelli, Martín, Perazzo y Luis González formaron el quinteto base, que dominó a Brasil en el primer tiempo, pero que terminó cediendo por un apretado 72-70. Como Uruguay venció a Brasil, en la última jornada los argentinos necesitaban ganar por 4 para ser campeones. Pero a los 4 minutos de juego, con Argentina ganando 12-10, fue expulsado Raffaelli por un choque con Fefo Ruíz. Allí se derrumbaron los argentinos, que perdieron ante Uruguay por 89-84, y las esperanzas de volver a un Mundial.

Raffaelli reconoció que *“al no ir a Moscú, por falta de competencia a buen nivel, lesiones, la ida de Zeravica, y por que otras selecciones crecieron más, ya no logramos el nivel del Preolímpico. De haber ido a los Juegos, hubiésemos tenido una excelente actuación y hubiera sido un premio inmenso para esa generación. Cuando pasaron los años, todo el grupo se dio cuenta del mal que nos hicieron con el boicot a los Juegos. Pensábamos que tendríamos revancha, pero la vida después te pone rápidamente en tu lugar y te das cuenta que las cosas que no aprovechaste en su momento, no se recuperan más”*.

Después de ese Sudamericano que no deparó alegrías, la Selección completó el calendario de 1981 con su participación en dos torneos amistosos, la Copa Latina en Panamá y la Copa Colón en México, con saldo de 6 triunfos y 4 derrotas, pero con la particularidad de que el plantel lo conformaron varios jóvenes del grupo que había logrado un histórico tercer puesto en el Mundial Juvenil de 1979: Daniel Aréjula, Javier Maretto (las lesiones lo frenaron en su mejor momento), Jorge Faggiano, más la nueva promesa entre los pivotes, Diego Maggi, de 17 años y 2,04.

El Seleccionado sintió en carne propia los perjuicios de no haber entrado al Mundial, ya que 1982 pasó, increíblemente, sin actividad

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

oficial. La intervención de la CABB, ahora liderada por el coronel Héctor Campodónico, mostraba su incapacidad para generar un proyecto de desarrollo para el equipo nacional, aunque en el fondo era el reflejo de la falta de interés por la suerte de la actividad.

Esto provocó uno de los hechos más desgraciados en la historia del básquetbol argentino como fue que entre el último partido de aquella Copa Colón, con triunfo ante México, el 28 de agosto de 1981, hasta el primer amistoso de 1983, en Bahía Blanca frente a Uruguay, el 8 de mayo de 1983, pasaron 617 días sin que la Selección saliera a una cancha, desperdiciando un tiempo irremediable, que siguió dañando la imagen del equipo.

La vuelta a la competencia se produjo para el Sudamericano de San José dos Campos, Brasil, en mayo de 1983. El técnico designado fue el pampeano Alberto Finger, de buenas actuaciones en River Plate en Capital Federal, torneo que en esa época aglutinaba a la inmensa mayoría de los mejores jugadores del país. Finger, apuntando también a los Juegos Panamericanos de ese año y al Preolímpico de año siguiente, decidió un gradual recambio generacional, que incluyó del grupo de los juveniles del 79 a Esteban Camisassa, y a algunos otros juveniles que jugarían ese año el Mundial de España, como Héctor Campana, Sebastián Uranga y Héctor Haile, dejando al margen a algunos históricos como Martín, Pagella y Aguirre.

Finger asumió con poco más de un mes para entrenar, explicando que su idea era jugar *“con defensa agresiva, con movilidad para compensar la falta de altura, y moviendo la pelota durante 20 segundos para seleccionar buenos tiros”*, lo que pareció atinado.

Con el pivote Perazzo (máximo anotador y rebotero) como figura destacada y todos los jóvenes en aceptable rendimiento, Argentina debió esforzarse para vencer 84-67 a una Venezuela en crecimiento y luego derrotó con lo justo a Uruguay 84-83 a 2 segundos del cierre con un doble de Perazzo. En el final ante Brasil, aún cuando el mar-

cador fue 88-80, los argentinos nunca llegaron a inquietar a un rival muy superior, que se quedó con el título.

A pesar de que la CABB había vuelto a tener autoridades democráticas en julio, con Amadeo Cejas como presidente, para los Juegos Panamericanos de agosto de 1983, a realizarse en Caracas, Venezuela, se mantuvo en el cargo a Finguer y este conservó casi el mismo equipo, sosteniendo el recambio que había iniciado en el Sudamericano. Sólo hizo dos modificaciones: en lugar de los experimentados Raffaelli (rotura de tendón de Aquiles) y Prato, colocó a Marcelo Duffy y Gabriel Milovich. Desde ese momento se consolidó un perímetro que se mantendría por los siguientes 4 años, con Cortijo, Romano y Camisassa. En Caracas tuvo la alternativa de traer desde el banco a Aréjula, que con su velocidad y poder ofensivo se convirtió en el mejor anotador argentino en el torneo. Lo que no consiguió Finguer fue contar con un asistente técnico, ya en su lugar, dentro de las plazas otorgadas por el COA, la CABB prefirió que vayan dos dirigentes, Rubén Rábano, de Provincia de Buenos Aires, y Juan Quesada, de Mendoza.

En la preparación, Argentina jugó un interesante torneo en San Pablo, donde sacó buenas enseñanzas al enfrentar a potencias como Yugoslavia, Italia y Brasil. Sin embargo, en los Panamericanos las cosas funcionaron a medias, porque si bien se hizo una buena fase inicial, con plausibles triunfos ante Cuba (95-93) y Canadá (80-76), en la segunda fase apenas se festejó ante Puerto Rico (98-74), para terminar en el quinto puesto. En los dos últimos partidos el técnico separó del equipo a Cadillac por una discusión entre ambos.

Para la anécdota, quedó que el seleccionado de Estados Unidos, contra el que se perdió 88-68, incluía a unos universitarios llamados Michael Jordan, Chris Mullin, Sam Perkins, Mark Price, Michael Cage y Wayman Tisdale.

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

A la vuelta de los Panamericanos, Finguer hizo saber su molestia por la desorganización que había rodeado al equipo en la preparación y durante el torneo (no hubo cuerpo médico, el técnico tenía que llevar las pelotas en su auto para los entrenamientos) ante el periodismo. Esta actitud no le gustó a la dirigencia, que se amparó en que en esa época los acuerdos con los técnicos eran para cada torneo y decidió que para el próximo, el Preolímpico de San Pablo, Brasil, en mayo de 1984, el responsable sería Heriberto Schonwies, que había logrado una gran campaña con San Andrés en el torneo porteño del año anterior. El equipo mantuvo gran parte de la estructura. Uno de los dos cambios, ante la lesión de Maggi, fue el debut de otro joven, Sebastián Uranga (20 años y 2,01), quien tomó mucho protagonismo, porque tras el debut perdedor ante Panamá (83-77), Luis González contrajo un virus del que no pudo recuperarse en todo el torneo y ya no volvió a jugar.

El Preolímpico, difícil y parejo, ofrecía tres plazas para Los Angeles'84. Antes de salir, y a pesar de haberse jugado 14 amistosos internacionales de preparación, Cadillac, advirtió que *“nuestro mayor déficit es que no tenemos buena competencia y retomar el ritmo internacional cuesta mucho”*.

La actuación argentina fue floja, con sólo dos victorias y 6 derrotas, entre ellas antes Dominicana (88-83), al que se había vencido con comodidad en la preparación, para terminar en el séptimo puesto. Para la estadística quedó que Camisassa le anotó a México 51 puntos, el máximo puntaje de un jugador en el Seleccionado. Luis González explicó que *“era un equipo con buenos jugadores, pero pagamos por no tener una competencia interna poderosa, como la de hoy. No estábamos acostumbrados a un roce diario más fuerte y sentíamos el salto en un torneo internacional. Hoy los jugadores argentinos entrenan su físico, algunos se van a competir a otras ligas y vuelven con otra cabeza. Conocen cómo se juega en todo el mundo y eso los*

prepara de otra manera”.

La participación argentina, como muchas otras anteriores, fue el reflejo de lo que era el nivel del básquetbol doméstico. Era injusto castigar a unos jugadores, habituados a una demanda interna que no les exigía el máximo esfuerzo, por no afrontar con éxito un desafío internacional que les oponía una realidad a la que no estaban habituados.

1985

Najnudel tenía un proyecto

León David Najnudel fue un gran entrenador, pero sobre todo es el personaje más importante de la historia del básquetbol argentino. Su extensa lucha, generosa, terca e ineludible, no solo modificó el sistema competitivo interno, dándole mayor calidad y continuidad, sino que profesionalizó este deporte. Le dio a ese caudal natural de potenciales buenos jugadores el ámbito para desarrollarse, lo mismo que a los entrenadores, jueces, dirigentes o periodistas y todos confluyeron para provocar una gran evolución, que los llevó a involucrarse entre lo más selecto del básquetbol mundial y disfrutar algunas de sus máximas conquistas.

Najnudel fue un técnico precoz en el Club Atlanta, aunque siempre lo distinguió su capacidad para articular proyectos integrales, guiados por ideas revolucionarias que apuntaban a un objetivo, pero que se sustentaban en un método definido. La estructura que montó en Ferro a finales de la década de 1970 lo llevó a los primeros planos nacionales e internacionales y lo convirtió en valor referencial dentro del deporte argentino.

Dueño de una claridad conceptual maravillosa, la prédica de Naj-

nudel tuvo una coherencia ideológica asombrosa hasta el último día de su vida.

“Nos engrupimos por que fuimos campeones del mundo, pero hoy nuestra realidad es muy distinta. En Argentina se entrena menos de dos veces por semana y para un alto nivel se necesita entrenar 5 ó 6 días. La culpa no es del entrenador ni de estos jugadores, es del ambiente en general. Los hábitos no se crean en 8 partidos internacionales, si no a través del medio habitual y por mucho tiempo”. (En El Gráfico, después de los Juegos Panamericanos de 1967, con solo 26 años)

“La Selección jugó el básquetbol que se juega en nuestro país y la ubicación final es correcta, porque solo fue superior a Filipinas y los centroafricanos. A nuestros jugadores les falta estar continuamente en gran competencia, partiendo de un torneo interno con mayor cantidad y calidad de partidos, que es lo que va a mejorar su nivel. Es hora de crear una Liga Nacional, con fichas extranjeras y aporte de firmas comerciales. Los dirigentes tienen la palabra”. (En Rebo-te, luego del Mundial de 1974).

“En el calendario del básquetbol argentino debe haber dos meses para la Selección Nacional. Y la nombro primero porque el objetivo de todo el movimiento de nuestro básquetbol tiene que apuntar a hacer una gran estructura interna para que la resultante sea una Selección poderosa, como todos buscamos. La Selección es el reflejo exacto de lo que pasa en el medio. Progresivamente nos daremos cuenta de que iremos recuperando terreno en el ámbito internacional, aunque eso llevará su tiempo”. (En El Gráfico, al presentar la Liga Nacional, en 1982).

“No tenemos todavía la fuerza para enfrentar a las grandes potencias. No hay que molestarse por eso, porque es un trabajo de muchos años, de generaciones. Venimos a la cabeza del cuarto grupo mundial, con posibilidades de pegar un salto. Si seguimos con el desa-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

rollo de nuestros jugadores, nos acercaremos a las potencias. Cuidado, porque nosotros avanzamos, pero los otros también. Hay que levantar la altura, el kilaje y la calidad en todos los puestos, aunque eso se debe implementar desde los clubes, no aisladamente desde la Selección”. (En Solo Basquet, después del Mundial de 1994).

A Amadeo Cejas la creación de la Liga Nacional le sirvió para ganar las elecciones en la CABB, y su plan inicial incluyó la designación de Najnudel al frente del seleccionado por un período de 4 años. Por primera vez un técnico podía desarrollar un plan en la Selección. Al menos, eso se creyó...

Najnudel fue consecuente con lo que declaró toda su vida. Para el Sudamericano de Medellín, Colombia, en julio de 1985, eligió un plantel con el mayor promedio de altura de la historia de la Selección Argentina (2,01 metros), con 7 hombres por encima de los 200 centímetros, y con una media de apenas 23,6 años de edad. *“Elegí un plantel con gente alta, porque creo que es lo que necesitamos, y joven, porque no me interesa este Sudamericano, si no proyectar para los Juegos de Seul 1988”*, explicó. Convocó un solo veterano, Perazzo (34 años), ante la decisión de Ricardo García Fernández (26 años) de adoptar la nacionalidad española. Pero dentro de su apuesta apuntó a dos de los jugadores más altos de la historia del básquetbol argentino: el Gigante Jorge González (19 años y 2,22) y Fernando Borcel (18 años y 2,15). Najnudel sostuvo en El Gráfico que *“son la posibilidad futura, los que con su altura pueden cambiar la historia de la Selección. No hay que esperar que estén hechos, hay que ayudarlos ahora, dentro del seleccionado, por eso los convoqué. Tal vez hoy no aporten mucho, pero para que sí aporten, debemos empezar nosotros por colaborar con ellos”*. También hizo debutar a Héctor Campana (20 años y 1,85), Hernán Montenegro (18 años y 2,05) y Sergio Aispurúa (20 años y 2,00)

ALEJANDRO PEREZ - GERMAN BEDER

Se hizo una gira previa de 9 partidos por Cuba y Venezuela, pero en la isla se produjo un hecho inédito: por problemas de vuelos, una parte del equipo quedó varado en México y cuando se juntó tuvo que disputar 6 partidos en 3 días, con juegos mañana y noche.

Inteligente y obstinado, quiso amoldar a esos jugadores a las exigencias internacionales, aunque el tiempo demostró que algunos intentos nunca se concretaron. Así puso a veces a Campana de base, Camisassa comenzó el torneo como escolta tirador e intentó con Montenegro y Aispurúa de aleros.

La actuación en el Sudamericano fue solo aceptable, si bien el tercer puesto aseguró la clasificación al Mundial de España 1986, convirtiéndola en un buen punto de partida de un proceso pensado a futuro. Ante Uruguay se perdió un partido increíble por 87-85, tras ganar por 11 puntos a 6 minutos del final, y ante Brasil se jugó de igual a igual, aunque terminó cayendo 105-101. La nota discordante fue un escándalo producido tras la derrota ante los uruguayos (una clara falta a favor de Argentina no sancionada al final), que derivó en reclamos y un incidente de Montenegro con la policía, por el que recibió 6 fechas de suspensión y debió quedar recluido en el hotel hasta el cierre del torneo.

Una mente con ideas lúcidas y firmes como la de Najnudel no era (ni sería hoy) conveniente para cualquier dirigencia con intereses sectoriales. Cuando el técnico empezó a pelear para que lo dejaran armar su propio cuerpo médico, pero sobre todo cuando se opuso a parar la Liga Nacional, que en ese tiempo dependía de la CABB, para que la Selección hiciera una gira por el exterior, surgieron los chispazos, que derivaron en su despido en febrero de 1986. Al final, su paso fue demasiado efímero para lo que le hubiese convenido a la Selección.

1986 - 1988

La Liga empieza a influir

Para reemplazar a un peso pesado como Najnudel al frente del Seleccionado que afrontaría el Mundial de España en julio de 1986, se necesitaba una figura importante, que en ese momento no había en el básquetbol argentino. Por eso la CABB apuntó a un extranjero, el portorriqueño Flor Meléndez, aprovechando su conocimiento del básquetbol local por su anterior experiencia en Obras Sanitarias y su presente en Unión de Santa Fe, en la Liga Nacional. Meléndez asumió en abril y mantuvo casi el mismo equipo que había conformado Najnudel con pequeños retoques: por los juveniles (el Gigante González y Borcel) sumó a Uranga y Milovich, y por Perazzo puso a otro pibe que ya empezaba a mostrar su calidad en la Liga, Marcelo Milanésio (21 años). Por primera vez en la historia no había dudas, la Selección contaba con los mejores nombres.

Para compensar la falta de roce internacional, se planificó una exigente gira previa, aunque allí surgió una desprolijidad. Como el técnico, además de los dos trabajos en Argentina, dirigía otro equipo en Puerto Rico (Atléticos de San Germán), en los primeros cinco amistosos, en México, el Seleccionado estuvo a cargo de Juan Carlos

Alonso, su asistente. Al continuar la preparación, se sumó Meléndez al equipo, aunque con la particularidad de que en medio de los seis encuentros que la Selección disputó en República Dominicana, se cruzaba a Puerto Rico y dirigía a su equipo en el torneo local... Esta situación le valió no pocas críticas de un sector del periodismo argentino. Los amistosos siguieron en Puerto Rico y de allí se viajó a Italia, donde se venció al local, pero se perdió por un desgarró a Luis González, al que se reemplazó de apuro por Borcel. La gira terminó en Francia, con ocho victorias y 11 derrotas.

Entre los 24 participantes del Mundial (fue transmitido por TV en varias ciudades del interior, pero no en la Capital) Argentina debía ocupar uno de los tres primeros lugares del grupo en Tenerife para pasar a la segunda ronda. Lo logró con un agónico triunfo, en suplementario, frente a Holanda por 82-75 en el debut. Después cayó por paliza ante Canadá 96-82 y le hizo un aceptable partido a la Yugoslavia del genial Drazen Petrovic, a pesar a la derrota 87-68. Al ganarle, como se descontaba a Malasia (93-73) y Nueva Zelanda (89-64), se aseguró un lugar entre los 12 mejores. Cortijo, quien terminaría como mejor pasador del Mundial, estaba en un momento extraordinario, Camisassa era un anotador consistente, mientras que Maggi, Montenegro, Uranga y Aispurúa aseguraban juego y lucha interior. En el comienzo de la segunda fase, en Oviedo, Argentina produjo el mayor impacto del torneo y uno de los triunfos más valiosos de su historia al vencer a Estados Unidos (David Robinson, Kenny Smith, Steve Kerr, Derrick McKey y Sean Elliott) por 74-70. *“Flor planteó un partido muy inteligente. Los controlamos en todo el desarrollo. Ese triunfo fue histórico. Esa alegría nos quedará de por vida, ninguno de ese plantel la olvidará por la trascendencia que implica ganarle a Estados Unidos y por el placer de sentir que hiciste las cosas bien”*, contó Uranga. Después se le ganó a China (97-80) y se llegó ante Italia con la chance de alcanzar las semis. Sin embargo, Argentina cayó ante

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

los italianos 78-70 y terminó de derrumbarse ante Grecia (102-88) y Cuba (85-81) en la reclasificación para finalizar 12°, evidenciando un gran cansancio acumulado por los 29 partidos en 46 días.

El balance exacto de la actuación argentina lo hizo el periodista Osvaldo Ricardo Orcasitas (O.R.O.) en su cobertura para El Gráfico: *“Una Selección es el reflejo de su medio y nosotros recién hace un par de años y con la Liga Nacional, impusimos el cambio necesario para tener por primera vez una competencia interna seria y exigente. Cuando crezca nuestra Liga van a crecer nuestros jugadores y allí estaremos en condiciones de aspirar a otras pretensiones. Crecer adentro para reflejarlo afuera”*.

El Campeonato Sudamericano de mayo de 1987 en Asunción del Paraguay era la posibilidad de confirmar el desarrollo que venía mostrando el Seleccionado argentino. Sin embargo, a la hora de armar el equipo al puertorriqueño se le presentaron muchos problemas de lesiones, sobre todo en hombres importantes. Campana y el Gigante González habían sufrido lesiones de rodilla en el comienzo de la temporada de la Liga Nacional, mientras Maretto se rompió los ligamentos tres días antes del viaje. También se cayeron los pivotes Maggi y Montenegro y el alero Filloy, todos con problemas físicos en medio de una Liga Nacional que estaba en juego y que impidió que se hicieran partidos preparatorios. Esto obligó a las convocatorias de urgencia del alero Esteban Pérez (21 años y 2,00) y los pivotes Rubén Scolari (20 años y 2,06), Aldo Yódice (25 años y 2,04) y Carlos Cerutti (18 años y 2,04), considerado el mejor proyecto joven del momento. Por todos esos inconvenientes Meléndez recién pudo hacer su primer entrenamiento con el equipo completo en la propia Asunción.

A pesar de contar con un equipo emparchado Argentina mostró su poderío, venciendo en el debut a una Venezuela en firme crecimiento por 80-75 y luego a Uruguay por 72-61. Al caer en la última fecha

frente a Brasil por 80-78, se benefició con la diferencia de puntos en el triple empate con su vencedor y los venezolanos, quedándose con el título regional. Miguel Cortijo ratificó su jerarquía internacional con otra notable actuación, que llevó al propio entrenador de Brasil, Ary Vidal, a reconocer que *“es el mejor base del mundo. Tiene inteligencia, sabe manejar el ritmo del partido. Busquen entre los mejores armadores de cada país y díganme si hay uno mejor en la FIBA”*.

La experiencia del Mundial y el estímulo que significó el título sudamericano le permitieron a la Selección Argentina aumentar sus expectativas para los Juegos Panamericanos de Indianápolis, en agosto de ese 1987. Meléndez pudo mejorar el equipo con los regresos de los pivotes Maggi y Montenegro, recuperados de sus lesiones, en lugar de Uranga y Milovich. La ausencia de Campana, todavía en rehabilitación, la ocupó con Raúl Merlo.

Argentina jugó como local tres amistosos con Uruguay, perdiendo dos de ellos. Sin embargo, lo inesperado se produjo poco antes del viaje a Estados Unidos, cuando los jugadores reclamaron el pago de los premios por ganar el Sudamericano, ante la intransigencia de los dirigentes de la CABB (Carlos Caterbetti y Ronald De Benedetti). Cuando la Secretaría de Deportes de la Nación intervino, las partes se pusieron de acuerdo, pero de golpe apareció el vocal suplente Pedro Petignano (insólitamente el presidente Cejas nunca se involucró), quien ad referendum de la próxima reunión del consejo directivo, decidió que los jugadores no viajaran. Así quedaron marginados Camisassa, Cortijo, Maggi, Luis González, Aispurúa y Montenegro, en el mayor conflicto que registra la Selección en su historia y del que todas las partes salieron salpicadas.

De apuro se convocaron otros seis jugadores como reemplazos: Marcelo Richotti, Ariel Rodríguez, Luis Villar, Milovich, Cerutti y Uranga, aunque este se plegó al reclamo de sus compañeros y tampo-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

co viajó; pasando a conformarse la alineación titular con Milanesio, Romano, Pérez, Milovich y Scolari.

Esto cambió la realidad del equipo y todas las pretensiones se desmoronaron escandalosamente. Argentina perdió los cuatro partidos del grupo ante Estados Unidos 85-58, Venezuela 78-71, Panamá 74-62 y México 96-85 y sólo le quedó el consuelo de ganarle a Islas Vírgenes 101-90 y terminar en un oscuro 9º puesto.

Se esperaba una actuación que consolidara el crecimiento de un grupo con buen potencial, pero como si no alcanzara con luchar contra sus rivales, el básquetbol argentino volvió a tomar actitudes auto-destructivas. Se dio un estrepitoso paso atrás, que obligó a empezar un nuevo proceso.

El ciclo de Meléndez se cerró, marcado por peculiaridades ejecutivas del entrenador, que acumulaba tareas en distintos equipos a la vez, y por una dirigencia que no sabía qué rumbo tomar con el Seleccionado. La última participación en el Torneo Navidad del Real Madrid en España, con tres derrotas, selló el final de una nueva etapa. Con ese contexto no era antojadizo que el ambiente empezara a reclamar un entrenador con dedicación exclusiva, idea fogueada sobre todo desde la Asociación de Técnicos. Alberto Finguer había terminado un ciclo de varios años en River, estaba libre y a él contrataron en la CABB, para que se ocupe sólo de la Selección y otra vez con la promesa de un trabajo a largo plazo. Así lo entendió él y para el Preolímpico de Montevideo, en mayo de 1988, apuntó a una nueva renovación gradual de jugadores, por eso entre sus convocados no aparecieron Camisassa, Romano y el pivote Luis González, aunque también cambió a Milanesio por Richotti.

Con la Liga Nacional en pleno desarrollo, al entrenador se le complicó el armado del plantel por varias lesiones, como las de Campana (rotura de un tobillo) y Maggi (rodilla), y por la ausencia de Montene-

gro, quien tras su paso por la Universidad de Louisiana State, estaba jugando en Puerto Rico. Por eso debió recurrir al regreso de Raffaelli (33 años) y logró, por fin, la primera y única participación de Germán Filloy (30 años y 2,02) en un Seleccionado, tras múltiples renunciaciones.

Lejos de presentar su mejor plantel, Argentina afrontó el torneo (algunos partidos fueron por TV abierta a todo el país), que repartía tres plazas para los Juegos de Seúl 1988. El arranque fue muy flojo, con amplias derrotas ante Brasil (93-113) y Puerto Rico (81-94). Los argentinos evidenciaron que les faltaba nivel internacional y apenas Raffaelli, máximo anotador, y Filloy, el más regular, pasaron la prueba. Sin embargo, la mayor ilusión la generó el Gigante González, quien aún con altibajos, cumplió una tarea destacada con 13,3 puntos y 7 rebotes en 26 minutos de promedio, que le valieron ser el primer argentino elegido en el draft de ese año por Atlanta Hawks. Después se aplastó a Venezuela 110-77 y se le ganó con lo justo a México 93-89. La valiosa victoria sobre Uruguay 90-82 lo puso a todo o nada contra Canadá para meterse en semifinales, pero sin la presencia de Cortijo (lesionado en un codo) fue categórica derrota 112-88 y en un triple empate con canadienses y uruguayos, estos dos pasaron a semifinales por diferencia de puntos, provocando una postergación al sueño de volver a ser olímpicos.

En el libro “Deporte Nacional Dos siglos de historia” se ofrece una acertada pintura de lo que vivía el básquetbol argentino en esa época: *“Para estar adentro de todos los grandes torneos y de todas las grandes esperanzas harían falta más años de sedimentación de lo que la Liga Nacional empezaba a generar. Y no únicamente en el básquetbol: el fútbol, el vóley, y el propio Estado reconocieron en ese modelo del básquetbol la posibilidad de hacer ingresar al deporte en otra etapa. Por eso, con sensatez, lo copiaron y adaptaron. Donde existió la paciencia, los frutos fueron llegando”*.

1989 - 1990

El Mundial nos pegó un cachetazo

Ni la organización de un Mundial en el país podía garantizarle a la Selección Argentina un crecimiento en la pirámide jerárquica de potencias. Era tal la (des)ventaja que había con los equipos europeos que ni siquiera la influencia de la localía podía empujar al emparejamiento. No había equivalencias. Ni físicas, ni mentales, ni basquetbolísticas. Pero la dirigencia ignoró aquél análisis y fue por la utopía. Y, luego de un largo período de gestión, se adjudicó la sede del XI Mundial. La noticia se difundió el 3 de julio de 1986: la propuesta del dirigente Amadeo Cejas, representante de la CABB, había sido aprobada por FIBA por sobre las de Puerto Rico, Canadá y Estados Unidos. De allí al día del comienzo del torneo, sólo surgieron problemas. Problemas en la conducción, con cambio de entrenador incluido, problemas en el plantel, con renuncias inesperadas en los campeonatos previos, problemas entre los dirigentes, divididos entre sí, y, sobre todo, muchísimos problemas con la organización.

Argentina atravesaba una etapa turbia. Al margen de que los resultados no acompañaban, la Selección había dejado de ser prioridad para los jugadores. Y la combinación de factores exponía aún más el

deterioro institucional. El equipo ni siquiera era capaz de sostener su posición en el plano continental. De hecho, se presentó como campeón defensor al Sudamericano de Ecuador en abril de 1989 y terminó cediendo en la final ante una versión muy desmejorada de Brasil por 82-74. Esa caída puntual y el patético desempeño posterior en el Torneo de las Américas de México, en julio de ese 1989, marcaron un quiebre en la etapa de la preparación. Porque fue a partir de allí, cuando el gobierno de Carlos Menem, a través de sus hombres de confianza, Fernando Galmarini y Hugo Montivero, dejó de participar pasivamente en la preparación del equipo para el Mundial y tomó cartas en el asunto.

En México la Selección se presentó sin Jorge González, Gabriel Parizzia y Campana, todos renunciando por motivos inconsistentes. Y terminó octava, sobre diez participantes. Apenas pudo derrotar a Ecuador y Paraguay. Después perdió con todos los demás: Cuba, Canadá, Brasil, Venezuela, Puerto Rico, Dominicana y Cuba. “*Sufrimos las diferencias. Nuestros jugadores están acostumbrados a otro ritmo, otran intensidad. La velocidad de los rivales nos mató*”, fue la explicación del técnico Finguer, quien al regreso al país, comenzaría a tambalear en el puesto.

En ese momento, toda la estructura del básquet argentino temblaba y la propia organización del Mundial estaba en duda. Desde enero de 1988 la FIBA exigía, cada vez con menos paciencia, los avales por 3,3 millones de dólares. Y nadie se hacía cargo. Ni Cejas, ni el Estado, que en un principio le dio la espalda al torneo. Si la situación deportiva era lamentable, hay que decir que la situación dirigenal era escandalosa.

En octubre de 1988, un poco por las presiones de FIBA y otro poco por la impericia general, se fundó el CEMBA 90 (Comité Ejecutivo Mundial Básquetbol de Argentina), con Oscar Auzmendi como principal referente y el aval del presidente de la República, Raúl Al-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

fonsín. Eso fue unos meses antes de que estallara la CABB, de que Cejas huyera y debiera ser reemplazado por el bahiense Rubén Rabano. El escenario era anárquico. Y para colmo, el yugoslavo Boris Stankovic, secretario general de FIBA, ponía presión desde Munich, por telex: *“Estoy viviendo las idas y vueltas de ustedes con mucha incertidumbre”*. Cansado de la falta de respuestas, en marzo de 1989, finalmente aprovechó un viaje programado para comenzar a tomar decisiones. Recorrió a bordo del avión presidencial Tango 02, todas las posibles subsedes (apenas elogió a Rosario) y los posibles estadios de Buenos Aires. La CABB tenía la inocente intención de invertir tres millones de dólares para refaccionar el Velódromo Municipal y adornarlo como sede de las instancias decisivas. *“Ni siendo optimista veo que vayan a llegar. Faltan 13 meses y no hay nada iniciado. Está descartado”*, sentenció Stankovic. Entonces lo trasladaron al club Argentinos Juniors, le hicieron un asado y le mostraron el Malvinas Argentinas. *“Es chico, señores. Para un club sirve, para un Mundial, no”*, afirmó el yugoslavo. Los argentinos comenzaban a impacientarse. Stankovic pidió que lo llevaran a ver el estado del Luna Park, en el que había jugado la edición del 50. Allí recuperó la sonrisa. *“El Luna, viejo, pero siempre válido. Acá sí se puede. Me gusta”*. Parecía conforme el dirigente. Tenía un lugar firme donde jugar una final y no pasar vergüenza. Además, tenía la promesa de la gente del CEMBA de que las subsedes comenzarían a trabajar.

Sin embargo, la incertidumbre de un país en llamas, seguía sin dejarlo dormir. Porque Argentina se prendía fuego, ingresando en una etapa de hiperinflación y con un gobierno radical cerca del derrocamiento. El 6 de junio de 1989, al borde de la desesperación, volvió a mandar un telex que arrancaba con la siguiente frase: *“Desde que las noticias de la situación política y económica de Argentina sólo son desastrosas, estamos muy preocupados por el Mundial”*. Y anexaba un cuestionario a la gente del CEMBA en el que preguntaba por

las garantías de la seguridad, por el cumplimiento del cronograma pautado, por el apoyo o no del flamante gobierno de Carlos Menem y por la posibilidad de cancelación. Auzmendi respondió al instante: *“No se ha considerado en ningún momento cancelar el torneo. Tenemos la seguridad de continuar con el empeño para realizar el que, sin dudas, será el mejor torneo efectuado hasta el momento”*. El propio Menem escribió a la semana siguiente calmando al yugoslavo y reafirmando la postulación inicial. Hasta le ofreció hacer el sorteo del campeonato en La Rioja y que se hospedara en su casa.

La mano del Estado empezaba a pesar en el tema. Por eso es que hay que volver a hablar de Finguer. El DT parecía aferrado a su puesto después del Torneo de las Américas. Decía que Montivero, uno de los hombres del Presidente, lo había apoyado y que, si le daban a elegir, elegía a Bahía Blanca como sede de la Selección en la primera rueda. Le debían ocho meses de contrato, pero no le importaba. No sabía que ya estaba fuera. No percibió que en un amistoso en el que jugó Menem con los integrantes de la Selección, él no fue convocado.

Entre Montivero y Galmarini analizaron su gestión y decidieron despedirlo por malos resultados. *“Quizás confié demasiado o fui demasiado tolerante. Estoy muy decepcionado”*, fue su reacción en la revista Solo Básquet. También reemplazaron a Auzmendi (un tipo honesto y trabajador) del CEMBA y en su lugar colocaron a Jorge Berra, ex jugador y militante peronista. *“La situación está dura -resumía Montivero-. El Mundial está en peligro por nuestra situación y el empuje de otras naciones poderosas. En este momento, tenemos una mala imagen”*. Stankovic notaba que el torneo se le venía encima y la sede que él había designado era un desastre. Su última carta había sido durísima y dejaba entrever indignación y fastidio: *“Les recuerdo que hace tres años les hemos confiado la organización de esta competencia y salvo por algunos buenos proyectos, ningún pro-*

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

greso real ha sido hecho en la preparación". Para colmo, cada vez que llamaba, debía lidiar con un dirigente nuevo. En agosto mandó el ultimatum: "*Faltan sólo 13 meses. Basta de llevarme a las Cataratas y esos lugares turísticos. Llénenme donde se va a jugar (...). En Canadá se podría hacer el Mundial el mes que viene*". La referencia al país norteamericano tenía que ver con la presión de esa federación (y también de la portorriqueña) para mover la sede. El siguiente paso que tomó FIBA fue dar de baja la subsede Bahía Blanca, que no contaba con un estadio con medidas acordes ni hoteles de más de cuatro estrellas. El disgusto oficial se palpaba de manera explícita.

La CABB, mientras tanto, estaba en ruinas. La empresa Rotamund le exigía 170 mil dólares por una deuda, León Najnudel le había iniciado juicio por despido y ahora se le sumaba el de Finguer. Así y todo debía consensuar con el CEMBA y la gente de Menem quién sería el próximo técnico. Corría octubre del 89, cada vez quedaba menos tiempo.

Las opciones eran Water Garrone, Carlos Boismené y Guillermo Vecchio. Ninguno de los tres, en distintas declaraciones, se habían mostrado dispuestos a una dupla técnica. Obviamente, se eligió una dupla técnica: Boismené como líder, Vecchio como segundo. Al día siguiente de la confirmación, mientras el DT bahiense (en el CEMBA reconocían que en su elección influyó que se le había quitado la sede a su ciudad) esperaba a su colega para dar una nota juntos, Vecchio intentaba convencer a Rubén Rábano de que lo dejara a él. No fue el único papelón en el que se vieron involucrados. En la primera práctica oficial, el bahiense reunió a los jugadores y les dijo, palabras más, palabras menos: "*Muchachos, acá vamos a correr y tirar*". A los pocos minutos, Vecchio agregó: "*Muchachos, nosotros tenemos que perder, como máximo, siete pelotas por partido*". La contradicción era explícita: si se pretendía correr y tirar, inevitablemente, se iban a perder muchas pelotas. Como era de esperar, Vecchio voló del

puesto.

El 6 de noviembre, luego de muchas idas y vueltas, se definieron las subsedes: Santa Fe, Rosario, Villa Ballester, Córdoba (un estadio montado en el predio ferial) y Salta, además del Luna Park. Por decisión mayoritaria, los jugadores votaron que preferían jugar en Córdoba la fase inicial. El sorteo posterior, en el Hotel Sheraton de Capital Federal, sería lapidario: Unión Soviética, Canadá y Egipto.

A sesenta días del comienzo del torneo, la situación era la siguiente: los dirigentes se avivaron que el torneo no iba a dar ganancias. Y apostaron a empatar. Pero la venta de abonos era un fracaso. Boismené entrenaba con ocho jugadores; el plantel estaba en conflicto por el tema de los viáticos y recién se llegó a un acuerdo gracias a una nueva intervención de Galmarini (110 mil dólares a repartir por la preparación y 50 mil más si el equipo terminaba por encima del octavo puesto); el logo del ñandú, era motivo de burlas en Europa; las subsedes seguían con problemas estructurales y Becerra enfrentaba todo tipo de dilemas con los pedidos de las delegaciones. Por ejemplo: Estados Unidos le exigía pasajes de regreso para el mismo día que se terminara el Mundial, Italia le pedía viajar siete días antes del debut para aclimatarse adecuadamente (los costos del hotel, obviamente, corrían por cuenta de la organización) y Venezuela solicitaba incluir a 30 personas en su delegación cuando el número pautado oficialmente era de 20.

A nivel deportivo la situación era igual o más complicada. La Selección inició una gira por Italia en la que pudo comprobar la distancia a la que se encontraba de los conjuntos europeos. Perdió con Grecia (104-79), con el local (103-77) y con Checoslovaquia (92-86). *“Esta gira no sirve para nada. Perdimos la fe y el ánimo”*, sentenciaba Boismené. El bahiense, de mínimos conocimientos en el ámbito internacional, fue a ver el choque entre italianos y checos, y se durmió en medio del juego. No esperaba tamaña disparidad física. Incluso,

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

se vio forzado a probar con Diego Osella como alero, cuando el propio cordobés, anunciaba por lo bajo que le faltaba movilidad para el puesto. La terquedad dirigenal, en este aspecto, como en muchos otros, tenía su cuota de responsabilidad porque el hombre adecuado para el puesto, sin dudas, era Najnudel, con amplio conocimiento del básquet internacional. Pero como estaba proscripto por la CABB ni siquiera fue tenido en cuenta.

Ese viaje continuó con la Copa Acrópolis en Grecia. Allí se evolucionó notablemente y se jugó a mejor nivel que en el Mundial mismo. El equipo superó a China (133-82), a Checoslovaquia (101-78) y a Grecia (81-79). Para ese momento, el DT, que desde el incidente con Vecchio veía sombras en todos lados, también había decidido prescindir del asistente puesto por el propio Becerra: el yugoslavo Ranko Zeravica, un sabio, que aunque estuviera veterano, tenía un conocimiento del contexto europeo del que el técnico argentino carecía.

La hora de la verdad se acercaba. Stankovic apoyaba, ya estaba jugado. Aunque el descontrol organizativo le quitara el sueño. No es que no hubiera buena predisposición local, lo que no había era dinero ni infraestructura para recibir un torneo tan fuerte. El 30 de septiembre, Boismené, presionado por la CABB anunció la lista definitiva. Y esa fue otra historia de tensión. El entrenador tomó la determinación de dejar fuera tres nombres fuertes que, al margen de los argumentos de turno, tal vez debieron haber estado: Hernán Montenegro (borrado por conflictivo), Esteban Camisassa y Germán Filloy, ambos recuperándose de lesiones. Zeravica había destacado la importancia de contar con ellos tres: *“Son altos. Ante equipos europeos pueden rendir, lo mismo que Esteban Pérez”*. En el plantel había tres bases y tres pivotes. El desequilibrio era notable. De hecho, Boismené tenía serias dudas de llevar a Marcelo Richotti: eran demasiados armadores. Sin embargo, al enterarse de esta situación, el jugador bahiense

llamó a su coterráneo y le metió tal presión que terminó dentro de los 12. Con ese clima interno, la Selección se instaló en Córdoba. El Mundial estaba encima.

El día del debut, el estadio Fecor, que había sido mejorado para la ocasión, estaba lleno. Enfrente esperaba la Unión Soviética, una potencia. *“No entiendo cómo no se luchó por un mejor sorteo”*, se quejaba Marcelo Milanés. El resultado fue duro: paliza en contra de 97-77. Si bien estaba en los planes la derrota, nadie del plantel esperaba semejante falta de equivalencia. El juego a ganar era el que seguía, Canadá. Allí Boismené, que dirigió el campeonato sin asistente, tomó medidas. Como no conocía a los jugadores rivales y las prácticas eran a puertas cerradas, se disfrazó de empleado de Fecor y desde una tribuna observó, como pudo, parte del entrenamiento.

A 3'54" para el final del partido, Canadá ganaba 85-72, y dejaba a la Argentina prácticamente fuera de la lucha por los ocho mejores, el objetivo tácito de la Selección. Pero llegó el milagro. Se abrió el aro para el tiro externo y el equipo terminó ganando milagrosamente por 96-88. Héctor Campana lloraba, Sebastián Uranga saltaba de alegría. Las tribunas de madera agregadas en el Fecor temblaban por el descontrol. Hasta Zulemita Menem gritaba de felicidad. La hija del Presidente se había quejado por la organización un rato antes, pero en el furor del griterío debió escuchar una réplica implacable de un don nadie que, paradójicamente, la dejó en silencio: *“Nosotros organizamos esto sin la ayuda de nadie, sólo nos acompañaron otros cordobeses. Debería saberlo. Digáselo a su padre”*.

Fue una cuota de mesura entre tanta emoción y locura. Sobre todo, lo que se respiraba era un gran desahogo: no clasificar a la etapa final que se desarrollaría luego en el Luna Park hubiese sido un bochorno.

En el seno interno, pasada la excitación, llegó la tormenta. Aunque esto nunca pudo terminar de comprobarse, en aquél vestuario eufó-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

rico, Boismené habría afirmado: “*Parecen maricas todos llorando. No sé que festejan, si jugamos para la mierda*”. Algunos jugadores, paralelamente, le habrían reclamado al DT por exponerlos demasiado con sus enérgicas indicaciones (Carlos Romano fue uno de los más molestos). Los trapos se habían insolado, directamente.

Lo que seguía era Egipto, supuestamente, el rival más accesible del Grupo D, el que garantizaría la clasificación. Pero Egipto se tenía guardada una sorpresa. Y a un día del choque, plantó bandera: si no les pagaban los 27 mil dólares que habían gastado en pasajes (y que nunca les habían devuelto) no se presentaban a jugar. Cancelada la deuda, salieron a la cancha. Argentina volvió a jugar pésimo pero con muy poco le bastó para sellar el segundo puesto: 82-65.

Para ese momento la prensa extranjera se quejaba de todo: de que no podían enviar su material, de que la atención era mediocre, de que desde los pupitres no se veía el tablero electrónico, de errores en las gacetillas (según las cuales, por ejemplo, Stankovic era alemán) y también en las planillas (con jugadores que aparecían con 50 minutos de juego en partidos de 40). Los fallidos se maquillaban, por la predisposición de los jugadores y el esfuerzo de algunos voluntarios que oficiaban de bomberos. En Rosario, por ejemplo, figuras como el australiano Andrew Gaze debían secar ellos mismos el parquet cuando se caía alguien.

La etapa final en el Luna Park resultó ser nefasta para la Selección: perdió todos los partidos. Primero con Estados Unidos (104-100) en su mejor producción colectiva del campeonato. Luego, con Puerto Rico 92-76 y más tarde, frente a Australia (95-91). Ya por la zona del quinto al octavo puesto, cedió ante Grecia (81-78), equipo al que había superado en distintos amistosos en Atenas y en Córdoba, y nuevamente ante Australia (98-84). En este juego final, el estadio estuvo semi vacío y la gente sólo ovacionó a Miguel Cortijo, quien había anunciado su retiro de la Selección. Los jugadores se manifestaron

conformes con el octavo lugar, aunque la sensación definitiva fue la misma que tenía todo el mundo antes de que comenzara el torneo: la distancia con las potencias seguía siendo abismal.

En Salta, mientras tanto, sucedían escenas ridículas. Primero, los planteles no tenían dónde entrenar y después, no iba nadie a ver los partidos. En el primer encuentro de la ronda consuelo, al momento del salto inicial, había sólo dos espectadores con entrada en mano en el estadio Delmi. El partido decisivo lo protagonizaron Yugoslavia y URSS con victoria para los primeros por 92-75.

Tras los festejos por el título de Yugoslavia a Petrovic le robaron las zapatillas y en la sala de prensa, los voluntarios huyeron con las máquinas de escribir. También desaparecieron pelotas, ropa oficial y hasta tres faxes. No hubo ni trofeo para el MVP. Nada. Ese día se redondeó la triste conclusión de que la organización del Mundial no había dejado ni infraestructura para el futuro, ni resultados, ni nuevos seguidores. Apenas regaló picelazos de buen juego, gracias a los destellos de las figuras internacionales. Pincelazos que le confirmaron a los argentinos que, también en el básquetbol, todavía faltaba mucho camino para trepar al primer mundo.

Semanas después del periplo, la CABB, a través de su presidente Rabano se anunció al borde de la quiebra, con un pasivo de 2,5 millones de australes contra un activo de un millón. Y Boismené se sinceró ante los periodistas de Sólo Básquet con una respuesta tan real como dolorosa: *“El equipo no jugó a nada, salvo pasajes con Estados Unidos y Grecia. Nunca corrimos. Si ni siquiera podíamos agarrar los rebotes... ¿Sabes qué pienso? No estábamos preparados para el Mundial. Ni yo para dirigirlo, ni los jugadores para jugarlo, ni los periodistas para comentarlo, ni los organizadores para organizarlo. Esto nos sobrepasó”*.

1991 - 1992

Otra vez la falta de compromiso

El panorama para el Seleccionado argentino después del Mundial 90 era directamente desolador. La CABB estaba con pedido de quiebra, el pasivo que había dejado el torneo había superado cualquier proyección pesimista y los jugadores le reclamaban de mal modo el pago de diferentes deudas.

Pero había que volver a empezar. Porque se acercaba un nuevo Sudamericano en Venezuela y Argentina defendía el título. Por eso, a mediados de marzo de 1991, Rabano se reunió con Carlos Boismené y le ofreció la continuidad. El DT aceptó (se le debía mucho dinero) y rápidamente se puso a trabajar: confirmó a Juan Carlos Alonso como asistente y a Eduardo López Delgado para que siguiera como preparador físico. *“No cometeré los mismos errores en la conformación: voy a llevar dos bases y un ayuda alternativo”*, adelantaba.

La situación económica era tan delicada que ni siquiera había fondos para los viáticos. De hecho, la frase textual que por esos días repetía Rabano a los cuatro vientos era: *“Los viáticos alcanzarán para chokolatines y diarios”*. El nuevo escenario, como era de esperar,

no cayó bien en los jugadores. Héctor Campana, por ejemplo, destacaba que las declaraciones del presidente habían sido “*una falta de respeto*”. Y las renunciaciones no tardaron en anunciarse: Montenegro, el mencionado Campana, Richotti, Scolari y Julio Rodríguez fueron los primeros en bajarse. Por un acuerdo previo, el DT tampoco contaría con los jugadores que estaban disputando la final de la Liga Nacional hasta que no se definiera. Conclusión: la preparación, una vez más, iba a ser un fracaso. Por eso se valoró la gestión del capitán Sebastián Uranga para convencer a sus compañeros de no bajarse del barco y concurrir al torneo, más por el orgullo de representar al país, que por los beneficios que pudiera depararles.

El sol salió la segunda semana de mayo: allí la CABB abonó parte de sus deudas sobre 36 acreedores y tomó un leve respiro en su combate económico. Las buenas noticias continuaron gracias al nivel que mostró el limitado plantel argentino. Porque la Selección, con muchas ausencias, se presentó en Valencia, Venezuela, y casi se mete en la final, quedando fuera por gol average. Derrotó a Uruguay en el debut (95-83), luego a Colombia (86-78), más tarde cayó con Brasil (única derrota, 102-89) y en el cierre, encadenó cuatro victorias al hilo (Venezuela, 91-83, Perú, 91-63, Ecuador, 94-73 y Paraguay, 118-101). La mejor tarea fue ante el local, que más tarde resultaría campeón.

Esa actuación generó un margen de esperanza de cara al Panamericano de La Habana, Cuba, que vendría en agosto. Sin embargo, otra vez aparecieron los conflictos económicos (una deuda de 8.400 dólares con el plantel) y el inicio de la preparación se retrasó. Ni siquiera se pudo definir con antelación si la concentración iba a ser en el CeNARD o en Venado Tuerto. Otra vez se alteraba la tranquilidad. Los dirigentes se quejaban, paralelamente, porque no conseguían maneras de crear nuevos fondos: la Selección no vendía. Al

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

punto tal que no se podían conseguir rivales para amistosos y hasta hubo que rechazar una invitación de Cuba, porque no había dinero para el alojamiento.

El combo de problemas internos derivó en que la Argentina llegara al Panamericano mal preparada (tres prácticas fuertes) y sin sus dos mejores jugadores (Campana y Montenegro). Así como Fidel Castro vendía el torneo como “unos juegos austeros”, se podría decir que las expectativas en torno al conjunto de Boismené eran semejantes. Los doce integrantes del plantel se juntaron por primera vez en Ezeiza el 31 de julio. El DT, por su parte, otra vez mostraba su nulo conocimiento del básquet internacional: “*De Bahamas (primer rival) sólo tengo la referencia de que son imprevisibles*”. Tan imprevisibles fueron que sorprendieron a los argentinos y los derrotaron en el debut por 106-94, en suplementario. Fue el colmo. Fue como si se tocara fondo. Así que después de la dolorosa caída llegó la reacción. La Selección jugó mucho mejor ante Estados Unidos y, si bien volvió a ceder (87-81), el crecimiento en su imagen fue notable. Lo que vino luego fue una sucesión de victorias esperanzadoras que permitieron el pase a cuartos de final: sobre Cuba (77-72) y sobre Venezuela (100-85). Entonces la ilusión, la esperanza de una medalla y el sueño de terminar de concretar, de una vez por todas, un resultado realmente positivo. Pero no. Argentina volvió a fracasar. Cayó inexplicablemente con México (91-77) y chau semifinales. “*Nos mató la ansiedad*”, reconocía Milanésio. Ya con nada en juego, la Selección fue vapuleada por Brasil (95-64) y se reivindicó con un triunfo final ante Uruguay. Terminó sexta. El único motivo para sonreír lo generaban los nuevos proyectos, que en otro rincón del mundo se quedaban con el Bronce en el Mundial Juvenil, con Racca, Wolkowyski, Cocha y Montecchia como referentes.

Al año siguiente, asumió Walter Garrone, que había ganado títu-

los con Atenas y también había sido considerado para reemplazar a Alberto Finguer. El nuevo entrenador trajo aires renovados y, por primera vez en mucho tiempo, tuvo buena recepción de los jugadores. El único renunciante fue Diego Maggi. El plantel realizó una gira por Cuba, Venezuela, Puerto Rico y Bahamas. El objetivo era el Preolímpico de Portland, Estados Unidos, en junio de 1992, que entregaba cuatro plazas para los Juegos Olímpicos de Barcelona. *“Tenemos chances y hay que aprovecharlas. No son muchas, pero tengo confianza”*, desafiaba Milanesio en la previa. Argentina llevaba 40 años de inasistencia olímpica y se enfrentaba a una gran oportunidad. Había tres plazas (de las cuatro posibles) casi definidas antes de jugar: Estados Unidos, Brasil y Puerto Rico. La restante la iban a disputar entre el Seleccionado de Garrone, Canadá y Venezuela. No era descabellado soñar con el batacazo. Sobre todo por cómo estaba jugando el equipo en la preparación y por el compromiso colectivo que se palpaba. Ni los viajes permanentes inmutaron la concentración del plantel. Y esos que fueron muchos: 13 vuelos en 20 días. Hubo un trayecto, durante el paso por Valencia, que se tuvo que hacer en combi. Era madrugada y el chofer no aparecía. Así que Montenegro tomó el volante y con el recordado Tourn de acompañante, manejó 240 kilómetros hasta llegar a Valencia. *“Estoy sorprendido –confesaba el propio Hernán-. Estamos jugando muy bien”*.

Cuando el plantel arribó a Estados Unidos terminó de comprender la dimensión del evento en el que iba a participar. Porque todo estaba decorado con pósters y gigantografías de las estrellas NBA, que por primera vez habían decidido participar de un torneo FIBA, que había cambiado sus estatutos en 1989 para permitir su ingreso. Era un auténtico Dream Team, con muchos de los mejores jugadores de la historia del básquet mundial (Magic Johnson, Michael Jordan, Larry Bird). Nunca hubo ni habrá otro equipo como ése. Y Argenti-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

na iba a enfrentarlo.

El debut de la Selección en el torneo (algunos partidos se transmitieron por aire en Capital Federal), fue con Panamá y terminó en cómoda victoria 94-76. No obstante, después llegó la derrota más dolorosa ante Canadá 87-80 y volvieron los fantasmas. Se desataron algunos conflictos internos (Montenegro y Miguel Cortijo insultaron en la cara a Garrone) y hasta se vieron algunas peleas entre jugadores en medio del partido. Para pasar de ronda había que derrotar sí o sí a Cuba, porque el siguiente partido era con Estados Unidos y no había chances de nada. Se le jugó a matar o morir. La conclusión fue un triunfo agónico y muy festejado por 73-71. *“En estos tres partidos envejecí más que en toda mi vida. Me peino y se me cae el pelo”*, afirmaba Garrone.

Contra los locales, todos los jugadores argentinos llevaron sus respectivas cámaras de fotos. Fue una jornada histórica (1 de julio del 92). La Selección llegó a estar al frente por 5-3 y luego se prestó al show (el partido terminó 128-87), con la presencia de 14 mil norteamericanos eufóricos. Quedaron para el recuerdo algunas perlitas hermosas como una finta de Milanesio que dejó descolocado a Jordan, un saludo de Charles Barkley a Montenegro (*“Me recordó de mi paso por Philadelphia”*, afirmó luego el Loco) y una bandeja volada de Espil a MJ, por la que recibió la felicitación de Magic. Campana fue el goleador con 19 puntos. Luego, en las declaraciones posteriores, los estadounidenses destacaron al 8 (Montenegro) y al 10 (Espil). *“Me pareció un equipo divertido”*, dijo Barkley. *“Juegan bien pero su defensa es mala”*, sentenció Jordan. Los argentinos, que se sacaron todas las fotos posibles, terminaron maravillados. *“Cumplí el sueño de mi vida”*, resumió Esteban Pérez. Y estaba en lo cierto.

Pero había que volver a la realidad: el cruce de cuartos ante Puerto Rico. Allí, el conjunto de Garrone jugó como nunca antes, sin

ALEJANDRO PEREZ - GERMAN BEDER

embargo, no le alcanzó, indudablemente el rival era superior. La derrota fue por 92-85 y la posición final fue el sexto lugar. La cuarta plaza disponible, a la que aspiraba Argentina, quedó en manos de Venezuela (con un gran Carl Herrera). Era tan frustrante estar siempre al borde de algo y no conseguir nunca nada, que la sensación que dejó el torneo terminó mutando de la indignación a la lástima. Así de triste. Así de penoso.

1993 - 1996

Un período olímpico

El 19 de febrero de 1993 Horacio Muratore, presidente de la ECABB desde pocos meses antes, anunció que el nuevo entrenador de la Selección Argentina iba a ser Guillermo Edgardo Vecchio. *“Por su prolongada trayectoria al frente de los seleccionados de cadetes, juveniles y sub 23, por los excelentes resultados, por su conducta intachable y porque siempre mantuvo una buena relación con los dirigentes”*, argumentó el dirigente tucumano. En una encuesta de ATEBA, que convocaba a los entrenadores a votar sus cinco opciones preferidas, Vecchio había sacado apenas tres votos y ninguno de ellos como primera variante. Evidentemente, el consenso no era absoluto. De ese sondeo León Najnudel fue elegido por el 96 por ciento de los encuestados, pero León no era políticamente correcto: decía lo que pensaba (y pensaba bien), lo que no era positivo para el ente oficial. Aunque el descargo del secretario Claudio Faini (más tarde separado de la función por manejos económicos turbios) fue distinto: *“Hay una campaña pro Najnudel con la que nos quieren presionar. Yo respeto la capacidad de León, pero éste será un trabajo a largo plazo. Por eso consideramos que Guillermo es el ideal.*

Fue el técnico que formó a la generación que llegará en plenitud a los Juegos Olímpicos”.

Lo cierto es que finalmente asumió Vecchio y aunque no fuera el más idóneo, al menos se ponía en marcha un proceso con continuidad hasta los Juegos de Atlanta 1996. *“Es lo más importante que me ha sucedido en mi carrera. Un gran orgullo y, a la vez, una enorme responsabilidad”*, fue su primera declaración a la revista Sólo Básquet. En esa entrevista también explicó la necesidad de crear una buena estructura y trabajar mucho en lo psicológico. *“Pienso que estamos para dar un gran salto gracias al mejoramiento que trajo la Liga Nacional”*, adelantaba, con Rubén Magnano y Roberto Vico como asistentes. El día de su presentación, el entrenador, de altísimo perfil, prometió: *“Vamos a poner al básquet argentino entre los mejores del mundo”*. Más allá de las características del típico chanta argentino que siempre acompañó a Vecchio, es cierto que de tanto prometer títulos, medallas y grandes triunfos, generalmente sin bases sólidas, terminó por inculcarles a los jugadores, sobre todo a los jóvenes, que se podía mejorar. Y eso fue algo positivo de su ciclo.

La primera concentración de 1993 fue en mayo y marcó algunos buenos indicios desde el costado dirigenal: se logró practicar fuera del CENARD (que estaba en pésimas condiciones) y reencauzar la deuda con los jugadores existente desde el Preolímpico de Portland. Eso sí, hubo bajas que indignaron al DT (sobre todo las de Campana, Richotti y Ossela): *“No los voy a llamar al Sudamericano. A la Selección hay que prestigiarla. Si no, es un quilombo”*. Al final hizo debutar al mejor proyecto joven, Jorge Racca (21 años y 1,98) y a la mayor promesa de hombre alto, Rubén Wolkowyski (19 años y 2,05). El equipo se presentó con solo 11 jugadores, porque el técnico incluyó a Milanésio (se sumó con el torneo empezado, tras la final de la Liga) y Espil, pero este, flamante campeón con GEPU de San

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

Luis, decidió descansar.

El torneo se iba a disputar en Guaratinguetá, Brasil, en mayo de 1993 y el objetivo de Vecchio era claro: *“Para mí, este Sudamericano, tiene la importancia de un Mundial porque hace mucho que no lo ganamos”*. En el primer partido la Selección aplastó a Ecuador por 117-70 y luego a Venezuela, por un apretado 85-83. Luego superó a Chile por 106-62, a Perú por 132-51, cayó con el local 91-82 y logró el pase a la final, tras derrotar, en suplementario a Uruguay por 99-97. En el juego decisivo, los brasileños ganaron por 84-76 y estiraron su paternidad sobre el conjunto nacional a 13 años. Al margen de este último dato es importante destacar que el equipo jugó a buen nivel, tuvo actitud y, sobre todo, compromiso. Parece poco, pero tomando como referencia los antecedentes inmediatos, era muchísimo.

El siguiente objetivo de Vecchio era el Panamericano sub 22, que se iba a disputar en Rosario con los mejores proyectos surgidos en años (incluidos Hugo Sconochini, alero de 1,92, y Marcelo Nicola, ala pivote de 2,07, dos figuras que ya estaban en Europa). Bueno, allí sí se pudo confirmar que las bases para el futuro eran sólidas, porque la Argentina logró el título y encima se cargó en la final a los estadounidenses (82-80). A Nicola, un personaje muy particular, excesivamente talentoso pero sin demasiado interés por la Selección, le sirvió para ser drafteado por Houston en la NBA semanas después. El rafaélino mostraba su personalidad y su desarraigo, declarando, con tono neutro: *“Aquí la gente no alienta. Tiene un freezer en el culo”*.

Pasada la euforia, el calendario puso como desafío el Mundial sub 22, en España, y el Premundial de mayores, en Puerto Rico. En el primer torneo, el equipo terminó sexto, un poco lejos del deseo general. En el segundo, se cumplió el objetivo y se clasificó al Mundial de Toronto. *“En este campeonato podemos salir primeros o décimos,*

somos una lotería”, anticipaba Montenegro. La preparación había sido floja, con derrotas crueles en Panamá, no obstante, a la hora de la verdad, la Selección dio la cara. La evolución más clara del ciclo Vecchio estaba en el compromiso colectivo. La Argentina pasó a ser un rival incómodo después de muchos años. Y aprendió a cerrar partidos. Lo hizo muy bien en el debut con Canadá, por ejemplo (93-83). Más tarde superó a Cuba (92-84), a Uruguay (94-90), cayó con el local (78-72), derrotó a Venezuela (93-82) y cayó con Estados Unidos 123-108, en suplementario. Su mejor desempeño lo realizó ante Brasil en el choque por el tercer puesto y triunfó 98-91, para dejar atrás la racha diabólica en los clásicos. Clasificación y fiesta. Al fin una buena. *“Este triunfo debe servir como punto de partida hacia la jerarquización del Seleccionado. Ganar así ayuda y alienta, pero no hay que conformarse. Tenemos que crecer de una vez por todas y no poner piedras en el camino. Es trabajo de todos: dirigentes, jugadores, cuerpo técnico y periodistas”*, fue el criterioso descargo de Uranga. *“Fue la mejor actuación de mi vida”*, resumió el bahiense Espil, eje de la clasificación y MVP del certamen.

Otro acierto: a falta de diez meses para el Mundial de Toronto, ya se había comenzado con la planificación y hasta se había entregado el plan de trabajo. Paralelamente, Muratore comenzaba a tirar sus redes en FIBA y se aseguraba la organización del Preolímpico en el país en una movida dirigenzial impecable. Los cambios estructurales tomaban color. Hasta sobraban opciones de amistosos... *“Podemos cambiar la historia del básquet argentino”*, manifestaba Vecchio, antes de Toronto, confiado. Y agregaba, polémico: *“No tomo en cuenta a la Liga Nacional a la hora de las citas. Porque no se puede jugar internacionalmente como se lo hace acá”*.

En los partidos previos al certamen (gira por Grecia, España y Rusia) el equipo rindió de manera irregular. Debilitado por la inespera-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

da baja de Montenegro (renunció en el inicio de la concentración por problemas con los viáticos, falta de agua en el hotel y otros motivos extradeportivos que lo indignaron, con cierta razón), se mostró indefenso en la pintura. Sin embargo, cuando el torneo comenzó, Argentina despertó. El desafío era simple: acceder a cuartos de final, esa barrera tan costosa. *“Mientras yo esté en la Selección vamos a luchar para estar en el podio”*, afirmaba el DT, un tanto enceguecido y con cierto desconocimiento del ambiente internacional, a días del debut. En el primer juego quedó demostrado que no había chances para podio. La Argentina cayó sin atenuantes ante la poderosa Rusia por 84-64 y luego con el local Canadá por 91-73 y confirmó que seguía lejos del nivel de las potencias. A pesar del triunfo con Angola (67-59), debió pasar a jugar por el noveno puesto, en la ronda consuelo. *“No quiero que nos pase como en todos los mundiales, que después de la etapa clasificatoria nos caemos del torneo. Hay que ir por el noveno lugar. Acepto que no es fácil en esta situación, pero hay que hacerlo. El que crea que esto se terminó, puede ir armando las valijas. Ahora empieza lo nuestro”*, exigía Vecchio, aturdido. Había recibido un golpe duro. Y lo que es más grave: había experimentado en el momento menos indicado. Porque, debido al mal momento de un Milanesio falto de confianza (levantó mucho en la segunda ronda y terminó como mejor pasador del torneo), se la jugó por Campana de base, relegando a Daniel Farabello, a quien ni siquiera tuvo en cuenta. En la segunda fase, el Seleccionado superó cómodamente a Albania (91-66), a Corea del Sur (103-85) y cayó con España 72-70. Y cerró la ronda consuelo con dos triunfos positivos: uno sobre Alemania (85-71) y otro sobre los españoles, con mínimo sabor a revancha (74-65). El campeón fue obvio: Estados Unidos, con su talentoso Dream Team II y su slogan (*“Qué vengan los extraterrestres”*, porque en la tierra ya no tenían rivales).

Una vez concluido el certamen, con balance positivo para la mayo-

ría, Héctor Camapana renunció: *“Quiero irme sin criticar. Durante los dos meses de preparación entrené como ayuda y después terminé jugando improvisado como base o alero, poniendo la cabeza ante jugadores más altos. Tuve que cambiar mi forma de juego a los 30 años. Ya está, no quiero hablar más”*, fue su descargo. Un nuevo y tormentoso Mundial había quedado atrás.

Al poco tiempo y, mientras la opinión supuestamente autorizada de los medios criticaba el hecho de estar siempre a años luz de los grandes rivales, Najnudel, con su clásica cabeza fría, manifestaba: *“No tenemos todavía la fuerza para enfrentar a las grandes potencias. No hay que molestarse por eso: es un trabajo de muchos años. Avanzamos, pero los demás también lo hacen. Es simple”*. Y agregaba: *“Es importante que la CABB haya conseguido el Preolímpico ahora. El trabajo va a dar sus frutos. No se puede trabajar sobre procesos cortos ni elitistas”*. Justamente el Preolímpico era el torneo que todos querían. Aunque antes había que afrontar los Juegos Panamericanos, que se disputarían en Mar del Plata, en el nuevo Polideportivo. Entre las novedades del equipo, Vecchio indultó a Montenegro, quien finalmente fue baja por lesión, y a De la Fuente y limpiar a Uranga, para darle rodaje a Fabricio Oberto (19 años, 2,06), un joven al que había llevado a Toronto como jugador número 13 y que surgía como gran proyecto. Había gran expectativa en la previa: como faltaban muchas figuras extranjeras, Argentina era favorito a estar en la final. El certamen no brindaba pases a ningún lado, pero la disciplina necesitaba una alegría. Ni más ni menos. Por eso, la ansiedad colectiva.

El Seleccionado debutó con un triunfo que sería premonitorio ante Estados Unidos por 68-67. Luego, superó a Uruguay (83-81), a México (90-80), a Puerto Rico (87-86), a Brasil (95-75) y a Uruguay (90-74), en la semi. En la final, volvieron a cruzarse con los norteamericanos y se repitió el ganador. Argentina venció por 90-86

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

y se consagró por primera vez en la historia, lo que generó un gran festejo. Como para descargar un poco las presiones.

La preparación para el esperado Preolímpico fue en el Sudamericano de Uruguay. Allí, Vecchio alternó sus variantes y probó diferentes jugadores, imposibilitado de contar con los mejores, que disputaban los playoffs de la Liga Nacional. En los primeros partidos tuvo altos y bajos: arrancó cayendo con Venezuela (91-79), aplastó a Paraguay (108-75), volvió a perder con Brasil (69-63), con el local (81-77) y superó a Chile (101-87). Todo pintaba para terminar muy mal, pero hizo una muy buena semi con los brasileños (65-61) y, finalmente, cayó sin atenuantes en el juego definitivo con la Celeste (89-74). *“Nadie daba dos pesos por nosotros y terminamos haciendo un buen campeonato”*, concluía con razón Horacio Beigier.

Eran tiempos de ondulaciones inexplicables: evidentemente, el equipo había dado un pequeño salto en el plano internacional. Sin embargo, seguían las renunciaciones, siempre surgían problemas a la hora de arreglar viáticos y el propio Vecchio probaba límites, con apenas un plafón de resultados dignos como respaldo. Por ejemplo, amenazaba con irse a Venezuela si no le pagaban una deuda, aunque nadie creía que lo concretara. Fue en ese año, 1995, cuando mostró su peor cara bastardeando a Muratore y buscando expandir su espectro laboral con el escudo del cargo. El dirigente lo soportaba, por que algunos resultados jugaban a favor del técnico.

Deportivamente había llegado el momento esperado: el Preolímpico, dividido en las sedes de Neuquén y Tucumán. Argentina buscaba volver a los Juegos. Por eso la motivación. Era la oportunidad perfecta y, además, muchos de los rivales otra vez estaban debilitados. Durante las tres primeras jornadas, en Tucumán (por infraestructura no estuvo a la altura del campeonato), el equipo rindió bien, con victorias sobre Venezuela, 83-66, Uruguay, 79-75 y Bahamas, 85-

66, pero después cayó frente al Brasil de Oscar por 83-78 y empañó su clasificación. Ya en la segunda fase, en Neuquén, superó a Cuba (86-81), a Dominicana (97-75), a Puerto Rico (105-70) y a Canadá (102-95). El quiebre se produjo exactamente luego del juego con los cubanos, porque hasta allí, el rendimiento había sido irregular. Y el pico más alto llegó ante los puertorriqueños, en la que tal vez haya sido la mejor actuación de la Selección en ese período. La semi fue contra Brasil. Pero no hubo margen para los temores: con una gran actitud colectiva, Argentina ganó 87-82 y se metió en Atlanta 1996. Y la final terminó significando un detalle nomás, porque el objetivo ya estaba conseguido, a pesar de la derrota con Puerto Rico 87-86. *“Lograr esta clasificación es lo máximo a lo que un jugador de básquet puede aspirar. Los Juegos son más que un Mundial”*, señalaba Diego Osella, el jugador más destacado del torneo, tras los festejos. En el mismo momento, Vecchio no pudo con su genio e inexplicablemente confirmó a los mismos 12 jugadores para Atlanta’1996, sin evaluar que en ese año por delante podrían ocurrir muchas cosas. Sin embargo, en medio de la alegría se le perdonó todo, porque el básquet argentino volvía a ser olímpico después de 44 años...

La cercanía del evento en el que todos querían estar presentes no fue suficiente para que el comienzo del trabajo resultara turbulento. Porque Vecchio impuso un ritmo duro en el cronograma y los jugadores lo sintieron hasta llegar al disgusto. Ni los citados que protagonizaron la final de la Liga (Milanesio, Osella, Espil, Oberto y Racca) tuvieron descanso mínimo. *“Estamos 20 años atrás de todos y ustedes quieren vacaciones. Tenemos que laburar el doble, no podemos esperar. Buscar una posición digna en Atlanta requiere esfuerzo. El que así no lo entienda, que se vaya”*, fueron las palabras del entrenador a su plantel. Y nadie más abrió la boca. Un poco por el respeto ganado por Vecchio y otro poco por la ansiedad de no perder un lugar

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

en el torneo más esperado. Los 12 elegidos fueron los mismos del Preolímpico, dejando fuera a Sconochini, que se destacaba en Italia. *“Soñar no cuesta nada. Podemos hacer un buen papel. Pero hay que tener los pies sobre la tierra y comprender que hay cinco o seis seleccionados que están por encima de Argentina en este momento”*, afirmaba, con habitual criterio, Juan Espil. Estaba en lo cierto. La Selección tenía un buen equipo.

Su debut era nada menos que contra el Dream Team III, jerarquizado por la presencia de Karl Malone, Scottie Pippen, Shaquille O’Neal, Hakeem Olajuwon, John Sotckton y Charles Barkley, entre otras figuras. Quedará para la historia el resultado del primer tiempo que terminó 46-44 para los locales (Espil, 20 puntos) y dejó enmudecido al estadio Georgia Dome de Atlanta, con 36.500 personas adentro. El partido luego recuperaría la cordura y terminaría 96-68 para los norteamericanos. Pero el susto valió la pena.

Luego, sucedió lo de siempre, con un agravante negativo: cada vez se estaba más cerca de las potencias, por lo tanto, el dolor de las caídas era, también, cada vez más difícil de asimilar. En el segundo partido se consiguió un histórico triunfo ante Lituania (Sabonis, Marciulionis) por 65-61. Eso ratificaba el crecimiento con el que Vecchio siempre sacaba pecho, no obstante, el técnico mostró una pésima planificación, porque sobreexigió al equipo en ese partido, que no modificaba en nada la situación argentina, y allí perdió por lesión a tres hombres importantes: Nicola, De la Fuente y Wolkowyski. Entonces, al decisivo partido ante China, el equipo llegó debilitado, además de jugar mal, sufriendo una evitable derrota por 87-77. Y todo lo bueno se diluyó en un instante.

Más tarde vino una lógica caída con Croacia (90-75) y un correcto cierre con Angola (66-62). No alcanzó para pasar a cuartos. Entonces hubo que conformarse con otro noveno puesto, tras vencer a Corea del Sur (97-79) y después a Puerto Rico (87-77). *“No me arrepiento*

de nada”, dijo el técnico, una vez concluido el certamen. Y de regreso al país, agregó: *“Tengo todas las pilas para seguir un proceso olímpico más, pero ya no depende de mí”*.

El contrato de Vecchio acababa el 31 de diciembre de 1996. Así que, a comienzos del año siguiente, comenzó a negociar con la CABB por su situación: ese año había Sudamericano en Venezuela y Premundial en Montevideo. El 23 de abril se confirmó su salida. Dijo que no a la contraoferta de la CABB y cerró su ciclo. Quería un aumento del 100 por ciento de su salario, aunque se sabía que siempre estaba dispuesto a negociar. En un principio, Muratore le había ofertado un 25 por ciento más, a lo que Vecchio se negó burlonamente. Luego, le propuso otro 25 más. Y el DT tampoco aceptó. Exigía 10 mil dólares de sueldo en un país que caminaba hacia la recesión. *“No le podíamos pagar eso. Hicimos todo lo posible para retenerlo, pero no estamos en condiciones de firmar por algo que después no vamos a poder cumplir”*, concluyó el caso Germán Vaccaro. Entonces Vecchio, que sabía que su continuidad no se había concretado no solo por lo económico, se despidió indignado: *“Lamento cortar el proceso porque veníamos realizando un buen trabajo. Simplemente pedí lo que creo que cuestan mis servicios. No hicieron esfuerzos por retenerme. Algún día voy a volver”*.

Bien. Esta es la versión pública de lo que pasó. Pero hubo otra. La realidad es que a los dirigentes de la CABB les molestaba mucho el perfil alto del entrenador y sobre todo los provechos que sacaba de la Selección con sus negocios particulares. Se decía que influía para llevar al equipo a jugar a diferentes plazas del país (en estadios con pisos duros que fastidiaban a los jugadores) y luego se quedaba con una parte. Se decía también que sacaba beneficios de las publicidades estáticas en los amistosos. En fin. A la hora de la renovación, para colmo, había pedido una cifra insólita. Así y todo nadie se animaba

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

a cortarlo. ¿Por qué? Desde siempre, Vecchio se había encargado de resaltar sus contactos con puntas del gobierno menemista. Ante eso la CABB sentía cierto temor de alguna represalia, ya que las partidas del Estado servían para sostener económicamente los gastos de las selecciones.

Hasta que un periodista de Clarín, una noche, llamó directamente a la casa de Hugo Porta, en ese momento Secretario de Deportes de la Nación. Le explicó la situación y éste le aclaró el panorama: “*Decile a Muratore se sienta libre de hacer lo que quiera. Nosotros no tenemos ningún tipo de compromiso con Vecchio, ni nos metemos en esas decisiones de las Federaciones*”. Instantáneamente el periodista llamó a Vaccaro. “*Qué buena noticia, ya le aviso a Horacio*”, dijo el pampeano. Y se terminó la historia. Muratore respiró aliviado. Ya no quería saber más nada.

1997 - 1999

Etapa de transición

Mientras Vecchio sangraba por la herida tras su rápida desvinculación del seleccionado y declaraba que se había ido “*por la puerta grande*” y que la gente en la calle le rogaba que vuelva, la dirigencia ya trabajaba sobre su reemplazante. No hubo duelo. No había tiempo. Rápidamente, surgieron dos candidatos obvios: Rubén Magnano y Julio Lamas. Pero el cordobés se adelantó y desestimó la oferta porque quería seguir en Atenas. “*Les agradezco que me hayan tenido en cuenta pero el llamado no llega en un buen momento por todas las obligaciones internacionales que tiene mi club este año*”. Lo esperaba la final de la Liga Sudamericana, la cual le brindaría luego un pase al Campeonato McDonald’s, torneo organizado por FIBA que contó con la presencia de los Bulls de Michael Jordan y en el que los cordobeses realizaron un deslumbrante papel y fueron terceros.

Por descarte, entonces, el puesto quedó para Lamas, quien en ese momento estaba con las finales de la Liga con Boca, con el que alcanzaría su primer título. “*Hice méritos para llegar hasta acá*”, expresaba, tímido. Sus asistentes iban a ser el propio Magnano, Enrique Tolcachier y Víctor Daitch.

El comienzo del ciclo fue negativo. En la primera citación de Lamas para el Sudamericano de Maracaibo en junio de 1997, instantáneamente, se bajaron cuatro jugadores: Milanésio, Espil, Nicola y Ossela. Es decir, el paso inicial ya era inesperadamente falso. De los 15 escogidos por el DT a la primera práctica faltaron otros cinco (Wolkowyski, Sconochini, De la Fuente, Villar y Racca). Se realizaron seis amistosos previos al torneo. *“No llegamos en forma, ni tampoco pudimos realizar demasiadas prácticas todos juntos. Hay muchos jugadores nuevos que no pudieron probarse en situaciones límite. Pero no hay excusas, sólo pensamos en salir campeones”*, indicaba Lamas. Lo mejor de ese Sudamericano fue el debut en la mayor de Sconochini y Montecchia. Argentina, como casi siempre, se quedó sin nafta en el momento decisivo. Arrancó con todo: victorias sobre Ecuador, 85-59, Chile, 76-40 y Perú, 95-37; luego cedió con el local 70-69 (perjudicado por los jueces) y festejó ante Brasil por 91-87. Para alcanzar el título debía ganar y esperar que los brasileños derrotasen a Venezuela. Pero las esperanzas se esfumaron antes de tiempo tras la caída con los uruguayos en un final cerrado (80-78). El único que se mostró dolorido por el desenlace negativo fue Sconochini. El resto, nada. *“No respondimos como equipo”*, fue la conclusión del técnico.

El calendario, impiadoso, imponía rápidamente un nuevo compromiso en el camino que había que superar sí o sí: el Premundial de Montevideo en agosto de ese 1997. El problema eran los citados porque, en una situación extraordinaria para el básquet argentino, de pronto, Lamas se encontró con que algunos de sus convocados no podían sumarse a las prácticas por presiones de sus clubes en Europa. *“Las actitudes de los clubes me cansaron –sostenía Muratore-. Primero el Barcelona me negó a Nicola, después el Real a Victoriano y ahora me dicen que Kinder no quiere ceder a Sconochini. Si esos*

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

equipos no cambian su postura y Stankovic no hace nada, no vamos al Premundial. Y estoy hablando en serio". Para colmo de males, en un amistoso que sentaría precedentes para la historia que se escribirá en los capítulos siguientes, los jóvenes integrantes de la selección sub 22 le dieron una paliza a los mayores (77-58). No era todo: también hubo que dar de baja a Montecchia por una lesión en la rodilla izquierda, Sconochini se presentó para constatar un desgarró, Oberto se lesionó los ligamentos y hasta se debió convocar de urgencia a Héctor Campana, quien no tuvo reparos, dejando atrás un viejo conflicto con el técnico, cuando ambos estaban en Olimpia, para sumarse de última. A todo esto, en los amistosos el equipo tenía gravísimos problemas de juego. La única buena era que habían cedido a Victoriano...

Aún con ese panorama negativo, Espil, ya de regreso al plantel, exigía: *"Hay que clasificar sí o sí. No estar en el Mundial sería una catástrofe. Perderíamos todo lo que logramos hasta ahora"*. Lamas se movía por el mismo eje argumental: *"Los inconvenientes que tuvimos durante la preparación deberán quedar como una anécdota para nosotros"*. Fue lo que sucedió: absolutamente enfocado en el objetivo, el seleccionado inició su camino con victorias sobre Cuba (81-73), Brasil (68-65) y México (99-76). Ya clasificado, cerró el Grupo A con caída frente al local (70-69).

Sin embargo, en la segunda fase, el cielo oscureció por completo tras dos angustiantes derrotas con Puerto Rico (88-83) y con Venezuela (87-85). Y se terminó de nublar luego de ceder ante Estados Unidos 91-78. Para meterse en Grecia 98, la Argentina dependía casi de un milagro: debía superar a Canadá, pero además necesitaba que Cuba superara a Venezuela y que Puerto Rico le ganara a Uruguay. De esa manera, accedería a un sufrido cuarto lugar que le permitiría llegar al Mundial. La combinación de resultados se produjo y la Selección consiguió el último pasaje. Fortalecido por el triunfo de los cubanos, el equipo de Lamas salió al segundo turno y, con un Milane-

sio magistral, cumplió con lo suyo ante Canadá y festejó 81-76. Sólo faltaba la mano de los puertorriqueños, que llegó sobre el cierre de la jornada y que desató la locura en el hotel donde se alojaba el plantel. Por la ayuda, más tarde, Luis Villar juntaría dinero entre los integrantes de la delegación para comprarle cervezas a Cassiano y compañía. Se cerraba un año discreto, sólo rescatable por el cuarto puesto de los sub 22 en el Mundial de Australia, que le permitió a Lamas comprobar, al menos, que había bases sólidas para una transición.

En ese torneo, los jóvenes proyectos confirmaron condiciones y estuvieron a la altura de las máximas potencias europeas. La dolorosa eliminación en semifinales, frente a los locales, decretó la ilusión de pelear por el primer lugar. Pero no modificó en nada el balance general. *“Aquella derrota con los australianos fue una de las caídas más duras que tuve como entrenador. En el vestuario no sabía qué decirle a los chicos, encima muchos estaban destruidos. Todavía lo recuerdo con tristeza”*, confesaría Lamas muchos años después. Tal vez, el máximo éxito de su gestión fue haber sabido explotar ese talento que tenía entre las manos y no temerle al recambio.

El Mundial de Grecia 1998, en julio, marcó un quiebre. El final de una etapa y el comienzo de otra. La despedida de un grupo de jugadores con buenas intenciones pero repleto de inseguridades y desconocimiento del básquet internacional y el asentamiento de otro, mucho más ambicioso y unido, junto a los “extranjeros” Sconochini y Nicola. El torneo en sí marcó la única convivencia concreta que se produjo entre ambos sectores. Porque Lamas no temió el hachazo. El DT, por ejemplo, se la jugó por Emanuel Ginóbili (21 años y 1,98) en lugar de Racca, en una decisión inteligente pero polémica. Y lo mismo hizo al no convocar a Campana y sí apostar por Pepe Sánchez (22 años y 1,90). Era un momento extraño, novedoso: por primera vez seis de los 12 jugadores que iban a representar al seleccionado en un Mundial

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

jugarían en la temporada siguiente en el exterior.

Durante la preparación, en la escala previa a Atenas, el equipo participó de los Juegos de la Buena Voluntad, en Nueva York. Y muchos de los integrantes pudieron conocer el Madison Square Garden (el estadio más legendario del mundo) por primera vez. La reacción generalizada fue de asombro: “*Es el Luna Park del mundo*”, gritaba Milanesio apenas salió a la cancha. Estaba como un niño. Probaba la línea de triples de la NBA (a 7m25) y relataba haciendo de cuenta que era John Starks, estrella de los Knicks, la franquicia emblemática de los locales. Todos se sacaban fotos. “*Le hicimos unas reformas al Ceruti, ¿vieron? Quedó lindo*”, bromeaba Ossela con los periodistas presentes, desatando la risa de un Ginóbili que debutaba oficialmente con los mayores. Cinco años después, Manu volvería al Madison, pero como jugador de los Spurs.

La gira, en total, duró 38 días, pasó por seis ciudades y constó de 16 amistosos (11 victorias). “*Ya estamos cansado de estos viajes. A veces nos despertamos y ni sabemos qué día es*”, afirmaba Wolkowyski. No obstante, había ilusión. La Selección llegaba bien.

En el debut se corroboró ese estado: enorme victoria ante Australia por 66-62, luego otra cómoda contra Nigeria 68-51 y una caída inexplicable ante España por 68-67, tras haber fallado una cantidad inadmisibles de tiros libres: 18 de 32.

La segunda fase comenzó con una previsible derrota con Estados Unidos 87-74 y otra, también esperable, ante Lituania 84-75. Entonces, como en el Premundial, pasó a depender de resultados ajenos, como que Estados Unidos superara a los australianos, para acceder a cuartos de final, que era el gran desafío del grupo. Y, como en Montevideo, la suerte jugó de su lado. El conjunto de Lamas ganó 86-76 el duelo con Brasil y festejó con el cómodo triunfo norteamericano (96-78). Enfrentaría a los yugoslavos en cuartos. “*Deben estar agarrándose la cabeza que chocan con nosotros*”, bromeaba Lamas jun-

to a su cuerpo técnico en las tribunas, mientras se concretaba la paliza estadounidense.

El anhelo inicial estaba cumplido: después de 31 años, la Argentina lograba meterse entre los ocho mejores en un Mundial, jugando de visitante. Sin embargo, el conformismo histórico comenzaba a ceder terreno. Porque también existía, sobre todo de parte de los más jóvenes, una dosis de confianza para enfrentar a la gran potencia: total, no había nada que perder. *“No renuncio a la ilusión”*, destacaba el entrenador. La frase de la bandera que colgarían los 50 fanáticos argentinos un ratito antes del juego sintetizaría a la perfección el estado de situación: *“Tenemos más hambre que alegrías”*.

El partido fue totalmente parejo. La Selección rindió a un nivel superlativo y estuvo a la altura del cruce, obligando a los yugoslavos, que luego serían campeones, a exigirse al máximo hasta el minuto final. Así y todo no le alcanzó y cayó por 70-62. El plantel sintió el golpe y, en su gran mayoría, se despidió del Mundial tras la derrota. Por eso en los partidos por el quinto y séptimo puesto, ante España (77-64) y Lituania (77-76), respectivamente, el rendimiento fue mediocre y sólo se conservó el orgullo por el empuje de Ginóbili y Pepe Sánchez, dos que terminaron marcando el camino defensivo a pesar de su poca experiencia en el plano internacional (De la Fuente y Osella, por citar dos casos, directamente no jugaron). *“Cumplimos con la meta de meternos en cuartos. Después, en el mismo torneo, no supimos replantearnos la situación y mejorar con resultados lo ya conseguido. No tuvimos la capacidad mental para quedar entre los seis mejores. Pero ahora a algunos les parece que es mejor salir novenos y ganar partidos ante rivales de menor jerarquía, que terminar octavos y pelear mano a mano con las potencias”*, fue la sentencia de Lamas. Algo había empezado a cambiar.

El año 1999 venía cargado para la Selección. Esperaban tres torneos

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

en dos meses: Sudamericano en Bahía Blanca, Preolímpico en Puerto Rico y Juegos Panamericanos en Winnipeg. Salvo este último, los otros dos eran de vital importancia para el técnico. El primero porque no se ganaba desde 1987 y el otro porque otorgaba dos únicas plazas para los Juegos Olímpicos de Sydney 2000. Un solo lugar, en realidad, porque Estados Unidos había confirmado la presencia de nueve estrellas de la NBA en su plantel.

El destino quiso que en este pasaje del ciclo se terminara de profundizar el recambio: *“Al Mundial fuimos con un mezcladito, pero llegó el momento del recambio generacional concreto y deben aparecer nuevos líderes”*, explicaba Lamas. Las renunciadas casi pegadas de Milanesio, De la Fuente y Ossela a la convocatoria, más la confusa ausencia de Nicola, generaron un conflicto, pero forzaron a acelerar la cuestión. No había vuelta atrás. La salida más dolorosa, obviamente, fue la del base, por todo lo que había representado para la selección. Aún cuando el puesto quedaba en excelentes manos (Montecchia, Victoriano y Sánchez). *“Fueron 12 años de mucho esfuerzo y quiero irme en un buen nivel. Es el día más triste de mi carrera”*, destacaba el cordobés. Atrás habían quedado 125 partidos, 17 torneos, cuatro mundiales, dos títulos (Sudamericano 87 y Panamericanos 95) y 965 puntos. Hay que saber reivindicar a este hombre. No vaya a ser cosa que los éxitos posteriores de la Generación Dorada empañen su asombrosa carrera. Milanesio fue uno de los mejores armadores de la historia argentina y con su estilo marcó una época.

La preparación arrancó con siete jugadores de la sub 22 cuarta en Australia. *“Con este grupo tenemos calidad y gran actitud. Perdemos en experiencia pero podemos sorprender a más de uno. Se puede ganar con los pibes”*, anticipaba Lamas. Ahí andaba un pibe que era más pibe que los demás (19 años) y que esperanzaba por sus brillantes cualidades en la pintura: Luis Scola. El ala pivote de 2,06, debía jugar el Mundial Juvenil que se disputaba por esos días. Sin embargo,

contra su deseo y a pedido del técnico, terminó yendo al Sudamericano y el Preolímpico. Su proyección ya era notable.

El optimismo colectivo se tradujo en resultados ni bien iniciado el Sudamericano: Argentina humilló a Perú (107-49), a Ecuador (111-37), a Colombia (94-58) y a la Venezuela del reaparecido Guillermo Vecchio (98-72). Luego en semis derrotó a Uruguay (82-75). Para variar, en la final esperaba Brasil. Y Brasil siempre le costó al seleccionado. Con un trabajo de hormiga el equipo de Helio Rubens desgastó al local, le trasladó toda la presión y se quedó con el título (73-67). El golpe fue durísimo y le quitó respaldo a Lamas. *“Ahora que perdimos veremos qué reacciones surgen de cada uno. Se produjo una transición generacional grande y observo que el equipo tiene un techo muy alto”*, fue su primer análisis. Y luego tiró un palito: *“Hay que hacer algo para no tener que armar un equipo distinto en cada torneo. Para que Ginóbili, por caso, tenga las mismas ganas de jugar en la Selección dentro de tres años”*.

Lamas sabía muy bien que se jugaba una parada brava en el Preolímpico. Pero tenía fe. Y eso que Oberto, fundamental en su esquema, se le había bajado, para hacer una prueba con los Knicks, en su intento por entrar en la NBA. Días después lo hizo Wolkowyski, al decidir operarse. Lo bueno es que tenía de nuevo a Sconochini, quien, con muchísima inteligencia, rápidamente había distinguido las diferencias entre este nuevo grupo y aquél del Mundial, del año anterior. *“En Grecia viví una situación complicada, por eso terminé jugando mal, me frustré. Me pareció que muchos compañeros buscaban la conveniencia personal. Este plantel es distinto, lo noto en la convivencia diaria. Todos empujan de la carreta. No sé si es mejor equipo, pero los chicos por lo menos tienen otra manera de actuar. No son egoístas”*, afirmaba, sin caretas.

La Selección comenzó con una derrota frente a Canadá (77-70) y

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

luego siguió con un triunfo ante Cuba (81-76) y una previsible caída frente a los Estados Unidos (103-72). En ese encuentro se produjo una acción de la que se hablaría durante mucho tiempo: la protagonizó Andrés Nocioni, un joven alero de apenas 19 años que hacía sus primeras armas en la mayor y que había sido reclutado con 15 años por Najnudel, en Racing. Quedaban 4m35s para el final y el resultado estaba 72-34. El santafesino recibió el balón sobre la derecha y penetró por debajo del cesto sin ningún margen de especulación. Lo esperaban Tim Duncan y Kevin Garnett, dos de las máximas estrellas de la NBA de ese momento. Y se la volcó a los dos en la cara con una tremenda definición pasada. Los seis mil espectadores estallaron. Al ratito hubo tiempo muerto y los argentinos se le tiraron encima a su compañero, incrédulos. En el otro banco, Jason Kidd le secreteaba a Garnett que se vengara. Lo cierto es que al regreso del minuto, Garnett palmeó a Nocioni y le dijo algo así como *“la próxima te reviento”*. Concluido el juego, el NBA relataría en detalle el final de ese diálogo: *“Le dije es que si volvía a intentarlo iba a quebrarle la muñeca”*.

Después vino un triunfo cómodo con Uruguay (97-81) y, más tarde, otro ante Venezuela por amplio margen (95-71). El quiebre argentino se produjo contra los locales, en un partido perfecto (101-96), con siete mil personas gritando en contra y Scola brillando (22 puntos). La posterior victoria con Dominicana (85-71) sentenció el pase a semifinales. La Argentina necesitaba de una combinación de resultados para evitar al Dream Team, algo clave al haber sólo había dos plazas disponibles. Pero ahora, la suerte no acompañó. La segunda etapa se completó con éxito frente a Brasil (79-77).

Previendo el desenlace, Lamas se adelantó a los hechos: *“Si este Preolímpico hubiese otorgado la cantidad de plazas habituales para los Juegos y no dos como ahora, hoy estaríamos todos locos festejando la clasificación para Sydney. De todos modos, creo estamos jugando en alto nivel y que tuvimos las mejores producciones desde*

que estoy en el seleccionado. Se jugó con una frescura, intensidad y entrega fabulosa. El futuro es inmenso y estoy muy contento con el trabajo de estos chicos". Tenía toda la razón del mundo.

En la semi Estados Unidos no permitió equivalencias, salvo durante los primeros cinco minutos, y venció 88-59. Larry Brown, entrenador del ganador, quedó encantado con los argentinos. *"Argentina fue la revelación del torneo. Y tiene un DT de primera categoría. Pienso invitarlo a un campamento de verano para que conozca más de cerca la NBA. Hasta este juego todos los rivales habían salido a la cancha a sobrevivir. Era lo único que les importaba. Los argentinos no. Fueron el mejor equipo que enfrentamos. Nos salieron a ganar y nunca se dieron por vencidos. Tuvimos que ponernos serios. Y me parece una verdadera injusticia que se queden fuera de Sydney"*, indicó. Para ratificar estas palabras, al día siguiente, la Selección superó de vuelta a los locales 103-101, con un Sconochini soberbio, y se quedó con la medalla de bronce redondeando un certamen muy interesante. Brown, para aquél momento, era un fan más del elenco conjunto nacional. Y hasta se metió en el vestuario una vez terminado el juego con los boricuas para saludar a Lamas y sus jugadores.

Quedaba un torneo, sin ninguna trascendencia real: Juegos Panamericanos de Winnipeg. Allí Argentina se presentó con una base del equipo de Puerto Rico y otro grupito que participó del Sudamericano (se bajaron Espil, Sconochini, Montecchia y Scola, éste último por decisión del cuerpo técnico). La Selección empezó perdiendo 96-83 en un duelo caliente con los puertorriqueños en el que Nocioni le metió una trompada a Antonio Látimer. Después superó a Canadá (73-67) y cerró la zona con éxito ante Uruguay (79-77). Para ese entonces Látimer ya se había encontrado con Nocioni en el comedor de la villa panamericana y le había devuelto la trompada, ayudado con una deslealtad de su técnico, Julio Toro. Y las federaciones se

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

habían mandado a pedir disculpas. En la semi, Estados Unidos volvió a oficiar de verdugo y eliminó a los argentinos de la lucha por el título tras superarlo 86-74. Sin resto físico ni anímico, no quedaron fuerzas para buscar el bronce. Y Puerto Rico lo aprovechó: paliza 87-60 sin incidentes.

Una vez concluido el exigente cronograma, Lamas se tomó un descanso. Sabía que tenía entre sus manos un tesoro. Que el esperado despegue estaba más cerca que nunca y que se avecinaban tiempos de gloria. Sabía todo eso (o al menos lo imaginaba). Pero también desde hacía un tiempo él tenía el deseo de dirigir en España. El paso del tiempo lo terminó de meter en una encrucijada, cuando en noviembre de 1999 el Tau Cerámica formalizó su interés, tras despedir al técnico que tenía y ofertarle cerca de 14 mil dólares mensuales (ganaba seis mil en la CABB). Y le llegó el momento de tomar una decisión. Vaccaro, en un gesto de grandeza, lo aconsejó: *“No voy a hacer nada para impedir que se vaya, es una oportunidad única que no puede desaprovechar. Además también va a ser importante para el básquet argentino que vuelva a haber un DT nuestro en Europa”*. Entonces Lamas juntó valor, renunció y, en silencio, se fue a Vitoria (donde se encontraría con Espil, Nocioni y Oberto). Con apenas 35 años se preparaba para ser el tercer entrenador local en llegar al Viejo Continente. Los anteriores habían sido José María Cavallero (Mataró, 78-79) y Najnudel (Zaragoza, 1983).

“Dejo el equipo nacional porque acepté la propuesta del Tau y firmé contrato por dos temporadas. Ir a dirigir a España es un gran avance en lo económico. El seleccionado fue mi vidriera, me brindó la posibilidad de que me conozcan y nada me pone más orgulloso que haberlo dirigido”, fueron sus palabras el día de la despedida. Y cerró con un tibio balance: *“Jugamos tres mundiales en distintas categorías y en todas mejoramos las posiciones respecto de participaciones*

ALEJANDRO PEREZ - GERMAN BEDER

anteriores. Eso es contundente, la Selección va para arriba porque tiene buenos jugadores jóvenes”. El lo sabía mejor que nadie.

2001

Abróchense los cinturones

La salida de Julio Lamas complicó a la dirigencia, que quedó sorprendida, con un buen proyecto a medio concluir y con la obligación de cubrir un lugar de no fácil reemplazo. Sin embargo, había que seguir adelante. Surgían dos alternativas concretas: Rubén Magnano, que había sido asistente de Garrone, Vecchio y del propio Julio, y Enrique Tolcachier, quien en ese momento dirigía a Ferro. El preferido era Magnano. Así que en marzo, antes de concluir su temporada como DT de Boca, tuvo su primer acercamiento con la CABB. Rápidamente hubo acuerdo económico y en junio se anunció su contratación por cuatro años. *“Antes no estaba sentimental preparado para agarrar. Ahora es mi momento. Quiero mantener lo conseguido y elevar el nivel del básquet argentino en el mundo”*, fueron sus palabras el día de la presentación. Había que aprovechar el margen de tiempo que brindaba el calendario, dado que el equipo había quedado afuera de los Juegos de Sydney 2000 y, por primera vez en años, no tenía actividad oficial. Era un momento perfecto para barajar y dar de nuevo.

La CABB había firmado en 1998 un convenio con la cadena de televisión ESPN, que más allá de la transmisión de los partidos, algo

que ya no era novedad, le permitía organizar un cuadrangular internacional, el Super 4, que con el tiempo se consolidó en el calendario habitual de la Selección.

Precisamente el debut de Magnano llegó en el primer Súper 4, organizado en Buenos Aires en agosto de 2000. Los rivales eran Brasil, Eslovenia y España B y la Argentina terminó tercera, con un plantel con varias ausencias. Luego, el equipo participó en otro hexagonal, en Río de Janeiro, en el que se obtuvieron resultados que alentaban un progreso: victorias sobre Grecia y los locales y caídas ante Portugal y Rusia (dos veces, una en suplementario).

Lo que sí parecía preocupante era el rubro bajas. Porque el escenario respecto de ese tema se planteaba espinoso. Un poco por la inestabilidad del país y otro poco por las facilidades que encontraban los jugadores para emigrar a Europa, se produjo un furioso éxodo masivo que debilitó la competencia interna y forzó al entrenador a tener que lidiar siempre con el dilema de las distancias, las presiones de los clubes y la falta de respuestas. Su postura al respecto parecía clara: *“Pelearé con los soldados que tenga y esos para mí serán los mejores. Tengo la ilusión de llegar al Mundial y clasificar a los Juegos”*. No obstante, Magnano no era ignorante: *“Hay que saber mirar el vaso medio lleno también: al menos los jugadores progresan en ligas competitivas como las europeas. Y adquieren un roce internacional imposible de lograr acá. Como se mueven en ámbitos internacionales, eso los hace crecer en ese aspecto también”*.

Por allí pasaba el debate en un año muerto. ¿Se repetirían las renunciaciones como en años previos, esta vez, a escalas incalculables por tanto éxodo?, ¿o se impondría el compromiso de la nueva camada que venía empujando, cuyo compromiso con la camiseta argentina parecía marcado a fuego?

Hay años que quedan marcados por iniciar o cerrar etapas. El de

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

2001 quedará en la historia del básquet argentino por haber decretado tácitamente el despegue de la Generación Dorada. Porque si bien la mayoría de los integrantes del plantel ya habían compartido equipo en selecciones menores e, incluso, algunos ya estaban asentados en la mayor, fue allí cuando el grupo se consolidó y se adueñó definitivamente de la Selección.

Después de un tiempo de gestión, la CABB había logrado adjudicarse la organización del Premundial, en una jugada política valorable. Era la gran oportunidad de demostrar ante el propio público que, el despegue que se diagnosticaba a gritos en el ambiente, podía concretarse. La sede escogida fue Neuquén, que ganó terreno sobre otras variantes, gracias a dos comodines: el estadio Ruca Ché, con capacidad para 4.654 personas, y la influencia del gobernador Jorge Sobisch, amante del básquet.

Cada uno de los 12 integrantes de aquel plantel final llegaba al torneo con brillantes antecedentes individuales en sus respectivos equipos. Repasemos algunos casos: Emanuel Ginóbili venía de ganar Liga y Copa de Italia y Euroliga con Kinder Bologna, Pepe Sánchez y Rubén Wolkowyski, de disfrutar sus primeras experiencias en la NBA y Fabricio Oberto, Andrés Nocioni y Lucas Victoriano, de lucirse en España. La base, obviamente, tenía su raíz en el plantel que había logrado el cuarto puesto en el Mundial sub 22 de Australia 97 (ocho jugadores). Pero también estaba, por ejemplo, Hugo Sconochini, quien, convencido por Magnano, aceptó el desafío y volvió a la Selección después de una inactividad forzada de más de cinco meses por un antidoping positivo de nandrolona. Para destacar fue el esfuerzo de Luis Scola. El bonaerense acababa de lograr la medalla de bronce en el Mundial de Japón (donde terminó como goleador), pero cuando le comunicaron que había sido convocado, no dudó en posponer el inicio de sus vacaciones y sumarse inmediatamente: voló 12 mil kilómetros, con escalas en Toronto y San Pablo. Una travesía

de 36 horas para llegar el mismo día del debut.

La atmósfera positiva tenía justificativos tangibles: Argentina llegaba al Premundial tras ganar el Sudamericano en Valdivia, Chile, y festejar en el Súper 4 realizado en Ferro, donde venció a Lituania (bronce olímpico en 2000) ante una inusitada cantidad de público (hasta hubo gente que quedó afuera) que, tal vez, preveía lo que se venía.

Pequeñas acotaciones sobre lo de Valdivia: se logró el título después de 14 años con un rendimiento parejo (terminó invicto) y ráfagas de brillantez. Allí Magnano aprovechó para concentrar a todos: a los que jugaban el torneo y a los que esperaban por Neuquén. Y bajó línea concreta: trabajo, disciplina, compromiso. Nadie alzó la voz. *“Sonará exagerado pero, para mí, este equipo, hoy en día, está sólo por debajo de Estados Unidos y Yugoslavia”*, avisaba el entrenador puertorriqueño Flor Meléndez. El tiempo le daría la razón.

La expectativa popular superaba cualquier vaticinio. Porque esta Selección realmente prometía. *“Enfrentaremos un pequeño examen”*, pronosticaba Ginóbili los días previos. Y lo fue. Por lo pequeño. La Selección arrasó y conquistó el título con un rendimiento que, claramente, excedió al certamen. Salvo pequeños sofocones ante Brasil, en la primera fase (donde ganó en suplementario 108-98), en todo el resto de los choques mostró una superioridad abrumadora: palizas sobre Uruguay (103-63), Estados Unidos (108-69), Venezuela (90-73), Islas Vírgenes (98-77), Panamá (115-87) y Canadá dos veces (85-76 y 97-76). En la final volvió a cruzar con los brasileños y tampoco hubo ningún tipo de equivalencias (78-59).

El equipo, que tuvo un promedio de casi 23 puntos de diferencia en sus victorias, terminó invicto y estiró su racha de triunfos consecutivos a 26 partidos (contando juegos no oficiales). De esa manera obtuvo por quinta vez consecutiva un lugar en un Mundial, que se realizaría un año más tarde en Indianápolis. Había sed de gloria.

2002

El verdadero Dream Team

Dice Rubén Magnano que el equipo argentino que dirigió en el Mundial de Indianápolis en agosto de 2002 fue el que mejor jugó de todos los que tuvo a su cargo. Mejor, incluso, que el conjunto que luego se quedaría con el oro en los Juegos Olímpicos de Atenas 2004. Es muy posible que su análisis sea acertado. Porque en ese torneo el nivel desplegado marcó uno de los picos más altos de la historia del básquet argentino. Como se mencionó, la Selección venía en posición ascendente después de un recambio necesario de jugadores y del asentamiento de un grupo de jóvenes talentosos y comprometidos. Pero nadie esperaba tanto.

Argentina llegaba a Indianápolis con un objetivo básico (mejorar la actuación de Grecia 98). No obstante, implícitamente, todos y cada uno de los integrantes eran conscientes de que el sueño de una medalla no era utópico. Por los resultados previos, por el momento individual de cada uno y por la exitosa gira de preparación. El equipo realizó una exigente concentración en Colón y luego disputó once amistosos de los cuales ganó diez. En total la gira previa duró 35 días. Y no todas fueron rosas. El profesionalismo cada vez

más marcado del plantel encontró su contraste en cierto amateurismo dirigencial a la hora de armar el calendario. Por eso los jugadores debieron soportar viajes muy largos, problemas con los asientos de los aviones, errores en las combinaciones aéreas, hoteles horribles y amistosos muy seguidos. El colmo se vivió en Culiacán, México, donde se jugó con más de 40 grados en una cancha resbaladiza y con un arbitraje ridículamente localista. Fue la única derrota de toda la preparación. “*Ese partido no lo ganaba ni Yugoslavia*”, recuerda a la distancia Magnano. Demasiado desgaste. El malestar de los integrantes del plantel se duplicó cuando escucharon un rumor de que la CABB había sacado el doble de las ganancias anunciadas por esa visita a México. Y se quintuplicó cuando algunos comprobaron que la dirigencia viajaba en Business y el resto de la delegación en clase Turista. Hasta hubo un par que, incluso, amenazaron con abandonar la concentración.

Lo cierto es que nadie se fue. Y que el descargo del vicepresidente Germán Vaccaro, calmó las aguas: “*El dinero que cobramos en México lo usamos para pagarle los salarios a los jugadores hasta el comienzo del Mundial. También sirvió para abonar la estadía en Detroit, de casi seis mil dólares; el viaje interno de Detroit a Indianápolis en micro; el seguro de los jugadores y la estadía de cuatro personas de nuestra delegación durante el torneo, ya que la organización se hace cargo de 17 integrantes. El resto del cachet se destinará a la participación del seleccionado femenino en el Mundial de China. Acá las cuentas están claras y los integrantes del plantel lo saben*”.

La realidad es que ya no había tiempo ni interés para conflictuar. El grupo llegó con sonrisas a Indianápolis. “*Por suerte, terminó lo peor. Nos hartamos de armar bolsos y viajar. Ahora queremos parar un poco, descansar y quedarnos diez días en un lugar. El año próximo tendremos que plantear muy bien el tema de la gira. Jugamos en*

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

lugares peligrosos para nuestra integridad física”, declaraba Ginóbili.

Magnano, en un punto, coincidía con Manu: *“El saldo de los amistosos es favorable, pero creo que hubiera sido necesario enfrentarnos con más equipos europeos para tener un mejor parámetro. La crisis no lo permitió”*. La crisis tampoco había permitido que el cordobés cobrara su sueldo en los seis meses previos. Y es que la situación política y económica del país era realmente delicada. Fernando De la Rúa había debido dejar la presidencia a fines de 2001, por un estallido popular en contra y la estabilidad institucional pendía de un hilo. En ese tramo, millones de argentinos perdieron sus ahorros, se crearon monedas paralelas y pasaron cinco presidentes en 12 días. Con la asunción de Eduardo Duhalde, el panorama mínimamente se aclaró. No obstante, no era épocas como para tirar billetes al cielo. De hecho, la cobertura de los medios fue discreta, debido a los pocos enviados especiales que hubo. Sobre este contexto turbio, el propio Magnano temía, según dijo en Clarín: *“no responder a la expectativa de la gente, que hoy busca en el deporte alegrías que no encuentra en otros ámbitos (...) Esto es deporte, se gana y se pierde. Hay gente que no lo entiende, como pasó en el fútbol”*.

El eslogan del torneo era simplista: *“Cientos de estrellas, 62 partidos, 16 equipos, 11 días y un campeón”*. El eslogan argentino, iba por otro lado: *“sexto puesto, de mínima”*. Desde 1967, en el Mundial de Uruguay, la Argentina no conseguía un puesto mejor que el sexto; incluso en los últimos cuatro certámenes, no había superado la mitad de la tabla de posiciones (es decir, el octavo lugar). *“Todos estamos muy enchufados porque el desafío es grande. Y para mí la oportunidad es única, porque ya anuncié mi despedida de la Selección después del Mundial. Este seleccionado tiene bien cubiertos los puestos y cuenta con una gran ventaja, la de poseer un muy buen banco de suplentes. En realidad, es casi imposible saber cuáles son los titula-*

res y cuáles los suplentes”, confesaba el capitán Hugo Sconochini. Estaba en lo cierto el santafesino. A los 13 minutos del juego debut, ante Venezuela ya habían ingresado los 12 integrantes del plantel. No hubo equivalencias en ese partido. La Selección aplastó a su rival 107-72.

Llegaba entonces Rusia, a quien nunca se había podido derrotar en partidos oficiales. Otra paliza: 100-81. Luego vino Nueva Zelanda (112-85), la clasificación a la siguiente fase y la confirmación de que Argentina estaba en llamas. Para ese momento, Ginóbili, que había arreglado su llegada a San Antonio Spurs días atrás, era perseguido por toda la prensa local y recibía elogios de todos lados. Incluso, de Gregg Popovich, su futuro entrenador, que estaba como asistente en el equipo estadounidense.

En la segunda fase, el primer rival fue China, con el gigante Yao Ming (2,26), al que defendieron muy bien y así llegó la cuarta paliza: 112-85. *“Más allá de mi rendimiento, lo importante es que en este Mundial nuestra Selección muestra otro estilo. Antes hacía control y pinchaba la pelota. Ahora este equipo demuestra que está adaptado a la vanguardia del básquet europeo”*, recalcaba Ginóbili. La Selección, en efecto, daba espectáculo, pero para pocos espectadores, porque el Mundial no pegaba en el público de Indiana. Situación curiosa, dado que se consideraba a esa ciudad como la cuna del básquet norteamericano (argentinos, cerca de 100). El conjunto de Magnano seguía su camino sin mirar a las tribunas. Lo que siguió fue el primer gran batacazo del campeonato: victoria ante Alemania 86-77 con un brillante trabajo de Rubén Wolkowyski (el único argentino sin club hasta ahí), que limitó a la estrella Dirk Nowitzki a un 3-15 de cancha. Ese fue el primer choque que se vivió con mayor euforia en el país, el primero que se pudo ver en muchos bares por interés de los propios clientes. Con este triunfo el seleccionado se encaminaba a un choque de cuartos de final duro: Yugoslavia. La única manera de

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

evitarla era derrotar al Dream Team en la jornada final de la segunda fase, es decir, en el partido que se avecinaba. Pero eso era una locura. ¿Era una locura?

La historia marcará que el 4 de septiembre de 2002, la Argentina acabó con el invicto de 58 partidos del equipo estadounidense conformado por figuras de la NBA. Eso quedará como dato frío. Pasaron muchas otras cosas. *“Mis equipos siempre salen a ganar, no entra en mi cabeza otra cosa. Aunque, claro, no como vidrio. Voy a evaluar la condición física del plantel, el descanso que podamos tener hasta el siguiente partido y las posibilidades que nos depara el cruce con los rivales del otro grupo...”*, afirmaba Magnano en la previa, al tiempo que Alejandro Montecchia les comentaba a los compañeros: *“Muchachos, soñé que ganábamos”* y todos se le reían.

Sin ser la mejor versión del Dream Team, tenía algunas figuras jerarquizadas como Reggie Miller, Paul Pierce, Jermaine O’Neal o Baron Davis. *“Sería hermoso e histórico bajarlos. Pero lo más importante es el cruce. Quizá se hace un gran esfuerzo y luego sentimos el desgaste”*, confesaba Ginóbili. En eso se debatía el plantel argentino: en el romanticismo de Montecchia y el criterio de Manu. Hasta que la pelota fue al aire y se acabaron las especulaciones. Ese grupo no iba a poder regular jamás, porque tenía demasiada sed de gloria acumulada. Así que, ante los ojos del mundo, rompieron con cualquier pronóstico y abrieron una nueva era en el básquet internacional, que posteriormente se intensificaría de forma rotunda. La victoria fue por 87-80 y generó el descontrol de los 80 hinchas argentinos que terminaron gritando más que los 4.500 locales. Las postales se sucedían segundo a segundo: Marcelo Milanesio saltaba sobre los pupitres de prensa del RCA Dome, Magnano lloraba, los jugadores saltaban en la cancha y hasta los dirigentes celebraban tras perder la línea. El periodista Osvaldo Orcasitas (O.R.O.), destacaba en el diario Olé, un argumento fundamental para encontrar la raíz del momento heroico

que acababa de vivir el básquet argentino: *“Los doce integrantes son producto de clubes argentinos y tuvieron su crecimiento en nuestra Liga Nacional, donde todos fueron debutando entre 1988 y 1996. Siete se consagraron campeones”*.

Nadie tomaba real dimensión de lo vivido. Los jugadores tenían miedo, no caían, seguían enloquecidos. Y eso que no sabían la popularidad que habían ganado en el país, donde la gente había comprado tanto compromiso y altruismo después del fracaso de la Selección de fútbol en el Mundial de fútbol de Corea y Japón. Por su parte, los estadounidenses no podían creer la derrota. *“Me saco el sombrero por Argentina. Jugaron un gran básquet”*, expresaba el técnico George Karl, en medio de las críticas de toda la prensa de su país. *“No pensábamos que eran tan buenos. El cinco (Ginóbili) hizo lo que quiso. Esto fue avergonzante”*, aseguraba Baron Davis. La repercusión fue masiva e instantánea. Vlade Divac, por ejemplo, se acercó a felicitar a Wolkowyski. *“Antes me pasaba por al lado y ni me miraba”*, confesaba el chaqueño. En el hall del hotel, José Piculín Ortiz, estrella de Puerto Rico, tomó la palabra ni bien llegó la delegación argentina y les dijo: *“Por fin les dieron una patada en el traste a estos prepotentes que se creen que tienen la verdad del básquet y que lo único que hacen aquí es ir a jugar al golf. Esta es la mejor lección a su soberbia”*. Tras la cena, en la concentración, Magnano convocó a una reunión grupal para que ninguno se olvidara de Brasil. Manu también quería aplacar los ánimos: *“No sirve de nada todo este esfuerzo si no ganamos el partido de cuartos”*. Pero la excitación era difícil de controlar y algunos jugadores prácticamente no pudieron dormir.

El juego de cuartos de final fue duro durante el primer tiempo. Después Magnano hizo reaccionar al equipo y ya no hubo más dilemas: victoria 87-76 y pase a semis. Síntesis de la notoriedad que había logrado el seleccionado, una vez terminado el partido Ginóbili salió por teléfono en el programa de Marcelo Tinelli, Videomatch. Hasta

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

Diego Maradona escribió una carta. Contó que veía todos los partidos y que había quedado disfónico después del triunfo con Brasil. *“Me gusta mucho este grupo. Hay garra, calidad y sobre todo hambre de gloria. No me gusta que digan que Ginóbili es el Maradona del básquet, porque las comparaciones no son buenas. El pibe es un fenómeno y por su gran trayectoria ya tiene un nombre en este deporte. No hace falta que le digan Maradona. El es Ginóbili y en una cancha de básquet hace todas las maravillas que te puedas imaginar. Otro que me encanta es Nocioni. Mete unos huevos bárbaros”*, destacaba Diego.

Ante Alemania, fue una batalla. Es que Argentina jugó casi todo el partido sin Manu, lesionado en el tobillo derecho después de un triple en el segundo cuarto (quedaban 5m21). Un bestial Fabricio Oberto condujo al triunfo 88-80, que colocó a la Selección en la final después de 52 años. El equipo había asegurado su medalla. Una locura. Y lo más fuerte era que el plantel no se conformaba con nada. Producto de esa ambición, nunca antes vista en la Selección, el salto de calidad fue más fácil de asimilar en el tiempo. Magnano recuerda el momento de la baja de Ginóbili con dualidad: *“Su lesión en la semifinal fue una gran preocupación para todos. Pero no lo podíamos hacer notar en el grupo, por eso mentalizamos al resto de que se podía ganar igual y que se debía realizar un esfuerzo mayor”*. En las encuestas, el equipo se afirmaba como máximo favorito con el 38% (al inicio del Mundial tenía el 1%) y los jugadores se valorizaban a cada segundo. Además de Ginóbili, Pepe Sánchez había arreglado con Detroit, Luis Scola recibía los primeros tanteos de San Antonio (ya había sido draftado), Oberto era mencionado como un tesoro y Nocioni causaba impresión positiva por su actitud defensiva.

Llegaba el momento esperado. Llegaba la intimidante Yugoslavia, con Divac, Bodiroga y demás figuras. Ahí sí que el país se paralizó para ver la final. Hasta los campeones del 50 se juntaron para verlo

por TV en el club Palermo. En la cancha había casi dos mil argentinos. Argentina cayó por 84-77 en suplementario, después de dominar en el marcador durante gran parte del partido y de sufrir uno de los robos más grandes de la historia de los mundiales a manos de los árbitros, el griego Nikolaos Pitsilkas y el dominicano Reynaldo Mercedes, tal vez influenciados por el secretario general de FIBA, Boris Stankovic (sí, el del Mundial 90), también yugoslavo y con 26 años de antigüedad en el cargo. Se equivocó Pitsilkas al pitar una falta de Scola que no fue a Divac y repitió Mercedes al tragarse el silbato en el foul de Marko Jaric a Sconochini, en la última jugada del tiempo regular, cuando el juego estaba empatado. Hugo, capitán del conjunto argentino, no anduvo con vueltas: *“Tengo la sensación de que nos robaron el partido. La Argentina no tiene peso político como Federación, algo que sí tiene Yugoslavia. Por eso, los árbitros no tuvieron coraje para cobrar la falta de la última jugada. Fue un papelón”*. Sánchez, por su parte, agregaba: *“Si el árbitro no me expulsó después de todo lo que le dije, fue porque sabía que estaba equivocado. Lo insulté de arriba abajo en inglés. Le pedí por favor que me echara, que me hiciera dar cien años de sanción porque ya no me importaba nada más. Pero no quiero hablar más de esto porque parece que nos estamos justificando”*. Y Ginóbili sentenciaba: *“Duele que te roben el oro, porque es algo que no vas a recuperar nunca”*. Lo de Manu fue más duro todavía. Quiso jugar y le dieron el gusto, pero cuando entró se comprobó que ni podía moverse. Hay una imagen del bahiense, que terminó en el quinteto ideal del torneo, que vale mil palabras y quedó para siempre en el recuerdo: está todo el plantel posando para la foto con la medalla de plata en el pecho y él sentado a un costado, mirándola con desazón.

Los jugadores volvieron al hotel y enseguida fueron convocados a la habitación 1105, que ocupaba el dirigente César Cedrón, jefe de la delegación. Allí los esperaba Magnano, quien primero los felicitó y

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

luego les pidió que dimensionasen la conquista. Eso derivó en algunos festejos posteriores, parciales. En el avión de regreso, realmente volvió la alegría. *“La empresa que nos auspicia decidió hacer una inversión a futuro y regaló 13 asientos en primera clase”*, explicaba Vaccaro, mientras Sánchez sin perder el tiempo y haciendo usufructo de todas las bondades del servicio, le pedía un fino vino blanco y repetía en voz alta: *“Cómo nos cambió la vida, eh”*. Atrás quedaba el periplo de todos los viajes en clase turista.

La llegada a Ezeiza tras 13 horas en el aire trajo la dimensión real de lo que el equipo había generado: 600 personas recibieron al equipo con cantitos y pedidos de autógrafos en plena Terminal B. Ginóbili andaba con bastón, aunque después de un rato, lo perdió en la multitud. La situación se desbordó. De hecho, la conferencia de prensa que se improvisó en el lugar, fue protagonizada por la gente. El más descontrolado era Sconochini, quien había anunciado su retiro de la Selección previo al torneo, y estaba como en un viaje de egresados. El recorrido del plantel siguió durante toda esa tarde y hasta incluyó una visita al Presidente Duhalde (Sánchez no concurrió: *“No lo voté, no me siento representado”*, confesó). Mientras tanto, Vaccaro ya le sacaba punta al lápiz de los negocios: *“Hace un rato estuve conversando con nuestro asesor de marketing, para ampliar ese departamento, porque las ofertas son muchas. Hay firmas multinacionales que quieren la camiseta del equipo. Llegó la hora de ponernos los pantalones largos y darle al básquet el espaldarazo que nació acá”*. Una nueva etapa, novedosa para todos, acababa de comenzar.

2003 - 2004

Coronados de gloria

El subcampeonato de Indianápolis puso a la Selección Argentina en el cielo. Aparecieron nuevos sponsors y decenas de ofertas para giras. Pero no había tiempo para dormir una siestita en los laureles: el torneo que seguía era el Preolímpico y había que jugarlo porque entregaba apenas tres plazas para los Juegos de Atenas. Por eso, antes de que terminara de procesarse el nuevo status del Seleccionado y el éxito puntual de Emanuel Ginóbili (primer campeón argentino en la historia de la NBA ese año), hubo que ponerse las zapatillas y volver a la cancha.

El torneo iba a realizarse en Puerto Rico. Una vez más la influencia de sus dirigentes le había otorgado la sede. En cuanto a la conformación del plantel, Magnano no dudó mucho. Mandó un equipo B a jugar el Sudamericano en Montevideo (terminó en el segundo lugar) y decidió una sola variante respecto de Indianápolis: Federico Kammerichs por Sconochini, quien había anunciado su retiro de la Selección. Salvo Oberto, Wolkowyski, Sánchez y Kammerichs, los otros ocho jugadores ya habían estado en el Preolímpico anterior, en 1999. El recambio era un hecho. *“Será una revancha. En el 99*

hicimos un gran torneo y nos quedamos afuera porque sólo había dos plazas. Espero que esta vez no se nos escape. Vengo con una sola idea: clasificar. Nunca estuve en un Juego Olímpico y no quiero perdermelo”, afirmaba Ginóbili. Había cuatro rivales directos: Estados Unidos, con todas sus figuras y sediento de venganza, Puerto Rico, el eterno local, Canadá, con el NBA Steve Nash como abanderado, y Brasil, siempre peligroso. Cinco seleccionados para tres lugares.

Durante la preparación surgieron mínimos roces, jamás reconocidos, entre el DT y algunos integrantes del plantel por la exigencia en el trabajo. Sólo de esa manera se puede justificar la contradicción en las declaraciones de una y otra parte. Afirmaba el cordobés: *“Vamos a llegar bastante bien, ocho puntos. No en plenitud porque es muy difícil que un conjunto llegue en su mejor forma a un torneo, pero sí estamos como lo veníamos planeando”*. Contestaba Manu: *“Camino del Mundial, también tuvimos una gira durísima, pero fue después de salir de la Argentina. Este año, la que hicimos en el país también fue pesada. Sabemos que Argentina no pasa por un buen momento y que los dirigentes tienen que recaudar dinero, pero estoy seguro de que esto no es lo mejor”*. Y sentenciaba: *“En el amistoso que perdimos en Chiapas en un momento nos pasaron por arriba. No tuvimos reacción física ni anímica. No es una excusa, pero estamos pesados; tenemos menos piernas que una foto carnet. Estamos entrenando muy fuerte y viajando demasiado. Igual, no es justificativo para la derrota”*. El cruce terminó ahí.

La preparación había sido tediosa para todos. Porque otra vez habían tenido que viajar mucho y otra vez había tenido que soportar riñas con los mexicanos, rivales en el debut del torneo, en una serie de tres amistosos (2-1 Argentina). Para colmo, a la selección azteca la dirigía nada menos que Guillermo Vecchio, acusado por Ginóbili de incitar al público a violentarse en uno de esos partidos de preparación. *“No estoy para pendejadas”*, respondió el DT.

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

Vecchio, excéntrico como siempre, había agarrado al equipo de México diez meses atrás pero en las notas con medios nacionales repetía la palabra “*ahorita*” cada tres frases, con acento impostado. En lo suyo (dirigir), seguía siendo talentoso. Por eso planteó un partido perfecto a los argentinos en el debut y robó un triunfo impensado por 91-89. “*Los vi shockeados a los jugadores en el vestuario... Y les dije que rara vez nos había tocado vivir un escenario así, triste, pero que esto tenía que servir como un aprendizaje, que habíamos perdido un juego importante pero que el torneo recién comenzaba*”, recuerda Magnano.

La reacción rápida llegó ante Uruguay (91-60) y luego frente a Canadá (94-90). Después vino un buen triunfo ante los puertorriqueños (85-80) y otro con Brasil (76-64). Si bien el equipo no desplegaba el juego del Mundial, al menos, había sacado a la luz su fuego sagrado. Y eso no era poco.

El siguiente choque fue con Estados Unidos. Los norteamericanos habían declarado que, si podían, ganarían por cien puntos. Un mensaje que indignó al plantel argentino. Por eso Magnano pidió alerta al ver la adrenalina de sus hombres en las horas previas: “*Jueguen tranquilos, no se lastimen, este partido no vale nada*”. Al final, Estados Unidos ganó 94-86, con ayuda arbitral, jugando al límite y lejos de poder brillar.

La Selección ya estaba de vuelta. O eso parecía porque al siguiente enfrentamiento cayó con la humilde Venezuela por 97-92 en uno de los partidos más malos que se le recuerden y con otro cierre muy pobre de Manu, cuyo torneo no era bueno. “*Creo que jugamos mal, nos confiamos... Me gustaría pedirle perdón a la gente en la Argentina por este papelón. No nos vamos a caer*”, aclaraba Alejandro Montecchia, que había cometido varios errores en el cierre. Ni la paliza a Dominicana (102-72) pudo terminar de hacer olvidar esa caída. Desde la Argentina, increíblemente llegaban críticas duras. “*Es lógico*

que la exigencia sea mayor, pero la gente cree que ahora debemos ganar siempre por 30... Y no es así. A Brasil, Puerto Rico y Canadá, que están en un nivel similar, los vencimos por poco. Somos un equipo fuerte, con química porque hace rato que jugamos juntos. Pero si no hacemos bien las cosas, nos gana cualquiera. Se vio con México y Venezuela”, argumentaba Nocioni. Y tenía razón en un punto. Había subido el nivel de pretensiones después del Mundial. Ya no caía bien una derrota inesperada. Esos defectos colectivos que antes pasaban de largo porque eran de un “grupo talentoso en formación” habían pasado a ser juzgados con notoriedad. Era el peso del éxito, ni más ni menos. Como dice el poeta Carlos Solari: “Cuanto más alto trepa el monito, así es la vida, el culo más se le ve”.

Al final, toda aquella polémica terminó reducida a la nada: Argentina aplastó a Canadá por 88-72 con un Manu en llamas (26 puntos) y el equipo selló su pase a los Juegos por cuarta vez en la historia. La final fue una paliza de Estados Unidos, que esta vez sí obtuvo su venganza (106-73). Con el objetivo cumplido y ese juego definido mucho antes de la chicharra, el público argentino comenzó a cantar en señal de agradecimiento. Y los puertorriqueños se prendieron y hasta los NBA aplaudieron. Entonces el plantel se paró del banco y se sumó a la distancia. Y cuando los árbitros pitaron el final, todos bailaron de cara a la bandeja celeste y blanca. Y cuando Magnano preguntó dónde estaban Nocioni y Ginóbili, le señalaron la tribuna: allí los vio a Chapu, a Manu, a Victoriano y a Scola metidos entre la gente. Ya no podía retarlos.

Había que ver las caras de los jugadores para comprender la dimensión de los hechos: estaban en el cielo. Había que verlos saltando en el medio de la cancha descontrolados. Los Juegos de Atenas marcaron un quiebre en la historia del básquetbol argentino. Nunca antes se había obtenido un logro tan alto como una medalla de oro, nunca

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

antes un partido televisado de la disciplina había tenido cerca de 22 puntos de rating. Pero todo esto pasó en 2004. Un torneo épico desde la perspectiva que se lo quiera analizar, que rompió con la monotonía de décadas y décadas de arrimar y nunca concretar. Porque ese título quebró con años de desdicha, de utopías, ilusiones y muchísimos fracasos. Y coronó de gloria a la mejor camada de basquetbolistas que se haya visto por estas tierras.

La Selección llegaba a Atenas con el objetivo de una medalla. No obstante, a raíz de los resultados obtenidos durante toda la gira preparatoria, no se podía vislumbrar un gran torneo. El conjunto de Magnano había terminado último en el Súper 4 de Córdoba, tercero en el Diamond Ball de Belgrado y segundo en un cuadrangular en Madrid. Lo más grave no era la falta de resultados: lo grave era que el equipo no jugaba a nada. El caso de Ginóbili era el que mejor sintetizaba el escenario: falta de confianza, bajo en lo físico y desconectado en lo deportivo (acababa de casarse, de irse de luna de miel y de enterarse de un malogrado intento de secuestro a su hermano Sebastián), parecía frustrado.

Lo que se percibía desde afuera lo confirmó Gabriel Fernández con su propio pensamiento: *“Poco antes del debut lo vi a Manu y le dije a Pepe: ‘Si este muchacho no levanta, estamos en el horno’. Pero al mismo tiempo me dejaba tranquilo que Luifa estaba muy concentrado. No quería hacer nada que no fuera entrenar y jugar. Ahí me di cuenta que algo bueno iba a hacer”*.

Algunas crónicas periodísticas, que hablaban de conflictos internos y molestias con el DT, fastidiaron al plantel. Eran todas mentiras. Cuando el equipo se instaló en la Villa Olímpica el clima cambió por varios factores. Primero, porque los jugadores pudieron reencontrarse sin tanta euforia alrededor (la estaba en Argentina, en ese aspecto, había sido insoportable), y segundo, porque, sin el compromiso de los amistosos, el grupo explotó al máximo sus falencias y virtudes

en prácticas privadas. *“Pensé que iba a ser peor la Villa, estamos bastante bien”*, confesaba Manu al diario Olé. Su crecimiento en el ramo de la popularidad había hecho que cualquier movimiento suyo tuviera repercusión y que, hasta integrantes de la propia delegación argentina, se acercaran a pedirle fotos. *“Me pedían autógrafos a mí creyendo que era él. Bastante duro que me confundan con ese naringón feo”*, bromeaba Alejandro Montecchia, que estuvo a punto de renunciar, porque no se recuperaba de una lesión.

En cuanto a la conformación del equipo, esta vez sí habían surgido algunos cambios. Porque Magnano logró convencer a Sconochini de que volviera al Seleccionado y, tiempo más tarde, Herrmann y Delfino se metieron en el plantel definitivo, tras un excelente desempeño en el Sudamericano de Campos dos Goytacazes, donde Argentina se consagró bajo la dirección técnica de Fernando Duró. Quedaron fuera Kammerichs, Victoriano y Palladino. Las primeras grandes bajas.

El día del debut, esperaba Serbia y Montenegro, ex Yugoslavia, es decir, el rival con el que se había perdido la final de Indianápolis. Y fue una digna revancha: Argentina venció 83-82 con un doble de Ginóbili a sólo dos décimas para la chicharra. Todo pasó muy rápido: Serbia ganaba por uno, quedaban 3,8 segundos y sacaba Argentina de abajo del aro. Montecchia, que luego se compararía con Héctor Enrique (por el pase a Maradona en el segundo gol a los ingleses) avanzó con la pelota hasta donde pudo, se la pasó a Manu y éste, con marca encima, resolvió con un tiro muy poco ortodoxo que dio en el tablero y se metió. Como para ponerle un pincelazo más de mística a su biografía personal. El héroe quedó tendido en el suelo y todos sus compañeros se le tiraron encima, eufóricos, mientras Magnano daba una suerte de vuelta olímpica, descontrolado de alegría. *“Lo único que quise hacer fue largar la pelota. Sabía que no quedaba tiempo y cuando llegó solamente la solté. Creí que iba a lanzar el Puma... Tuve suerte que entró. Fue el mejor tiro de mi vida. Una definición*

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

milagrosa sería la mejor manera de explicarlo. Un zapato”, reconocería luego. Dicen que en el sector argentino de la Villa el triunfo se festejó con tanta efusividad que los tenistas, judocas y otros atletas que se sentaron frente al único televisor disponible, debieron pasar luego varios minutos limpiando la sala ya que había quedado tapizada con yerba y restos de comida que volaron por el aire tras el disparo del bahiense.

Lo que siguió después fue algo más relacionado con el nivel que se había evidenciado en la etapa preparatoria: derrota ante la poderosa España 87-76. Más tarde llegaron dos triunfos, uno claro ante China (82-57) y otro sufriendo ante Nueva Zelanda (98-94), y el pase a cuartos. El cierre del Grupo fue con caída ante Italia, aunque no importó porque no influía en nada (76-75). *“Somos incapaces de mantener una performance consistente en el nivel de juego”*, explicaba un poco molesto, pero con razón, Magnano.

Para colmo, en el cruce esperaban los locales, que vivían el torneo con especial motivación. *“Es a matar o morir, seremos héroes o nada”*, afirmaba Panagiotis Giannakis, técnico del seleccionado local. *“Es clave para el futuro del basquetbol griego”*, agregaba el alero Frangiskos Alvertis, una de las figuras del equipo. Luego Sco-nochini, que había jugado en ese país explicaría los motivos de tanta pasión: *“Ellos son una bandera y van detrás de eso. Son increíbles. Pasionales, impulsivos y sanguíneos”*. Oberto, por su parte, como para ponerle un poco más de tono épico al cotejo, también mandó un mensaje en la previa: *“Hace mucho tiempo que venimos pensando en este día, el del cruce, que define todo. Nosotros también nos jugamos la vida. Y si bien de uno a diez estamos en siete u ocho puntos, confío en que en este momento importante el equipo aparecerá en su mejor nivel. Como ocurrió otras veces”*. Y sin dudas que el equipo apareció. Porque supo revertir un trámite adverso ante 19 mil personas en contra y logró un triunfo fundamental (69-65) sin jugar del

todo bien. Allí se comprobó la importancia de la rotación, porque el hombre que cambió el partido fue Herrmann, cuya participación hasta allí había sido nula.

Entonces, una vez más, como tantas veces en este libro, apareció en el camino Estados Unidos. En esta ocasión con un nuevo Dream Team, con figuras como Stephon Marbury, Tim Duncan y Allen Iverson y jóvenes que luego se consagrarían como LeBron James, Carmelo Anthony y Dwyane Wade. Los NBA llegaban de eliminar nada menos que a España e iban por más. *“Hay que aprovechar sus falencias, vienen muy cansados”*, pronosticaba Manu. Y vaya si las aprovechó la Argentina. Con un juego efectivo (11-22 triples) y dinámico, limitó todas las vías de gol de los norteamericanos y se quedó con un triunfo por 89-81, que garantizaba, como mínimo, la medalla de plata. Como mínimo. Porque apenas terminó el partido de semi, después de los festejos, de las felicitaciones en persona del máximo dirigente de la NBA, David Stern, de la euforia y la locura (a Muratore lo metieron de prepo en las duchas), los jugadores, incluido Oberto, que había salido lesionado (manotazo ilegal de Marbury, no iba a poder estar en la final), se reunieron en el vestuario y juramentaron no relajarse. Había que ir por el oro. *“Sólo hubo un Dream Team y ése fue el del 92. Este es un grupo de jugadores que deseaba estar aquí: se merecen un buen reconocimiento. Pero enfrentamos a un rival mejor. No se trata de culpar a nadie, sino de darle crédito a la Argentina”*, afirmaba Gregg Popovich, asistente técnico de los estadounidenses, antes de pedirle a Manu que no volviera a San Antonio sin la dorada. Ni el más absurdo de los utópicos podría haber imaginado una frase semejante 20 años atrás. No obstante, la ambición de este grupo era capaz de derribar cualquier barrera. Apuntaba Montecchia: *“Lo que estamos haciendo es algo histórico y me parece que todavía no nos damos cuenta. Pero falta un partido más. Porque estamos a un paso”*.

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

El otro finalista, sorpresivamente, era Italia, que había metido varios batacazos, el último ante los lituanos. Pero ni siquiera pudo presentar real equivalencia. El equipo de Magnano fue muy superior y lo terminó liquidando por 84-69. Siempre será recordado ese día, ese sábado 28 de agosto de 2004, porque terminaría siendo uno de los más importantes de la historia del deporte argentino. Tanto el fútbol como el básquet se quedaron con el oro en sus respectivas disciplinas y aportaron dos medallas del máximo valor a la delegación nacional para superar la actuación de Helsinki '52 (un oro, dos platas, dos bronce). La del básquet fue mucho más complicada, obviamente, por la calidad de los rivales y la jerarquía del evento, ya que los Juegos, en el ámbito FIBA, son más fuertes que el Mundial. *“Es un día único. Imposible de explicar lo que siento en este momento. Creo que es lo mejor que me pasó en mi carrera. Ganamos con autoridad y demostramos estar a la altura de la medalla que tengo colgada”*, sostenía emocionado Ginóbili, quien luego sería olvidado increíblemente por la delegación al momento de dejar el estadio. Los 12 jugadores subiendo al podio, la bandera en lo más alto, el himno y la emocionante premiación serán postales que cada amante del básquet contemporáneo a esa fecha tendrá guardadas en su corazón.

Luego, el capítulo policial de la historia: en silencio, Ginóbili (MVP del torneo) había cambiado una camiseta con un empleado de la organización por la pelota del partido. La metió en un recoveco de su habitación de la Villa y se fue a festejar. Tenía el tesoro que todos pretendían. Pero... *“Me la afanaron. En la pieza tenía la compu, el bolso con ropa y la pelota. En un momento salí a la calle y desapareció del lugar. Ya tengo 11 sospechosos. Quizás de una patada la mandaron a Roma...”*, explicó en La Nación, acusando implícitamente a Sconochini que jugaba en esa ciudad. *“Manu es un mentiroso. Yo no la tengo. A su habitación se metieron unos desconocidos... Creo que entraron borrachos y le patearon la pelota por*

ALEJANDRO PEREZ - GERMAN BEDER

la ventana”, se defendió Hugo. Nadie le creyó. Esa historia, aún hoy, siete años después, sigue abierta.

Unos días después del regreso, cuando se calmaron un poco las aguas y pasó la euforia generalizada, el reflexivo Scola confesó: *“Toda mi niñez soñé con estar en un Juego Olímpico y ganar la medalla de oro. Y se me dio. Cada vez que recuerdo pasajes del torneo, me emociono. Nunca olvidaré los momentos que viví en Atenas”*. Nunca nadie lo olvidará.

2005 - 2006

Lo difícil es mantenerse

Tras la partida imprevista, o no tanto, de Rubén Magnano al Varese de Italia, la dirigencia de la CABB, que nunca tuvo buena relación con el técnico, puso el tema de la sucesión en la mesa y estudió al máximo la mejor elección. Se tiraron cuatro nombres: Julio Lamas, quien había vuelto al país, después de haber dirigido al Real Madrid, y venía muy bien con Ben Hur en la Liga Nacional; Sergio Hernández, de excelente presente en Boca; Oscar Sánchez y Enrique Tolcachier, pero la discusión solo estuvo entre los dos primeros.

La trama de la historia fue así: el preferido de Germán Vaccaro, vice de la Confederación, era Lamas. Pero este sintió que no tenía el respaldo del presidente Muratore, algo que era cierto, y no aceptó el cargo. *“Consideró que no tenía el consenso necesario del ambiente para asumir ahora”*, explicaba Vaccaro. Entonces la bola pasó para Sánchez, el único de los candidatos que había ofrecido un plan de trabajo detallado en la entrevista con la dirigencia. Sin embargo, la decisión final fue confirmar a Hernández. Con el tiempo, Vaccaro reconocería que Oveja llegó al cargo por descarte. *“Yo me veía afuera y no miento”*, confesó el día de su presentación. Allí mismo, el DT

bahiense dio pistas claras de que no pensaba tocar su particular estilo informal. Y declaró, entre muchas otras cosas: *“Ginóbili, Nocioni, Oberto y los demás galácticos se van a tener que acostumbrar a que los dirija un terrenal. Mi punto fuerte es que me siento orgulloso de no haber tenido problemas de comunicación en ningún equipo. No me cuesta llegar a los jugadores y no tengo misterios”*.

A raíz del oro olímpico conseguido en 2004, a la Selección le llovían ofertas para jugar amistosos. Por eso el nuevo ciclo arrancó con exigencias: 10 torneos en 116 días. Eso sí, como el evento más importante iba a ser el Premundial de Dominicana y la Argentina ya había conseguido su pase, en Atenas, la mayoría de los integrantes de ese plantel tuvo descanso. El 14 de julio de 2005 comenzaron las prácticas. El equipo debería afrontar compromisos en China, Uruguay y Brasil, antes de partir a Santo Domingo. Una locura. Aunque nadie se quejó. Tal vez por la ansiedad de cumplir y ganar puntos para una futura convocatoria con las estrellas de la Generación Dorada.

En Dominicana el rendimiento fue parejo. La Selección corroboró que había otros buenos valores y que se podía llegar a elaborar una transición menos traumática de lo previsto. Los argentinos cayeron con México en el debut, pero luego se recuperaron contra a Puerto Rico (96-79), Uruguay (86-72) y el local por un contundente 84-60. En la segunda fase, arrancó perdiendo con Panamá (89-84) para luego encadenar tres victorias al hilo (Estados Unidos, 84-67, Venezuela, 78-60, y Brasil, 71-60). En semis volvió a superar a la Vinotinto por 104-93 y, ya con el objetivo cumplido, cedió en la final frente a los brasileños (100-88, con un Leandro destacado). *“Estoy feliz porque mantuvimos el prestigio ganado y dejamos una buena imagen”*, reconoció Oveja tras la premiación. No obstante, no todas fueron flores al regreso. Un ridículo informe del jefe de equipo Alejandro Cassettai, dejó muy mal parado al entrenador bahiense y lo obligó a

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

dar explicaciones ante Vaccaro: *“Sergio reconoció algunos errores, que se basaron en su inexperiencia en la Selección. Lleva poco tiempo en el cargo. Nos sirvió para ver cómo está el proceso”*.

El compromiso siguiente para la Argentina era el Mundial de Japón. Ya habían confirmado su regreso al equipo todas las figuras de los Juegos de Atenas. Hasta Enrique Tolcachier retornaba como asistente. Sólo faltaba que se acoplaran al nuevo DT. *“El Mundial es una obsesión, por la experiencia vivida en Indianápolis, donde se escapó el título por muy poco. Ganarlo es algo complicadísimo, porque no sólo hay que ser el mejor, sino que también hay que superar al sistema de juego”*, decía Hernández. El inicio de la concentración estaba pautado en Mar del Plata, pero los citados, salvo los bahienses, partían desde Capital. Así que Andrés Nocioni, que ya era una figura de la NBA, viajó en colectivo desde Santa Fé hasta Retiro. *“No quería llegar tarde. Además, en el remis no entro de costado jaja”*, explicó.

El equipo realizaría una gira por España y Singapur, aunque antes, Oveja tenía que atender el compromiso del Sudamericano, que se iba a disputar en Venezuela, con una Selección B. Allí se perdió en semis con Brasil (74 a 72) y se concluyó en el tercer puesto, tras superar al local (95 a 78). Hernán Jasen y Paolo Quinteros fueron los jugadores destacados. Los brasileños se quedaron con el título. No fue un golpe duro, ya que el verdadero objetivo, como todos sabían, estaba puesto en Japón. Hernández adelantaba: *“No va a haber cambios sustanciales. Puede haber alguna ofensiva diferente, algún toque que siempre hace el entrenador. Pero este equipo ya tiene un terreno ganado y lo voy a aprovechar lo máximo que pueda”*. Por su parte, Ginobili graficaba el escenario que le esperaba: *“Sé que se va a tomar mi apellido más como referencia y yo voy a ser más mirado que los demás. No hay cosa que nos venga mejor que eso. La gente*

que sabe, que nos viene viendo de hace tiempo, comprende que este equipo no depende de mi en absoluto. Casi salimos campeones del mundo sin que yo juegue la final". Un dato sobre el crecimiento de la popularidad del básquet, después de Atenas: uno de los pocos días que hubo práctica a puertas abiertas se desató un temporal en Mar del Plata. Pero la gente se la bancó y esperó afuera, hasta que se permitió el ingreso. Fueron tres mil personas. Paralelamente, cada amistoso era sinónimo de desborde y de entradas agotadas. Llegar a Manu era como llegar a Diego Maradona. La gente se le tiraba encima con un fanatismo absurdo. Todo era un gran descontrol. Un gran descontrol que no permitía ver lo mal que estaba jugando el equipo.

Los desajustes se multiplicaron cuando comenzó la gira. Hubo derrotas duras con Serbia y España en Singapur y preocupación generalizada: *"El camino hacia el Mundial se está haciendo espinoso. Esperemos que esto nos sirva para crecer porque a nadie le gusta perder, y menos por veinte puntos. Perder así hace que todo parezca peor"*, aseguraba Hernández.

El día del debut había más temores que esperanzas. Y eso que unas horas antes del partido se había confirmado que el francés Tony Parker, la figura del rival, no jugaría en todo el torneo por una lesión en su mano derecha. Lo cierto es que el equipo hizo un click misterioso y se devoró a los franceses por 80-70. Y a partir de ahí el despegue fue sostenido con palizas a casi todos los demás integrantes del Grupo, 107-72 a Líbano, 96-54 a Venezuela, 98-64 a Nigeria y 83-79 a Serbia, en el choque más parejo de todos.

Para los octavos la Selección se trasladó a Saitama. Su cruce de octavos era Nueva Zelanda, un rival relativamente accesible. En efecto, no hubo equivalencias: el equipo ganó 79-62, con un espantoso 1-18 triples y el apoyo de alrededor de 200 hinchas argentinos. *"Sabíamos que hasta cuartos, de una manera u otra, íbamos a llegar. Ahora empieza lo importante. Es un reto porque tenemos ambiciones"*,

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

acotaba Ginóbili.

En cuartos esperaba Turquía, uno de los seleccionados más imprevisibles del torneo. Y tampoco hubo piedad: tremendo baile argentino por 83-58. Tomando como referencia los amistosos previos, el vuelco que había dado Argentina era desconcertante. Pasó de jugar muy mal a jugar excelente, con pasajes de maravilloso nivel y un rendimiento parejo de casi 10 jugadores (destacado Pepe Sánchez). No era una locura pensar en el título.

El tema era superar la semi, que era como una final, frente a los españoles. Los dos llegaban invictos y todos sus jugadores se conocían de choques previos. La Selección Argentina había ganado el Grupo A, la española había ganado el B. Y en los cruces había superado a Serbia y a Lituania. *“Tenemos mucho más talento que ellos”*, anunciaba el técnico español. Pero nadie le siguió la corriente para el cruce verbal. El plantel argentino ese mismo día estaba en otra, consternado. No por el terremoto que hizo mover todo el piso de Japón durante unos segundos. No por el temor de ver como se caían las cosas de los muebles y el mundo se terminaba. El grupo había quedado golpeado porque vio en carne propia como Rubén Wolkowyski, ante la desesperación de un posible terremoto salió desnudo y enjabonado por los pasillos del hotel gritando auxilio. *“Fue algo imprevisto. Yo no me asusté, pero me sorprendió que se movieran las cosas. Al final, salimos todos de las habitaciones, para ver qué había pasado, de curiosos, y nos encontramos con el Colo. Fue duro, jaja”*, relató luego Carlos Delfino.

La semi fue tan pareja como se preveía. Y Argentina lo perdió en la última bola por 75-74. El cierre lo explica mejor Hernández: *“Fui yo quien decidió que se hiciera una falta sobre Calderón cuando quedaban pocos segundos. Me parecía que era quien podría tener menos confianza en los tiros libres. Además, queríamos cerrar el partido con la pelota nosotros y lo conseguimos. Manu, nuestro me-*

por jugador, penetró y se la pasó a nuestro mejor tirador, Nocioni. Chapu tuvo el último lanzamiento desde una posición muy favorable. Lo falló, qué va a ser”. Tal vez haya sido el momento más duro de la historia de la Generación Dorada. Y al margen de la declaración de un siempre diplomático Pepe Sánchez (“haber perdido este partido no me cambia nada. Estoy orgulloso de este equipo y de los compañeros que tengo”), el plantel sintió el golpe. Nadie quería jugar por el bronce ante Estados Unidos (había caído con Grecia en la otra semi). También por eso el resultado no sorprendió a nadie: caída 96-81 y cuarto puesto. Ese partido marcó la despedida de varios jugadores de la Selección. Algunos por decisión propia, como Sánchez y Herrmann, y otros del técnico, como Wolkowyski o Fernández. El torneo quedó para los españoles que humillaron a los griegos en el partido decisivo.

Con el paso de los días, la herida siguió sin cicatrizar. Oveja confesó que el vestuario post semi fue uno de los más duros que vivió y Ginóbili, como todos, le siguió dando vueltas al tiro del final: *“No tenía otra salida. Todo el equipo piensa que el tiro de Nocioni estuvo bien tomado. El ángulo era difícilísimo. Nos quedamos con las manos vacías y estuvimos muy cerca. Soy medio egoísta, me da mucha bronca ver a los otros festejando”*. Ya llegaría la revancha...

2007 - 2008

Cuando nadie creía

A partir de este capítulo, la Selección de básquetbol tendrá un nuevo referente que, si bien ya era referente, se consagró como capitán y emblema: Luis Scola. El ala pivote bonaerense por actitud y liderazgo, decidió estar siempre. Y no sólo eso: decidió comenzar a aportar en el armado de las preparaciones y colaborar con diferentes movidas dirigenciales.

El año posterior al Mundial de Japón fue un año de transiciones. Porque Pepe Sánchez y Walter Herrmann se retiraron del equipo y Gabriel Fernández y Rubén Wolkowyski dejaron de ser tenidos en cuenta. Pero también porque la CABB tomó la histórica medida de pasar a su DT al modo part time, además de quitarle poder de decisión en todo lo referido a selecciones menores. Y había más: por primera vez Emanuel Ginóbili y Andrés Nocioni, se bajaron de una convocatoria para un torneo decisivo como lo iba a ser el Preolímpico de Las Vegas. Si a eso se le suma que Fabricio Oberto también desistió (en total fueron 14 renunciaciones), el panorama para Oveja parecía desolador.

El escenario era el siguiente: el evento entregaba dos plazas para

los Juegos Olímpicos de Beijing. Una parecía destinada a Estados Unidos, que después de los últimos papelones (2004 y 2006) había comprometido a sus máximas figuras NBA. La otra se la disputarían Argentina, Brasil y Puerto Rico. Con plantel completo, no había dudas de que los argentinos eran favoritos a la clasificación. Pero con tantas ausencias, surgían algunas dudas. Y eso que la preparación había sido exitosa (récord 7-1 en amistosos).

Todas esas dudas se disiparon apenas el equipo salió a cancha, ya que con un rendimiento colectivo parejo, un base de lujo (allí Pablo Prigioni se adueñó del puesto) y un Scola maravilloso, Argentina ganó sus primeros cuatro juegos (Uruguay, 90-69, Puerto Rico, 87-75, México, 104-83, Panamá, 109-92 en suplementario) y quedó primera en el Grupo. En la segunda fase, la tendencia positiva se conservó: paliza a Venezuela (98-62) y a Canadá (85-70). Gracias a este último triunfo, la Selección logró su objetivo inicial, evitar al Dream Team estadounidense en semifinales. El cierre de esa etapa iba a ser con Brasil, aunque sin nada en juego más que el honor. El tema era que para los argentinos siempre fue difícil controlar revoluciones en un clásico. Y esta vez no fue excepción. Con una muestra intensa de carácter, superó a su rival por 86-79 y demostró que no le iba a regalar la clasificación cuando llegara el cruce mano a mano, por un lugar en Beijing. *“Lo importante es ganarles en semis”*, declaraba Leo Gutiérrez, uno de los líderes del grupo. Las Vegas, mientras tanto, ardía cada noche con sus casinos y sus discotecas y su ritmo alocado y sus luces y su impronta ostentosa. Algunos planteles podían dar fe de todo eso. No el argentino.

Y entonces llegó un nuevo cruce con Estados Unidos. Pero en esta oportunidad y, a diferencia de lo que sucedió en 2002, se rotó a los titulares y se cayó dignamente 91-76, evitando el show de volcadas de los locales. Hay que decirlo, los norteamericanos, muy lejos de las épocas de soberbia y arrogancia, jugaron con respeto y tras la vic-

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

toria regalaron elogios al conjunto de Sergio Hernández. Sobre todo Kobe Bryant, la máxima estrella de la NBA, quien hasta brindó entrevistas a los medios argentinos y hasta le regaló un par de zapatillas al colega Fabián García. *“Tienen un gran equipo, con muy buenos jugadores. Es verdad que no vinieron Nocioni, Oberto y Ginóbili, pero igual veo a otros chicos jóvenes y buenos. Practican un gran básquet”*, explicó con diplomacia.

Hasta ese juego, el Seleccionado había hecho las cosas bien. Eso sí: le faltaba coronarlo con la clasificación. Y la clasificación, como se especuló desde antes del torneo se iba a definir mano a mano con Brasil, en una de las semifinales. El desenlace de tanta trama se resumió en una de las actuaciones más sólidas de la Selección en la década. Triunfo 91-80 con un Scola furioso (27 puntos). *“Este equipo tiene mucho corazón, orgullo y ha trabajado durísimo. La verdad estoy muy orgulloso de haber formado parte del plantel, de este proceso. Debe ser uno de los momentos más emotivos de mi carrera. En pocos torneos me he sentido tan orgulloso”*, destacó Luis. Y, luego, fue al grano: *“Nadie creía en nosotros, pero nosotros sí... Y lo logramos. Se hablaba más de las bajas que del equipo, eso nos puso mal, pero acá estamos. Este es el equipo de Argentina e hicimos que la gente hable ahora de nosotros”*. Fue una revancha. Para los jugadores y también para el propio DT que, cansado de que lo juzgaran, había puesto su cargo a disposición si no se lograba el pase a Beijing: *“No quería comprometer a la dirigencia si esto no salía bien. No quería que tuvieran que salir a bancar a un entrenador en el que no tendrían toda la confianza del mundo. Cada dos minutos me hacían recordar que podía ser mi último día en la Selección. Por suerte salió todo bien. Fue el partido más importante de mi vida”*.

La final, de vuelta ante los locales, fue un cruce sin equivalencias, muy similar al del Preolímpico de Puerto Rico 2003: 118-82. No obstante, la caída lejos estuvo de empañar el logro. Al día siguiente,

después de que nombraran a Scola como Mejor Jugador del torneo (gran presentación de cara a su llegada a los Rockets), el propio Luis, el mismo que había alentado a Juan Gutiérrez cuando no jugaba y que bancó al entrenador en su momento más duro, alquiló una limusina Hummer negra y llevó a sus 11 compañeros a comer a un restaurante argentino. Lo que se dice, un líder completo.

Para 2008 había agenda cargada con dos torneos fuertes: Sudamericano en Puerto Montt (con la dirección de Guillermo Narvarte, asistente de Hernández) y Juegos de Beijing. En el primero se logró el título, tras superar a Uruguay en la final 100-95, con excelentes rendimientos de Román González y Paolo Quinteros (dos que luchaban por un lugar en China). En el segundo, se logró la medalla de bronce, aunque la actuación fue tan emocionante que llevó a varios jugadores a confesar que el logro había estado a la altura del primer puesto de Atenas. Pero no nos adelantemos.

Tras el pasaje obtenido en Las Vegas, había una mínima incertidumbre acerca de la conformación del plantel. ¿Habría castigos a algunos renunciantes? Oveja optó por una combinación. Es decir, a la base del equipo del Preolímpico le sumó tres regresos pesados: Ginóbili, Nocioni y Oberto. El problema fue que Manu, apenas llegó al país anunció que estaba con dolores en su tobillo izquierdo. Y que, si bien deseaba volver a la Selección, tenía cierta preocupación sobre su situación. Aquí es necesario explicar el porqué del temor del bahiense: desde la llegada masiva de extranjeros a la NBA (un poco por una postura globalizadora y otro poco por el emparejamiento entre el básquet FIBA y la liga estadounidense), las franquicias comenzaron a presionar para que jugadores como Ginóbili limitaran la participación con sus seleccionados. Poniendo bolsas de seguro imposibles de pagar o directamente apretando a los propios protagonistas. Y eso que, por reglamentación interna de la NBA, ningún equipo

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

podía prohibir o sugerir nada a nadie. Lo cierto es que San Antonio Spurs encendió su alarma cuando comprobó las intenciones de Manu y el estado de su tobillo. Entonces el escolta quedó en una difícil disyuntiva: o quedaba en falta con su empleador o quedaba en falta con su Seleccionado. Optó por la primera opción, con la condición de tener siempre al tanto a los médicos de la franquicia y no forzar el pie más de la cuenta (los texanos hasta mandaron a un masajista propio para que siguiera cada uno de sus movimientos). Esta novela, se robó toda la etapa preparatoria.

Aunque, en el medio, también pasaron otras cosas, claro. Por ejemplo, Julio Lamas, en un gesto de grandeza aceptó ser asistente de Hernández en el torneo, el Comité Olímpico Argentino confirmó a Ginóbili como abanderado de la delegación (otro logro histórico para la disciplina) y Carlos Delfino firmó con el Khimki de Rusia para poder conseguir seguro.

Durante los amistosos, como de costumbre, se jugó pésimo. El equipo perdió ante España dos veces y ante Lituania una. Lo único rescatable fue la evolución de Manu y la constancia de Scola. La conquista de la Copa Diamond Ball devolvió mínimamente la confianza. Pero siempre lejos de la mejor versión.

Ya en la Villa Olímpica, el grupo entró en su clásica mística altruista, aunque esta vez con una popularidad muy superior a la manifestada en Atenas. Porque todos le pedían fotos a los jugadores, incluso representantes de otras delegaciones. Tamaño amateurismo deportivo, conservado en un contexto de profesionalización extrema, rescató la química y profundizó la unión. Pero todo eso no alcanzó para superar a los lituanos en el debut, que derrotaron a la Selección por 79-75 en un juego cerrado de principio a fin. Fue un golpe. Un golpe de los que sirven.

Porque allí el equipo reaccionó y metió una seguidilla de triunfos esperanzadora (Australia, 85-68, Croacia, 77-53, Irán, 97-82 y Ru-

sia, 91-79). De esa manera se concluyó la primera fase en segundo lugar de la zona. El cruce de cuartos sería, como en 2004, ante Grecia. Y otra vez fue victoria. Con el corazón en la mano Argentina ganó 80-78 liderado por un maravilloso Delfino y con un Nocioni lesionado y se metió en semifinales. Este conjunto de Hernández era mucho más corto que el de años anteriores, mucho más dependiente de sus figuras y menos vistoso en el juego. Aunque tenía el temple intacto. Un detalle tan menor como significativo.

Parecía escrito: llegaba Estados Unidos, invicto. El deja vú de los Juegos anteriores se encaprichaba en reiterarse. Aunque no era el mismo rival que en aquella oportunidad. Esta vez sí que estaban los mejores: desde Kobe Bryant a LeBron James, pasando por Dwyane Wade y Dwight Howard. *“Quiero jugar contra Argentina. Me gusta enfrentar a los mejores y ellos lo son”*, desafiaba Bryant, presente en el juego ante los griegos. Ginóbili, que en los días previos había estado viendo natación y tenis, se sinceraba: *“Las chances son del 5 ó el 10%, pero están. No tenemos que guardarnos nada. Si vamos perdiendo por 25, me siento y listo. Ahí sí tenés que pensar en el bronce. Pero antes, no. Lo podemos hacer de nuevo”*.

Todo iba bien en el comienzo. Hasta que, en una penetración cualquiera, Manu se lastimó el tobillo izquierdo, el mismo que casi lo deja sin Juegos. Quedaban 6m21s del primer cuarto y los 18 mil espectadores, de pronto, se quedaron en silencio. Maradona, presente en la cancha, se tomó la cara. Preveía lo peor. Como Hernández, que miraba incrédulo y como los propios médicos que corrieron a asistirlo. Ginóbili ya sabía todo lo que vendría: así que se sacó la zapatilla, la media, se tomó la zona de dolor y se puso hielo. Cuando terminó el cuarto, se levantó del banco y se fue al vestuario. Ya no volvería. Allí habló con Gregg Popovich y explicó su situación. Estaba destruido anímicamente. El equipo sintió el golpe y cayó sin atenuantes ante la potencia 101-81. Eso sí, vendiendo cara la derrota.

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

La sensación para al juego por el bronce era similar a la del partido por el tercer puesto en Japón. Con Ginóbili afuera y Nocioni en duda, parecía que Argentina iría a poner la cabeza ante los lituanos. Sin embargo, dos acciones puntuales modificaron la impronta del grupo minutos antes del partido. La primera la protagonizó Chapu, quien ignoró los pedidos de prevención de su equipo Chicago Bulls y confirmó su presencia a pesar de la tendinitis en una de sus rodillas. La segunda, el propio Manu, quien intentó hacer una entrada en calor e incluso se vistió con sus compañeros. *“Recuerdo que todos lo vimos y nadie le dijo nada, nadie quiso preguntar. Sólo el médico me avisó que iba a intentarlo y así lo hizo”*, rememora Hernández. Como no pudo ni moverse, el escolta se largó a llorar en el medio del vestuario, delante de todos. La máxima estrella del equipo, el basquetbolista más famoso de la historia argentina, llorando como un niño. Fue demasiado. *“Ver eso nos motivó muchísimo más”*, confesó Nocioni tiempo después.

La Selección liquidó a los lituanos por 87-75 con una actuación que, posiblemente, haya estado entre las tres más emotivas de toda la década. La entrega del grupo fue conmovedora, con Nocioni renqueante y con el resto tirándose de cabeza por cada pelota. *“Fue la máxima expresión de coraje de todos los tiempos”*, resumió el DT. Estaba en lo cierto. Argentina fue una aplanadora. Y sin su referente. Manu lo vivió desde afuera, con pantalones largos y desesperación. Después, saltó en una pata y en medio de los festejos dijo: *“Estaba bastante dolorido, más emocional que físicamente por no poder jugar, pero tras este triunfo estoy igual de feliz que cada uno de los que entraron a la cancha. No siempre es fácil jugar por un tercer puesto y mis compañeros lo hicieron a la perfección con un básquetbol único, de unidad, carácter y temperamento”*. Cuenta Hernández que en aquel partido vivió una situación insólita: en un momento que el equipo sacó 24 puntos de ventaja y el DT lituano pidió minuto, no

supo qué decirle a sus jugadores. *“Llegué y les dije: ‘Muchachos, no voy a decir nada. Sigán así’. Qué iba a decirles, aparte no podía hablar. Imaginate dar una explicación ahí. No entendía nada. Esa pasión, esa disciplina táctica, esa energía superaba lo que había visto en cualquier momento de mi vida en cualquier equipo, ya sea propio o rival”*, sentenció.

A la distancia pueden sonar exageradas las palabras del técnico, pero no lo son. Fue una proeza. No es casual que Scola, un hombre medido en sus palabras, haya manifestado un año después que ese bronce de Beijing está a la altura del oro de Atenas en su consideración personal. El color de la medalla lo decide la competencia deportiva; el valor, lo decide uno mismo. Ese tercer puesto, por lo que costó y la forma en la que se obtuvo, equivalió a un título.

2009 - 2010

Seguir siendo de la elite

La situación tras la medalla de bronce era la siguiente: sostener a cualquier precio la jerarquía conseguida. Demasiado se había sufrido en décadas pasadas como para no intentar alargar el ciclo de la Generación Dorada. Demasiados años de fracasos y desastrosos resultados deportivos como para sentir culpa por forzar una transición y no apostar de lleno a un recambio que, se sabía, no iba a estar a la altura de las circunstancias. De este tema del recambio se comenzó a hablar a principios de 2003. Es decir, para mediados de 2009 estaba tan instalado que aburría. Porque en el medio de tanto palabrerío, el equipo seguía ganando. Aunque, hay que decirlo, cada vez le costaba un poco más.

La competencia que se avecinaba era el Premundial de Puerto Rico. Y por la renuncia esperable de los NBA (Ginóbili, Oberto, Nocioni y también Delfino), la clasificación al Mundial de Turquía se tornó dudosa. Claro que el soldado Scola había confirmado presencia y entonces ya no podía hablarse de imposibles. El torneo se pronosticaba sorpresivamente competitivo: por nombres y por paridad. Y entregaba cuatro plazas. *“Va a ser más difícil que Las Vegas”*, vaticin-

naba Leo Gutiérrez en la previa. Diez partidos en 12 días, dos fases, seis países con chances (Brasil, Dominicana, Argentina, Puerto Rico, Uruguay y Canadá).

Vale aclarar que también había otra manera de acceder a Turquía: a través de las ridículas invitaciones que iba a otorgar FIBA a las selecciones fuertes que resbalasen inesperadamente. No obstante, el hecho de no lograr el pase por triunfo deportivo ni siquiera entraba en la cabeza de un grupo tan profesional como el argentino.

La preparación, a nivel resultados, fue nefasta, como siempre. Principalmente porque el equipo no tenía base confiable. Pablo Prigioni estaba negociando su salida del Tau al Real Madrid y Hernández prácticamente lo había descartado de la convocatoria. De hecho, el DT tenía decidido que sus armadores fueran Juan Pablo Figueroa y Juan Pablo Cantero. Hasta que se lesionó Figueroa (desgarro) y entonces el cordobés, desde Madrid, comenzó a presionar para que lo dejaran jugar por la Selección. Y tan pesado se puso que lo liberaron. Se unió a sus compañeros unos días antes del comienzo, absolutamente fuera de estado y con la cabeza en otro lado. Pero dispuesto a todo. Tal como Vecchio alguna vez hizo con Oberto, en este torneo, Oveja aprovechó y también llevó a Puerto Rico al base juvenil Juan Manuel Fernández como jugador número 13. *“Argentina va a jugar bien a la larga y tengo la certeza de que en estos torneos largos nos beneficie la concentración, la dureza mental.... Yo confío”*, consideraba Hernández. Y agregaba: *“Me ilusiona que Prigioni llegó mejor de lo esperado. Ha ayudado mucho a cambiar el ánimo, el juego, el carácter.... Es obvio que lo necesitábamos. Los bases jóvenes no tenían experiencia a este nivel y no podíamos pedirles tanto tan rápido”*.

Pablo, por su parte, veía el escenario con menos optimismo: *“Me hubiera gustado estar desde el primer día, pero como venía la situación no podía. Tengo dos hijos y además estaba el riesgo de jugar*

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

sin contrato firmado. No podía entrenar. En un momento parecía que no venía. Luego surgió la lesión de Figueroa y ahí sí que me entró ansiedad: el equipo tiene problemas con los bases. Me agarraron ganas de venir a ayudar, aunque no estaba en bien físicamente. Estoy pésimo. Me falta básquet, físico, me falta de todo”.

Sin más margen, Argentina debió salir a la cancha. Con bajas, con limitaciones en el equipo y con Prigioni fuera de forma. El resultado del debut fue catastrófico. Paliza ante Venezuela por 85-69, de las peores caídas de la Generación Dorada. *“Es preocupante pero es lo que hay. Lo analizaremos y veremos qué podemos mejorar, pero está claro que es un tema mental, de actitud... Esto no es táctico. No está saliendo nada. No la metemos de afuera, ni siquiera los especialistas como yo o Paolo (Quinteros). Tenemos que ayudar más a Luis (Scola) porque sólo no puede. Estoy preocupado hace rato, desde la Tuto Marchand. Porque no encontramos el juego y eso nos frustra”*, analizaba Prigioni. Tan malo era el momento argentino que lo único que se propusieron los jugadores de cara al choque con Brasil, el rival que seguía y el máximo favorito, fue ser competitivos y llegar a un final cerrado. Tampoco se pudo. Aunque el progreso fue evidente (76-67).

Aquí un paréntesis: en este torneo los brasileños dieron un vuelco de madurez. Dejaron de lado el bandolerismo y afrontaron el desafío de defender a su país con compromiso colectivo, copiando paso por paso la evolución de la Selección argentina. *“Siempre decimos en Brasil que tenemos que mirar a los que están haciendo las cosas bien y Argentina es un ejemplo. Hizo un trabajo con los entrenadores que cambió la historia y tenemos que imitarlos”*, aseguraba Marcelinho. *“Argentina se convirtió en potencia mundial porque trabajo por años con un grupo muy talentoso. El sistema que armó, el respeto por un estilo, una línea, lo llevó a la elite”*, complementaba Varejao, uno de sus dos NBA. Y sentenciaba Thiago Splitter: *“Son el ejemplo*

a seguir. No hay por qué negarlo”.

Lo cierto es que el Seleccionado llevaba dos derrotas en dos partidos y la señal de alarma ya ardía: *“Estamos viviendo el momento más negro de la Selección en diez años. No recuerdo una brecha de tiempo tan mala en juego y resultados”*, sostenía Oveja. Tras la segunda caída la delegación, multada con cinco mil dólares por romper el vestuario ante tanta frustración, tuvo dos reuniones. Una entre los jugadores, en la que los líderes hablaron de la importancia de lo mental y la actitud para dar vuelta la torta. Y otra con Vaccaro, presidente de la CABB, donde se buscó dar apoyo y brindar tranquilidad. *“Fue para sumar, algo lógico. La tomamos bien”*, aclaró Leo Gutiérrez en Olé. Un detalle de Gutiérrez: en Puerto Rico cumplió diez años seguidos con la camiseta albiceleste.

La reacción, entonces, no se hizo esperar. El equipo aplastó a Panamá (80-55) y luego a Dominicana, uno de los conjuntos más fuertes con 3 jugadores de la NBA en el plantel), por 89-87, en suplementario. La cara de Hernández ya era otra a la hora de declarar: *“Apareció la mística. Quiero felicitar a mis jugadores, que me soportan, me escuchan: son los verdaderos responsables de esto... Tienen mucho huevo, todos valen, los que juegan y los que no... Es un grupo muy unido”*. Más tarde vino otro gran triunfo con Canadá (67-51) y otro más cómodo con México (77-65), que dejó al equipo al borde del pase a Turquía. La derrota de Uruguay frente a Brasil garantizó la clasificación y la calma, aunque, por si hiciera falta Argentina estiró su racha ganadora con festejos sobre Puerto Rico (80-78) y los uruguayos (73-66).

El equipo terminó tercero, tras ceder en semifinales con el local por 85-80 (con innecesaria ayuda arbitral) y derrotar nuevamente a los canadienses en el duelo por el tercer lugar (88-73). *“Cada vez que la Selección llega a situaciones límite da lo mejor de sí. Parece que necesita el riesgo. El margen cero. Ahí es donde mejor respondimos”*,

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

concluyó el técnico. Brasil terminó como campeón y Scola, obviamente, fue elegido como el mejor jugador del torneo (23,3 puntos de promedio). El enorme Luifa durante el transcurso de la competencia ratificó su rol de referente, más que nunca. Alentó a los suplentes, apoyó a los que no la metían, motivó y lideró desde el ejemplo. Sin demagogia, sin perfil alto, sin gritar de más. De allí su ascendencia incalculable.

Una vez lograda la dificultosa clasificación a Turquía se comenzó a trabajar sobre los regresos. Andrés Nocioni confirmó sin un mínimo margen de dudas que volvía, luego lo siguió Delfino y, más tarde, Oberto. El único que estiró su decisión hasta último momento fue Ginóbili. Resulta que ese mismo año, Manu debía renovar (o no) con San Antonio y después del turbulento episodio en los Juegos de Beijing, los deseos de la dirigencia texana eran explícitos: sólo habría nuevo contrato si renunciaba para siempre a la Selección. Pero el bahiense se plantó y mandó a decir, a través de su agente, que si ése era el precio que tenía que pagar, que buscaran otro jugador, porque él no iba a dejar de representar a su país. Al final se consensuó que se bajara de Turquía pero que pudiese estar en el Preolímpico de 2011 y, en caso de clasificar, en los Juegos de Londres 2012. Esta parte de la historia pocos la conocen. Porque Ginóbili, que además iba a ser padre de mellizos para la fecha del Mundial, es un tipo inteligente, evitó deslindar responsabilidades a la hora de renunciar. Por eso tuvo que soportar que algunos lo acusaran de mercenario. Absurdo.

Como siempre, el que se encargó de motorizar la situación fue Scola, quien resumió ante la milésima consulta por la ausencia de Manu: *“Ya pasamos de página. No viene. Hay que seguir”*.

El equipo, al margen de esta dolorosa baja, era realmente competitivo. Incluso se había confirmado el retorno de Hernán Jasen, un jugador con experiencia europea, eternamente relegado por Nocioni.

“Por como se han dado las circunstancias tenemos posibilidades de ser campeones. El Dream Team no va bien armado y España no tiene a Gasol... ¿Por qué no pensarlo? Nos falta Manu pero tenemos a un jugador como Carlos (Delfino) que puede rendir de la misma manera. Y Luis tiene un protagonismo a la altura de Gino”, afirmaba Chapu. No sabía lo que le esperaba

Apenas comenzada la preparación en Salta, el santafesino sufrió un esguince de tobillo izquierdo y entró en la desesperante tensión de no saber si podría llegar en condiciones al torneo. *“Fue un golpe difícil de asimilar, de lo peor que me pasó como técnico”,* revelaría Hernández, tiempo después. Para peor, Juan Pablo Figueroa, volvió a lesionarse, ahora un hombro en un amistoso con Puerto Rico, y debió ser cortado. El panorama era desolador.

Lo cierto es que Nocioni apuró su recuperación y tomó la postura de presentarse en Turquía sí o sí. *“Está todo bien por ahora, me dijeron que pueden llegar a prohibirme jugar el Mundial. Tengo que mandarles una resonancia magnética cuando llegue a Turquía y ellos van a evaluar la situación. Si está todo bien, me darán el ok, de lo contrario, pueden pedirme que no juegue. ¿Qué voy a hacer? Esto es así. Me la juego”,* explicaba. Entonces, los ánimos lentamente volvieron a encausarse. Es más, unos días antes de partir, Oveja regaló tiempo libre al grupo para que se pudieran despedir de sus familias y el grupo le pidió agregar un entrenamiento para no perder ritmo. Paralelamente, pasaban cosas: en los amistosos se agotaban las entradas de manera veloz, la Presidenta Cristina Fernández pedía despedir personalmente al plantel, Scola era requerido hasta por un canal de cocina y Marcelo Milanesio era invitado por la CABB para colaborar con el cuerpo técnico como asesor.

Sin embargo, como si el destino se empeñara en complicar siempre las preparaciones, cuando el equipo pisó suelo español y se dirigió a Logroño para comenzar con las habituales prácticas, Cantero se

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

desgarró. Hubo que convocar de urgencia a Luis Cequeira, quien había sido el base alternativo en el Sudamericano de Colombia, donde el equipo B, dirigido por Nicolás Casalánguida (nuevo asistente de Oveja), terminó en el segundo puesto.

En los amistosos, para no romper la costumbre, Argentina cedió dos veces con España. Fue antes de que la enfermería colapsara con los calambres de Oberto (que se acercaba a su cuarto Mundial) y una contractura de Jasen. Y fue antes, también, de que el propio Jasen le sugiriera al técnico, medio en broma, medio en serio, que lo mandara a una habitación *single* porque ya le había traído desdicha a Figueroa y a Cantero. Sólo el optimismo de Scola rompía la mala vibra: *“Las lesiones son parte de la historia. Es imposible no tenerlas. Les pasa a todos los equipos del mundo. Hay que tratar de dejarlas en segundo plano, adaptarse y solucionar el tema lo antes posible. No hay que darle tantas vueltas”*, exigía. Todavía faltaba lo peor.

Argentina fue el primer equipo en llegar al país turco y lo hizo en clase económica. Allí jugó unos amistosos más, en buen nivel (en ese aspecto, se mejoró mucho respecto de otros años), aunque con algunas fallas propias de la falta de fluidez. En uno de esos partidos, ante Líbano, Nocioni sintió dolores y fue reemplazado. La dirigencia de Philadelphia, franquicia a la que había sido traspasado, entonces tomó cartas. Chapu presionó, pero lo apuraron con una cláusula contractual y ya no hubo más nada que hablar. En ella quedaba establecido que no se le permitiría a un jugador participar con su Selección cuando hubiera una preocupación médica razonable. Era una regla de consumo interno de la NBA. Para refutarla, la CABB debía reclamar ante la FIBA y ésta ante la NBA, que como liga afiliada a USA Basketball, depende de la Federación Internacional y no puede imponer reglas distintas de las que tiene la entidad rectora. El tema es que el reclamo, por cuestiones burocráticas, tardaría en destrabarse y ya no quedaba tiempo. *“Lo único que me deja un sabor amargo es*

que no hayan mandado a un médico para que viera realmente cómo estaba. Se basaron en imágenes de hace ocho días”, expresaba Hernández. Así que a falta de 48 horas para el comienzo del torneo, el jugador armó una conferencia y, casi llorando, anunció su baja: “No me dijeron que no jugara, pero me dijeron que piense en el futuro. Los médicos afirmaron que era un riesgo después de ver la segunda ecografía. Yo no sentía dolor, pero hicieron uso de una cláusula y tengo que respetar la decisión. Me rompieron la ilusión de jugar un Mundial”. ¿Qué más podía pasar? De urgencia Hernández convocó a Marcos Mata, de Peñarol, quien en un parpadeo pasó de ir a bailar en Mar del Plata a tener que lidiar con los desconocidos misterios de los turcos.

Con récord de periodistas argentinos acreditados y el golpe todavía presente del caso Nocioni, la Selección debutó con Alemania. Y sin jugar del todo bien, ganó por jerarquía por 78-74. Después enfrentó a Australia y, con mucho esfuerzo y sufrimiento, venció por un milagro (74-72). Luego chocó con Angola y, jugando a media máquina, ganó por sus individualidades (91-70). Después cruzó con Jordania y, otra vez con dudas, mantuvo su invicto (88-79). El partido que mejor rendimiento mostró en todo el grupo, contra Serbia, lo perdió (84-82). Tras el debut, la Selección no pudo contar con Oberto, quien contrajo un virus, supuestamente en el agua, que lo tuvo en cama y con fiebre por varios días, haciéndole perder kilos y fuerza. “*Ya no somos el equipo de 2002. No tenemos la velocidad de entonces, pero ahora tenemos la experiencia para saber matar en los momentos críticos*”, argumentaba Oveja, quien tras el festejo con Angola se había convertido en el DT con más partidos ganados en la Selección. Las palabras del técnico se referían puntualmente a dos dilemas explícitos de la fase inicial: la corta rotación, producto de las bajas, y el alto promedio de edad del plantel, que derivaba en un peligroso desgaste físico tomando en cuenta la intensidad del certamen.

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

En octavos el rival iba a ser Brasil. El Brasil del conocido Rubén Magnano. La idea era que el cordobés, con su rigidez, pusiera un poco de disciplina a tanta anarquía brasileña. Y lo consiguió. Su equipo hizo una brillante primera fase, aunque perdió partidos por poco margen. “*Con sinceridad, hubiese preferido evitarlos*”, reconocía el ex DT de Atenas.

Desde la objetividad, esta vez, Brasil llegaba mejor que Argentina. Pero en otra muestra más de coraje y altruismo (¿Cuántas van ya? ¿Mil?), los argentinos, golpeados, limitados y absolutamente disminuidos, derrotaron a su clásico rival por 93-89 en uno de los mejores juegos de todo el Mundial, confirmado esto por colegas extranjeros. Allí Scola anotó 37 puntos consolidándose como el referente más emblemático de la historia de la Selección. A este partido, también habrá que ponerlo entre los mejores de la Generación Dorada. No por el nivel basquetbolístico, sino por el fundamentalismo colectivo de no ceder jamás ante la adversidad.

Lo que vino después no es tan grato de narrar: Lituania agarró al conjunto de Hernández en una mala tarde y lo aplastó por 104-85 en cuartos de final. No hubo equivalencias y lo mandó a jugar por el quinto puesto. Fue cuando Scola, en otro raptó de lucidez, miró a Milanésio, desolado por la derrota en el vestuario, y le tiró encima al grupo: “*Miren a este tipo, con la carrera sublime que hizo ni siquiera tuvo la oportunidad de un séptimo puesto. Lo desilusionado que va a quedar si menospreciábamos estos partidos...*”. El resto comprendió el mensaje. Argentina se despidió de Turquía con un buen triunfo sobre Rusia (73-61) y con otro, aún mejor, sobre España por 86-81, luego de 16 años. “*Espero que la gente sepa valorar este quinto lugar*”, rogó Scola, goleador del campeonato con 27,1 puntos de promedio e integrante del Quinteto Ideal. El campeón fue Estados Unidos, con el equipo más adecuado al ámbito FIBA que pudo armar y el joven Kevin Durant como bandera.

Al regreso, Hernández afirmó que necesitaba parar. “*Me da la sensación que en los últimos cinco años estoy hablando mucho y escuchando poco. Necesito salir de escena y ser alumno otra vez*”, fueron sus palabras y, de común acuerdo con Vaccaro, dejó el cargo. Los años le darán al entrenador la verdadera dimensión de su exitoso trabajo. Porque, al ritmo que impone el calendario, ni siquiera se pudo digerir su salida. A los pocos meses, Vaccaro ya estaba sentado en una mesa anunciando la contratación del DT con el que venía soñando desde la renuncia de Magnano: el retornado Julio Lamas. Historia futura. Por eso al punto final de este capítulo habrá que agregarle otros dos puntos suspensivos...

CONCLUSIÓN

Todas las culpas las expió la Liga

Nada de lo que le pasó a la Selección a lo largo de su historia fue casualidad. Cada vez que los protagonistas, cualquiera haya sido su tarea, no le prestaron la atención debida, cuando se tomaron malas decisiones o cuando estas estuvieron orientadas hacia intereses particulares, invariablemente se debieron soportar malos resultados.

Es cierto que es la dirigencia la que carga con las mayores culpas, porque muchos de sus representantes actuaron seguidos por un espíritu localista, beneficiando ante todo a su federación, provincia o club. Hicieron reglamentos equivocados o forzaron peleas y divisiones que nunca ayudaron. A distintas generaciones de directivos les costó adaptarse a la realidad del momento. Durante décadas se desgastaron combatiendo al profesionalismo, lo que provocó una demora en el desarrollo de la actividad. Fueron incapaces de pensar en el bien de todos y la dilación en aceptar la creación de la Liga Nacional lo certifica.

Como descargo, se puede reconocer que esa dirigencia fue haciendo equilibrio en el vaivén al que la expuso la realidad política, social y económica de un país nada estable. A veces se hizo, apenas, lo que

se pudo...

Pero también le caben responsabilidades a los entrenadores por su falta de afán de capacitación, de actualizarse en las máximas competencias de su época o directamente por aceptar con sumisión muchas decisiones dirigenciales equivocadas.

Tampoco están libres de pecado los jugadores por su falta de compromiso con el Equipo Nacional, por su desinterés, sus incontables renunciaciones y la falta de profesionalismo, aún cobrando por jugar.

Al periodismo también le toca lo suyo. Calló, ignoró y se desligó de cuestiones que influyeron negativamente.

Tras décadas sin rumbo definido, sin proyectos ni ideas, la Liga Nacional emergió como el hecho más importante de la historia del básquetbol argentino. Su creación aclaró el panorama, profesionalizó la actividad y la obligó a crecer en igualdad de condiciones para todos. Fue el origen de todo, porque engendró y formó a los jugadores. Los mismos que, éxodo masivo mediante, dieron el salto que convirtió las quimeras en realidad. Esos jugadores trajeron las conquistas más preciadas, triunfaron en las competencias más exigentes y levantaron los elogios más estruendosos. Y ese desarrollo increíble, sólido e incesante motivó que en las dos últimas décadas hubiera un cambio rotundo alrededor del Seleccionado.

Desde que la CABB le firmara en 1993 un acuerdo por un período olímpico al técnico Guillermo Vecchio solo quedó ir mejorando. A partir de allí ya se aceptó como habitual una preparación extensa, buenas condiciones de trabajo y partidos amistosos previos a todas las competencias, cualquiera fuese su nivel. Aunque fuera impulsada por el crecimiento de los jugadores, por obligación, la dirigencia se puso a tono. Se puede estar en desacuerdo con algunas acciones y proceder, pero ya partiendo desde un piso de debate superior.

Este crecimiento y el interés que despertó en el público provocaron que los torneos de la Selección se instalaran definitivamente en

EL ORO Y EL ARO HISTORIA DE LA SELECCION ARGENTINA DE BASQUET

la televisión argentina. De las 28 competencias oficiales de las que participó en los últimos 15 años, 27 aparecieron en algún canal (solo faltó el Preolímpico de 1999), sin contar los eventos amistosos que también se transmitieron.

Cuando la disgregación de dos de las potencias hegemónicas (Yugoslavia y Unión Soviética), las que con Estados Unidos dominaron el básquetbol internacional durante 30 años, desparramó más países poderosos, convirtiendo el contexto mundial en mucho más escabroso para progresar, Argentina llegó a lo más alto, como es un oro olímpico. Pero también alcanzó a imponer un estilo de juego, una marca que la identificó.

El básquetbol argentino vive el mejor momento de su historia. La cantera sigue generando valores que invitan a ilusionarse y el reciente Mundial Juvenil lo confirma. Aún cuando se pueda estar mejor, y sea necesario intentarlo, la Liga Nacional es competitiva y exigente. La Selección Nacional genera respeto en cada torneo que disputa y sus dirigentes lograron encaramarse en las principales entidades internacionales.

60 años de actividad del Seleccionado Nacional resume este libro. En ese período sucedió casi todo lo posible. Sin embargo, como repetía León Najnudel, *“para una persona un determinado período puede parecer una enormidad de tiempo, pero para la historia del básquetbol argentino no es nada”*.

BIBLIOGRAFÍA

Revistas

El Gráfico, Sólo Básquet, Mundo Deportivo, Rebote, Encestando Goles, Básquet Plus.

Diarios

La Nación, La Prensa, La Razón, Clarín, Olé.

Webs

www.efdeportes.com

www.webbasketbal.com.ar

Libros

1956 Donde habita el olvido

Basquetbol del Cono Sur

El basket-ball en el Río de la Plata

Historia del baloncesto olímpico

Historia de los Campeonatos del Mundo

Mundo Manu

Deporte Nacional. Dos siglos de historia

Breve historia del deporte argentino

El entrenador argentino de básquetbol

INDICE

Prólogo.	7
Introducción. Sacar ventaja, bien argentino	11
1949. Cómo se hizo el Mundial	15
1950. Furlong, Furlong, qué grande sos...	19
1951-1955. Siempre con protagonismo	33
1957. El fusilamiento del básquetbol	45
1958-1965. El dolor de ya no ser	57
Años 60. Reglamentos y amateurismo	69
1966. Planificación, trabajo y título	77
1967-1975. El sueño de un futuro mejor	81
1976. Tres hombres altos	93
1977-1979. Seguir creciendo	97
1980. Alegría histórica, frustración olímpica	101
1981-1984. Otra vez a la deriva	105
1985. Najnudel tenía un proyecto	111
1986-1988. La Liga empieza a influir	115
1989-1990. El Mundial nos pegó un cachetazo	121
1991-1992. Vuelve la falta de compromiso	131
1993-1996. Un ciclo olímpico	137
1997-1999. Etapa de transición	149
2001. Abróchense los cinturones	161
2002. El verdadero Dream Team	165
2003-2004. Coronados de gloria	175
2005-2006. Lo difícil es mantenerse	185
2007-2008. Cuando nadie creía	191
2009-2010. Seguir siendo de elite	199
Conclusión: Todas las culpas las salvó la Liga	209



Primera impresión agosto de 2011



Alejandro Pérez

(San Martín, 30/11/63)
Recibido de Técnico en Periodismo en 1986, se inició profesionalmente en 1987 en Radio Belgrano, pasando luego por la revista Solo Básquet, el diario Clarín y la agencia de noticias DyN. Actualmente se desempeña en la cadena de televisión ESPN, el Canal 7 de Argentina y es columnista del diario Muy. Fue jefe de prensa de la Liga Sudamericana, la Confederación Argentina de Básquetbol y de la Liga Nacional de Básquetbol. Desde 1993 es titular de la cátedra de básquetbol en la Escuela de Periodismo Deportista. Coautor de 11 ediciones de la Guía Oficial de la Liga Nacional de Básquetbol de Argentina. Autor del libro “Básquetbol de Cono Sur” (2010).



Germán Beder

(Bahía Blanca, 24/05/1983)
Egresado de Deportista en 2003, se inició profesionalmente ese mismo año en el Diario Olé. Más tarde pasó al Diario Perfil, donde trabajó durante casi seis años. También colaboró con la revista El Gráfico y Management Deportivo y lo hace esporádicamente en las publicaciones Un Caño y Básquet Plus. En 2006 publicó el libro Mundo Manu (Corregidor) junto al colega Andrés Pando y en 2008 ganó el premio Perfil a mejor nota del año en la sección deportes. En 2011 volvió a Olé.

HISTORIA DE
LA SELECCIÓN
ARGENTINA
DE BÁSQUET
1950-2010

El oro y el aró

Alejandro Pérez
Germán Beder

No resulta sencillo entender el derrotero que siguió la Selección Argentina de básquetbol en los últimos 60 años si sólo nos amparamos en sus resultados. Cada vez que logró un triunfo o sufrió un fracaso fue como consecuencia de buenas o malas acciones previas, que formaron parte de un contexto más amplio. Por eso, la Selección siempre es el resultado de lo que se hace día a día de puertas adentro. Y nada de lo que le pasó a lo largo de su historia fue casualidad, ni el fantástico título del Mundial de 1950, ni los años de intrascendencia, ni la inigualable “Generación Dorada”.



LOS JUEGOS BA 2011
20 AÑOS

ediciones
al arco

DOR DANIEL SCOLZ

BUENOS AIRES DEPORTE

Buenos Aires
LA ESPORTIVA